

193 CIO

LA CANALLA

B. 201

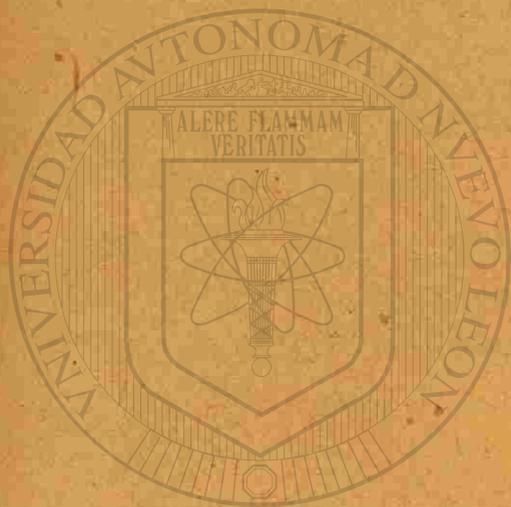
LA CANALLA

PQ2499
C258
V.1



1020016798

84-3-6

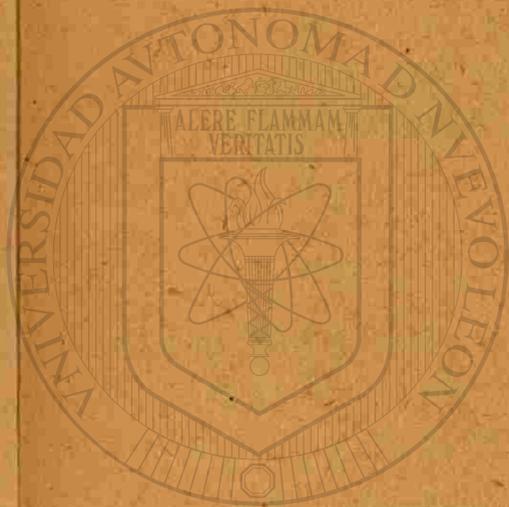


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





N
Núm. Clas. 28610
Núm. Autor 30921
Núm. Adg. 30921
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó EG
Catalogó _____

A de la P. 9

LA CANALLA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

30921

FL

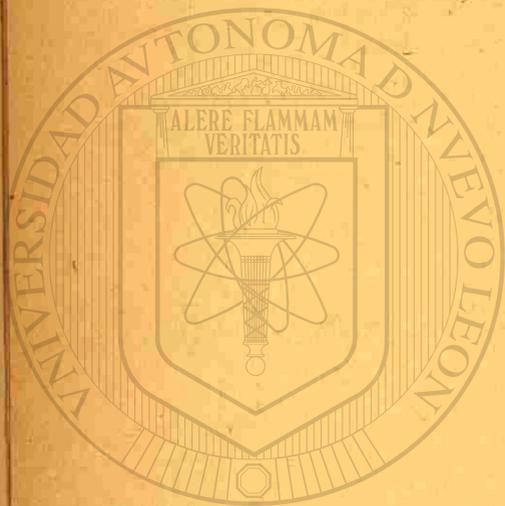
EMILIO ZOLA

212

La Canalla

Traducción de T. Orts-Ramos y Climent

TOMO I



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

Tip. Lit. de Portierra, Bartolí y Ureña

Provenza, 61 y 63

1901

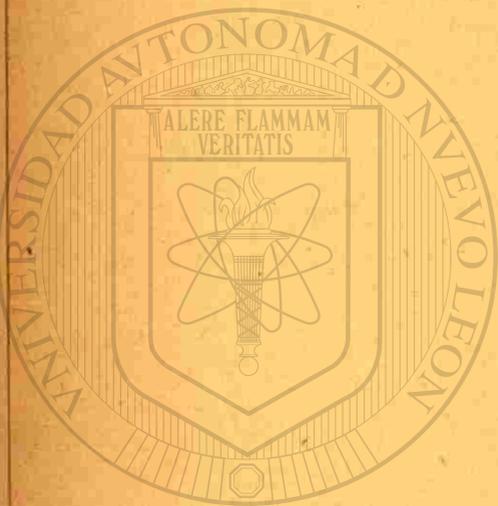
30921

308

PQ 2499

C 258

V. 1



FONDO LITERARIO

165987



LA CANALLA

I

Era tal el número de carruajes que regresaban por la orilla del lago, que la carretela no tuvo otro remedio que ponerse al paso, llegando á ser tan grande la confusión, que en cierto momento le fué preciso detenerse.

Declinaba el sol rápidamente sobre un cielo de Octubre, grisáceo, surcado por pequeñas nubecillas, y sus últimos rayos, que parecían caer desde las lejanas espesuras de la cascada, envolvían en luz rojiza, un tanto pálida, la interminable hilera de inmóviles carruajes.

Al contacto de aquella luz, lanzaban dorados reflejos los cubos de las ruedas; y las brillantes

cajas, barnizadas de azul oscuro, reflejaban, como un espejo, trozos de paisaje.

Cayendo de lleno la encendida claridad que los iluminaba por la espalda y hacía relucir los botones metálicos de sus doblados capotes, que caían sobre el asiento anterior de un carruaje, el coche-ro y el lacayo, con su librea azul-prusia, sus chalecos á rayas amarillas y negras, y sus calzones de color de garbanzo, manteníanse rígidos, graves y pacientes sobre sus altos asientos, como criados de casa grande, á quienes no perturban estas confusiones de vehículos.

Adornados sus sombreros con escarapela negra, tenían cierto aire grave, y solamente los caballos, magnífico tronco bayo, piafaban impacientes en medio de aquel forzoso alto.

—¡Mira, mira, Renata!—dijo de pronto Máximo.
—Allá abajo, en un cupé, estoy viendo á Laura de Aurigny...

Se incorporó Renata, y contrayendo los párpados, obligada por la debilidad de su vista:

—La creía bien lejos,—contestó.—¡Calla! ha cambiado el color de sus cabellos ¿verdad?

—Sí,—dijo Máximo sonriendo.—Es que á su nuevo amante no le gusta el rojo.

La mano apoyada en la portezuela, inclinada hacia adelante, y ya despierta del triste ensueño, que hacía largo rato la tenía silenciosa y acurru-

cada en el fondo del carruaje, como en un sillón de convaleciente, miraba Renata el punto que indicó Máximo. Vestía Renata un paletó de paño blanco, con vueltas de terciopelo verde, bajo el cual se descubría un elegante traje de seda, también verde oscuro, con delantal y túnica, adornado con anchos volantes; apenas oculta bajo el sombrero con rosas de Bengala, se destacaba la extraña cabellera, cuyo amarillento matiz pálido recordaba el de la manteca fina. Con el ademán de un chico impertinente, continuaba guiñando los ojos sobre los cuales, se pronunciaba más la arruga que surcaba su frente tersa, contrayendo además su boca, cuyo labio inferior, algo saliente, parecía darle cierta expresión de enojo. Tomó un lente de hombre, con armadura de caucho, para ver mejor, y sin colocarlo sobre la nariz, examinó detenidamente á Laura de Aurigny, con aire tranquilo.

Los coches seguían parados, y entre las manchas oscuras de la fila, ora brillaba de repente, reflejando la luz, el cristal de un farol, el bruñido bocado de un caballo, ó los galones de un lacayo encaramado en su puesto. En los descubiertos landós resplandecían riquísimas telas, y se desbordaban lujosos vestidos de seda y terciopelo.

Todo rumor extinguido, é inmóvil todo, fué dominando más y más el silencio, hasta el punto de

que, desde el interior de los coches, oíanse distintamente las conversaciones de los que pasaban á pie. De coche á coche cambiábanse mudas miradas y nadie hablaba.

Todo París estaba allí, á pesar de lo avanzado de la estación, y veíase á la duquesa de Sternich, en hermosa carretela de ocho resortes; á la señora de Lauwerens, en una victoria; á la baronesa de Meinhold; á la condesa de Vanska, con sus caballitos píos; á Silvia, la pequeña Silvia, como la nombraban, en un landó azul, y además, á Don Carlos, muy enlutado, cuyos cocheros ostentaban librea antigua y ceremoniosa; á Selim-Pachá, con su gorro encarnado; á la duquesa de Rozan, en su reducido cupé; al conde de Chibray, en su dogcart; al Mr. Simpson, en un mail elegante; á casi toda la colonia americana, y por fin á dos académicos en un modesto coche de punto.

Después de algún rato, pudieron los primeros carruajes abrirse paso, y lentamente la fila entera se puso en movimiento, pareciendo que todo se animaba. Resplandores fugitivos brillaron de pronto, relámpagos luminosos cruzaron entre los radios de las ruedas, y saltaron de los relucientes arneses, sacudidos por los caballos al marchar, y sobre el pavimento y sobre los árboles, pasaron fugitivos y anchos, reflejos de los cristales, heridos por los rayos del sol moribundo.

Al continuo y acompasado trote de los caballos, prosiguió el desfile con los mismos ruidos y los mismos reflejos de sol, sin cesar, seguido y uniforme, como si todos los coches estuvieran unidos á los primeros.

Renata, cediendo á la suave oscilación de la carretela al ponerse en marcha, dejó caer el lente, y volvió á recostarse sobre los blandos almohadones, cubriéndose, pues el fresco se dejaba sentir ya, con un extremo de la piel de osó que llenaba el carruaje, hundiendo sus manos enguantadas entre los suaves mechones de la rizada piel.

Habiase levantado una fresca brisa, y la tarde primaveral de aquel mes de Octubre, amenazaba terminar en noche de intenso frío.

Abandonóse Renata unos momentos al voluptuoso movimiento de aquellas ruedas que veía girar monotonamente, pero alzando la vista hasta Máximo, que gozaba en despojar mentalmente de sus lujosos trajes á las mujeres que ocupaban los coches inmediatos:

—¿Es verdad—preguntó—que te parece bonita Laura de Aurigny? Como la elogiabas tanto el otro día, cuando se anunció la venta de sus diamantes!... ¡Ah! no viste el collar y la diádemas que allí me ha comprado tu padre?

—¡Mi padre lo entiende!—exclamó Máximo sin

contestar directamente, sonriendo maliciosamente.—Así, paga las deudas de honra y regala diamantes á su mujer.

—¡Libertino!—murmuró Renata, con leve sonrisa, encogiéndose de hombros.

Entre tanto, el joven, seguía con la vista á una señora, cuyo verde traje parecía interesarle. Renata, con los ojos medio cerrados, miraba perezosamente, aunque en realidad, sin darse cuenta, á uno y otro lado del carruaje.

A la izquierda, dormía el lago, terso como un espejo, y allá, al otro lado de la superficie, levantábanse las dos islas, entre las cuales, destacándose el puente que las unía, resaltaba sobre el pálido celaje con teatrales líneas, semejando las masas verdosas de pinos y árboles de perpétuo follaje, múltiples cortinajes graciosamente plegados en el fondo del horizonte. En la margen opuesta, como si hubiera sido barnizado la vispera, el *Chalet de los tilos* se alzaba con el brillo propio de un juguete nuevo, y las franjas de arena de los caminos que festoneaba el césped, dibujaban de un modo extraño los jardinillos á inglesa.

Renata, habituada á este paisaje, miraba sus finos dedos, jugueteando con los largos mechones de la piel de oso que la cubría, pero á causa de una sacudida súbita que interrumpió la marcha de los carruajes, levantó la cabeza y saludó á

dos hermosas mujeres, que recostadas lánguidamente una junto á otra en los mullidos asientos del coche que las conducía, alejábanse rápidamente por una de las avenidas laterales.

Las dos mujeres eran jóvenes. Una era la marquesa de Esponet, cuyo esposo, ayudante de campo del emperador, acababa de enlazarse, ruidosamente por el escándalo, á la antigua nobleza y figuraba entre las más ilustres damas del segundo Imperio. La otra, la señora Haffner, estaba casada con un famoso industrial de Colmar, archimillonario y convertido por el gobierno de Napoleón III en un hombre político.

Renata conocía desde el colegio á las dos inseparables, como se las decía intencionadamente, y llamábalas Adelina y Susana, que eran sus nombres propios. Después de haberlas dirigido una sonrisa preparóse á recogerse de nuevo en sus almohadones, pero una carcajada de Máximo la obligó á volverse hacia él.

—No te rías, estoy triste... de veras...—exclamó viendo que Máximo la contemplaba todavía burlescamente.

Máximo contestó con impertinencia:

—¡Bien! ¡Melancólica y todo! ¿Celitos eh?

—¿Celosa yo? ¿Por qué?—preguntó Renata sorprendida.

Y haciendo un gesto desdeñoso, añadió:

—¡Ah! ¡Laura! No me acordaba. Si Aristides como me decís todos, ha pagado las deudas de esa muchacha, evitándole un viaje por el extranjero, es señal de que aprecia el dinero menos de lo que yo creía. Esto le granjeará el favor de las demás. Por mi parte está bien libre ese buen señor.

Renata al decir estas palabras, sonreía, marcando el *buen señor* con acento indiferente y frío.

Luego volvió á caer en su soñolienta tristeza, murmurando:

—¡Oh! ¡no soy celosa, nada celosa!...

Detúvose vacilando, y añadió después bruscamente:

—¡Mira, cómo me aburro!...

Calló. Los carruajes proseguían en tanto su desfile por la orilla del lago, monotonamente. El panorama había cambiado. El bosque se abría en amplias praderas, y sobre la alfombra de verdura, se alzaban aquí y allá bosquerillos de árboles. Extendíase aquella alfombra hasta la Puerta de la Muette, cuya verja, se distinguía en lontananza, y allá, sobre las cuestas, donde el terreno ascendía, parecía la hierba de un tono azulado.

Renata lo miraba todo con la vista fija, cual si aquella dulce naturaleza, saturada del aire frío del crepúsculo la hubiera hecho sentir más vivamente el vacío de la vida.

Después, repitió con acento de sorda indignación:

—¡Me aburro, sí, me aburro mortalmente!

—Debes estar nerviosa,—repuso Máximo,—y... es muy poco agradable.

La joven contestó secamente:

—Sí, estoy nerviosa.

Luego, con expresión maternal y cariñosa, añadió:

—Me voy haciendo vieja, hijo mío... Pronto cumpliré treinta años... ¡y esto es horrible! No encuentro placer en nada. ¡Oh! á los veinte años no te puedes imaginar...

—¿Hemos salido para que te confieses? Sería la confesión demasiado larga...

Renata sonrió á esta impertinencia, tomándola como un capricho de niño mimado, y prosiguió:

—Puedes quejarte... Gastas en vestir más de cien mil francos al año, vives en un hermoso hotel, tienes soberbios caballos, tus caprichos son satisfechos, y los periodicos citan tus trajes... Las mujeres están celosas de tí, y los hombres quisieran parecerse á tí... ¿Es cierto?

Sin contestar el joven, hizo un signo afirmativo con la cabeza. Después exclamó:

—Vaya, no seas tan modesta. Confiesa á tu vez que eres una de las columnas del Imperio de Napoleón III. En todas partes, en las Tullerías, en

los despachos de los ministros, en casa de los potentados, reinas como soberana; no hay placer que no conozcas, y si no me cohibiera el respeto que te debo, te diría...

Detúvose Máximo unos instantes, y después terminó:

—¡Diría que has saboreado todas las manzanas!

Renata no se inmutó al oír tal grosería.

—¿Y aún te aburres?—prosiguió el joven.—
¿Qué quieres entonces?

Renata, se encogió de hombros, para expresar que ni ella misma lo sabía.

Máximo la vió tan seria, que juzgó prudente guardar silencio, y púsose á contemplar la marcha de los carruajes. Estos, más ámpliamente, daban la vuelta, y el rápido trotar de los caballos resonaba con estrépito sobre el duro suelo.

Cediendo después al deseo de abrumar á Renata con su charla, continuó:

—¿Sabes que merecías ir en un coche de alquiler? ¡Mira toda esa multitud que te saluda como á una reina, y poco le falta para que tu excelente amigo el señor De Mussy no te eche besos!

Un jinete saludaba en aquel momento á Renata, quien apenas se volvió, haciendo una mueca de disgusto.

Maximo, herido por el obstinado silencio, añadió:

—En fin, si tienes cuanto puedes apetecer, ¿qué deseas?

Alzó Renata la cabeza. Sus ojos brillaban con ardiente claridad, y traslucíase en su mirada la abrasadora sed de lo desconocido.

—Sí, deseo algo...—contestó quedamente.

—Pero si lo tienes todo... ¿ese algo, qué es?

—¿Ese algo?...—repitió la joven.

No continuó. Vuelta de espaldas á Máximo contemplaba nuevamente el paisaje. Distinguíase ya el lago de frente, dándole los últimos reflejos del día las apariencias de una gran placa de estaño. Sobre el confuso panorama, la bóveda de los cielos se extendía infinita, ofreciendo el espectáculo de un cielo tan grande, tendido sobre un rincón tan pequeño de la naturaleza, algo de medrosa y triste vaguedad. Tal era la melancolía que respiraban aquellas alturas, tan desolada la obscuridad creciente, que todo el Bosque, envuelto lentamente en un sudario sombrío, perdía sus afectadas gracias para adquirir la grandeza severa de las selvas. El rodar de los coches, remedaba el lejano rumor de un torrente. Todo se apagaba por momentos, y sobre el lago sólo se distinguía como una mancha amarillenta la vela latina de la barca de paseo.

Renata, á pesar de su fastidio, experimentó ante aquel panorama, singulares sensaciones y se-

cretos deseos. Aquella naturaleza, tan mundana poco antes, de la que había hecho la medrosa noche un bosque sagrado, en cuyas entrañas parecía ocultar los antiguos dioses sus amores monstruosos, sus adulterios y sus incestos divinos, tenía para la joven encantos no soñados, donde había apagado la sed de ardientes goces en que se abrasaba su corazón enfermo.

Cuando el lago y los bosquecillos, desvanecidos ya en la obscuridad, no eran más que un trazo negro sobre el horizonte, incorporóse brusca-mente Renata, y con voz dolorosa, reanudó su interrumpida frase.

—Sí, deseo otra cosa! ¿Sé yo acaso cual? Si lo supiera... tantas fiestas, tantos bailes y banquetes, me cansan. ¡Siempre lo mismo! ¡Es cosa de morirse! Y los hombres son tan fastidiosos...

Máximo se echó á reír. Ya la joven no guiñaba los ojos, la arruga de su frente se pronunciaba con dureza, y su labio bello, resaltaba más saliente, como ávidamente enardecido por aquellos goces que Renata ambicionaba sin poder darles forma.

Continuó con creciente agitación:

—Sí, sois muy fastidiosos los hombres. Y no lo digo por tí, Máximo; tú eres muy joven aún. ¡Pero si te dijese cuánto me fastidiaba Arístides al principio!... Pues ¿y los otros, los que me decían que

me amaban? Entre nosotros no he de ocultarlo; te aseguro que á veces me siento tan harta de esta vida de mujer rica y considerada, que desearía ser una Laura de Aurigny, una de esas mujeres que viven á su capricho...

Máximo sonreía.

—Sí,—prosiguió la joven;—una Laura de Aurigny. Eso debe ser más nuevo...

Calló un instante, como para pensar la vida que hacia Laura. Luego continuó, con acento menos animado:

—Pero hombre, esas mujeres deben tener sus ratos aburridos. ¡Oh! necesito otra cosa.

Acaso tú no me comprendes... Pero otra cosa... algo que no ocurra á nadie, que sea un placer raro, desconocido.

Su voz se iba apagando, y estas últimas palabras apenas se oyeron.

La carretela caminaba ya por la calle de árboles que conduce á la salida del Bosque, y el ruido de las ruedas, el rumor sordo é igual de los carruajes que volvían á París, se extendía por la desierta avenida, levantando á su paso tristes y extraños ecos.

Máximo, tendido como Renata, negligentemente sobre el asiento, y dando á sus frases melancólica entonación, exclamó tras el largo silencio:

—¡Tienes razón, esto es mortificante! No creas



MONTERREY, N. L.

que yo me divierto. También he soñado en otras cosas. Ganar dinero, viajar, nada más tonto. Prefero comer, aunque tampoco me divierte á veces. Sin embargo, amar, ser amado... cuando el estómago está lleno... ¿No es verdad?

Y como Renata, abstraída no le contestase, prosiguió, deseoso de sorprenderla con alguna frase cinica:

—Quisiera ser amado por una monja. ¿Eh? Tal vez sea divertido. ¿No has soñado tú nunca en un hombre á quien no pudieras amar sin cometer un crimen?

Pero Renata permanecía silenciosa. Apoyada la nuca en el mullido borde del carruaje, dormía con los ojos abiertos, deliraba abismada en sus fantasías, y de vez en cuando contraía nerviosamente los labios. Acaso, mientras contemplaba las robustas espaldas del lacayo sentado en el pescante, pensaba en los placeres de la víspera, en las fiestas que encontraba tan insípidas y la aburrían tanto. Veía su vida pasada, la monotonía incesante de las mismas caricias y las mismas infelicidades. Despertábase después en su alma la idea de aquella *otra cosa* y la palabra ambicionada parecía huir de ella ocultándose en la obscuridad creciente y perdiéndose en el rodar continuo de los carruajes. Ligeras ráfagas de viento acariciaban su rostro, y deseos confusos, fantasías sin tér-

mino, voluptuosidades sin nombre, todo aquello que en la hora del crepúsculo, puede haber de delicado y monstruoso en el fatigado corazón de una mujer, todo desfilaba al mismo tiempo ante los ojos de la joven, al sentir las dulces caricias de la brisa. Deseando no variar la cómoda postura en que se hallaba, alargó uno de sus pies, para apoyarlo en la delantera de la caja, rozando de paso, ligeramente, con el tobillo una de las piernas de Máximo, quien no hizo caso alguno de ello. El simple contacto que recorrió todo su ser, sacó á Renata de su postración, y levantando la cabeza, miró de un modo singular al joven, tendido con toda elegancia sobre el blando asiento del carruaje.

En aquel momento salían del Bosque, y la Avenida de la Emperatriz se extendía entre las sombras del crepúsculo. En el espacio reservado á los ginetes, como una mancha clara, se destacaba sobre el fondo plumizo la figura de un caballo blanco, mientras al otro lado, á lo largo de la calle, acá y allá, como puntos negros, se distinguían algunos paseantes retardados que se dirigían con lento paso hacia París, y allá, en todo lo alto, al extremo, se levantaba el Arco del Triunfo, colocado al sesgo y cuya blanca silueta parecía recordada sobre el obscuro cielo.

Máximo contemplaba á ambos lados de la Ave-

nida los edificios de caprichosa arquitectura, cuyos jardinillos ingleses llegaban casi hasta el paseo de los caballos.

Entró la carretela por la Avenida de la Reina Hortensia, y detúvose, al fin, en el extremo de la calle de Monceaux, cerca del boulevard Maiesherbes, ante un hotel edificado entre un jardín y un patio.

Las verjas, cargadas de adornos dorados, se hallaban flanqueadas por sendas farolas, en forma de jarrones, también sobredoradas, habitando el portero un pabellón que, colocado entre ambas verjas, recordaba vagamente un templo griego en miniatura.

Antes que el coche se dispusiera á entrar en el patio, Máximo saltó prestamente á tierra.

—Ya sabes,—díjole Renata reteniéndole la mano—que comemos á las siete y media. Dispones de una hora para vestirme. No te hagas esperar.

Y añadió sonriendo:

—Estarán los Marenil... tu padre desea que seas muy galante con Luisa.

El joven se encogió de hombros y murmuró con acento en que denotaba su poco gusto:

—¡Qué fastidio! Que me casen con ella .. ¡bueno pero hacerla la corte, es muy necio. ¡Oh! ¡qué buena serías, si me librases de Luisa esta noche!

Luego, tomando su aire malicioso y con el gesto que había copiado de Lassouche, cuando decía alguna de sus gracias habituales, añadió:

—¿Quieres hacerlo, mi buena mamá?

Renata sacudió la mano del joven como entre camaradas, y exclamó en tono de broma:

—Si no fuera la mujer de tu padre, ¿sabes que me debías hacer la corte?

El joven debió encontrar muy ridícula esta idea, porque después de haber doblado la esquina del boulevard, todavía se escuchaban sus ruidosas carcajadas.

El coche penetró entre tanto en el patio, parándose ante la escalinata que conducía al vestíbulo.

La lujosa escalinata de amplios y cómodos escalones, estaba al abrigo de una marquesina guardada de una vistosa crestería dorada.

Constaba el hotel de dos pisos. La escalinata conducía á la puerta del vestíbulo y se adelantaba sobre aquella fachada del edificio, flanqueada por delicadas columnas adosadas al muro, constituyendo así una especie de cuerpo saliente con aberturas circulares en cada piso, que llegaba hasta la cubierta del hotel, donde terminaba por un frontón; á ambos lados del referido cuerpo se extendían cinco ventanas por piso. La cubierta se alzaba sobre todo esto, cuadrada y con grandes paños casi verticales.

No era menos suntuoso su aspecto por la parte del jardín. Una regia escalinata guiaba á una galería que corría á lo largo del entresuelo, y cuya balaustrada veíase aun más recargada de dorados que la marquesina y los faroles del patio.

En el centro y ángulos de esta fachada se elevaban otras tantas torrecillas, de las que, unidas en un punto las de los extremos al cuerpo del edificio, proporcionaban al hotel, habitaciones circulares.

Las ventanas estrechas en los pabellones, ensanchábanse hasta parecer cuadradas en la parte de la fachada, ostentando balaustres de piedra en el entresuelo y antepechos de hierro forjado y dorados en los demás pisos.

A lo largo de las cornisas se extendían caprichosas guirnaldas; los balcones semejaban canastillas de verdura, soportados, á guisa de cariátides, por mujeres desnudas, de redondas caderas y firmes pechos.

Airededor de la cubierta, corría una balaustrada, que sostenía de trecho en trecho, jarrones y flameros, y entre los tragaluces de las boardillas, volvían á aparecer las mujeres desnudas, jugando en diversas posturas.

La techumbre, sobrecargada con tantos adornos, y coronada por cresterías de plomo recortado, provista de dos pararrayos y cuatro simétricas

chimeneas, parecía ser á modo de ramillete final, en aquellos juegos artificiales de la arquitectura moderna.

A la derecha, veíase un vasto invernadero, que comunicaba con el entresuelo por medio de una ventana, en que uno de los salones era como su prolongación.

Hallábase separado el jardín del Parque de Monceaux por una verja de escasa altura, oculta entre el ramaje de un haya. Era demasiado pequeño para el hotel, y tan estrecho, que una canastilla de césped y algunos árboles frondosos le llenaban.

Desde el Parque, aquel gran edificio, nuevo completamente, tenía el aspecto indefinido y la importancia altanera y estúpida de advenedizo, con su pesada cubierta de pizarra, sus dorados antepechos y su profusión de esculturas.

Podía tomarse por una reducción del moderno Louvre, y por tanto, por uno de los más característicos modelos del estilo Napoleón III, opulento bastardo de todos los estilos...

El lacayo había ayudado á Renata con todo respeto á bajar del coche.

Las caballerizas, de rojizos ladrillos, abrían á la derecha sus amplias puertas de roble barnizado, en el fondo de un cobertizo de cristales. Como para guardar simetría, había, á la izquierda, ado-

sada al muro de la casa vecina, una hornacina recargada de adornos, en la cual, brotando de una concha que sostenían dos amorcillos con los brazos tendidos, corría una cascada artificial constantemente.

Permaneció Renata unos instantes al pie de la escalinata, dando ligeros golpecitos con sus menudas manos á la rebelde falda del vestido, cuyas arrugas la impedían descender, mientras el patio recobraba su aspecto solitario y su aristocrático silencio, en medio del cual, resonaba el continuo murmullo de la cascada, interrumpido momentáneamente por el ruido del coche.

Sobre la obscura masa del hotel donde el primer banquete otoñal iba á hacer encender bien pronto las arañas de los salones, destacábanse las ventanas bajas, arrojando en el enlosado del patio limpio y regular como un tablero de damas, los vivos resplandores de las luces.

Renata, al transponer el vestíbulo, halló al ayuda de cámara de su esposo, quien descendía á las dependencias con una vasija de plata. Vestido aquel hombre de riguroso traje negro, alto, fornido, de rostro blanco, luciendo correctas patillas de diplomático inglés, y el aire estirado de un juez, era una arrogante figura.

—Bautista,—preguntó la joven,—¿ha vuelto el señor?

—Sí, señora, está vistiéndose,—contestó el criado haciendo una profundísima reverencia.

Renata sin añadir una palabra subió lentamente la escalera, quitándose los guantes.

Era el vestíbulo en extremo lujoso; al entrar en él se experimentaba cierta sensación extraña. Las tupidas alfombras que cubrían el suelo, y la escalera y los amplios tapices de terciopelo carmesí que decoraban puertas y muros poblaban el ambiente de un silencio, de un perfume tibio y suave de capilla. Caían las colgaduras desde el elevado techo, decorado por salientes rosetones que se destacaban sobre un tejido de filigrana de oro. Abriase la escalera en dos tramos con doble balaustrada de mármol blanco, con pasamanos de terciopelo carmesí, mostrándose al fondo una puerta que daba al salón principal. Llenaba el muro en la primera meseta un gran espejo, y sobre zócalos de mármol dos estatuas de mujer, de bronce dorado, desnudas hasta la cintura, que sostenían soberbios candelabros de cinco mecheros, cuya deslumbrante claridad dulcificaban opacos globos de cristal, alineándose á uno y otro lado, magníficos jarrones de mayólica, que contenían extrañas y hermosas plantas.

Renata contemplábase al subir la escalera en el gran espejo, con la coquetería de una diva, preguntándose si era tan linda como decían.

Cuando llegó á su habitación, en el primer piso, cuyas ventanas caían sobre el Parque, llamó á Celeste, su doncella, y se hizo vestir para el banquete. Después de una hora larga, terminada la *toilette*, y sintiendo demasiado calor, abrió una ventana, y olvidándose de todo, apoyóse en el antepecho, mientras Celeste ponía en orden los objetos del tocador.

Renata, dejaba vagar su mirada en el espacio. Extendíase el Parque con sus masas negruzcas de follaje, sacudidas por las brúscas ráfagas de viento trayendo á la memoria el fragor de las olas que se estrellan contra las rocas de la plaza.

Ante el sombrío espectáculo de aquella naturaleza, sentía Renata inundarse su corazón de una vaga tristeza, recordó su infancia, en aquel silencioso hotel de su padre en la isla de San Luis, donde, desde hacía dos siglos, habían sepultado los Beraud du Chatel su sombría gravedad de magistrados. Recordó su matrimonio, pensó en aquel viudo que se había vendido al casarse con ella, y trocado su nombre de Rougon por el de Saccard, en aquel hombre que se había apoderado de ella, para arrojarla sin compasión en la vida que llevaba, donde sentía vacilar su débil espíritu. Con infantil alegría recordó después las divertidas partidas de raqueta que había jugado en otro tiempo con su hermana Cristina, los placeres

sin término de que hacía diez años gozaba, loca, manchada por las especulaciones de su marido, en las que él mismo acabaría por hundirse. Esta idea, de cuyo fundamento no pudo darse cuenta, fué entonces como un presentimiento. Turbada por estos pensamientos de vergüenza y castigo, cedió lentamente á los modestos instintos que dormían en el fondo de su alma, prometiendo su enmienda como en los felices días de colegiala, cuando las compañeras, cantaban al corro bajo los árboles: *No iremos más al bosque...*

Celeste que había bajado á las habitaciones inferiores, volvió entonces diciendo en voz baja:

—El señor suplica á la señora que baje. Hay ya mucha gente en el salón.

Interrumpida en sus meditaciones por Celeste, cuya voz la volvía á la realidad, tembló al separarse de la ventana, donde había estado algún tiempo sin sentir el sopro frío del ambiente que helaba sus hombros desnudos.

Al pasar ante el tocador se contempló maquinalmente en el espejo, sonrió satisfecha y salió en seguida.

Casi todos los invitados estaban allí: su hermana Cristina, joven de veinte años, vestida sencillamente de muselina blanca; su tía Isabel, viuda del notario D' Aubertat, anciana de sesenta años muy amable, que vestía de satín negro; la herma-

na de su marido, Sidonia Rougon, delgada, cargante, sin edad definida, de rostro de cera; los Mareuil, el padre, que acababa de quitarse el luto por su mujer, señor de elevada estatura, estirado y serio, muy parecido al ayuda de cámara Bautista, y Luisa, su hija, la pobre Luisa, como la llamaban, joven de diecisiete años, raquítica, cargada de espaldas ligeramente, que lucía sin gracia alguna un traje de fulard blanco con lunares rojos; grupos de hombres graves, condecorados, pálidos y tiesos; más allá jóvenes de aspecto vicioso, rodeando á las señoras entre las cuales destacábanse las inseparables, la delgada marquesa de Espanet, con su vestido amarillo, y la gruesa señora de Haffner, de violeta; el señor De Mussy, aquel jinete á cuyo elegante saludo no había contestado Renata; veíase también allí y en medio de todos, á Charrier y Mignon, dos contratistas enriquecidos, con quienes, Saccard, debía negociar al día siguiente, los cuales lucían sus enormes corpaehones, con las manos á la espalda, reventando dentro de sus trajes.

Aristides Salcard, en pie cerca de la puerta, peroraba rodeado de hombres graves, con la verbosidad y gangueo propios del Mediodía, hallando siempre medio de saludar á los que llegaban, estrecharles la mano y dirigirles algún cumplido. Bajo de estatura, y encanijado, se movía como

un maniquí y de su figura pequeña, hipócrita y obscura, destacábase una mancha roja: la cruz de la Legión de Honor que lucía muy ancha en el ojal.

Renata apareció, levantando un murmullo de admiración. Vestía de tul con riquísimos encajes de Inglaterra, recogida la falda con grandes ramos de violetas. Los adornos de la cabeza y el cuerpo eran verdaderamente encantadores, regios, y de una riqueza tal vez algo recargada. Bajaba el escote hasta el pecho, con los brazos descubiertos, pareciendo surgir su cuerpo tentador de aquella vaporosa envoltura de tules y flores. Llevaba el peinado alto, y sus sedosos y amarillos cabellos, sujetos por una rama de yedra, y atados en forma de casco, aumentaba más la desnudez, cubriendo la nuca sombreada ligeramente por algunos ensortijados cabellos de oro. Llevaba un collar de diamantes de admirables aguas, y sobre su frente resplandecía una diadema de hojas de plata esmaltadas de diamantes también. Había bajado rápidamente al salón, y su respiración parecía algo agitada. Sus ojos que había llevado de sombra la masa obscura del Parque, contraíanse ante aquella brusca ola de luz, dándola el aire tímido de los miopes que era en ella un nuevo encanto.

La Marquesita, al distinguirla, levantóse viva-

mente, y corriendo á su lado la estrechó las manos. Después de examinar su tocado murmuró con voz aflautada:

—¡Estás muy hermosa, querida mía!

Notóse entonces un gran movimiento en la concurrencia. Todos los invitados se apresuraban á saludarla, y Renata, estrechó la mano de casi todos los caballeros, luego abrazó á Cristina, preguntándola por su padre, quien no visitaba nunca el hotel, y permaneció en pie, sonriendo y saludando aun con la cabeza á los rezagados.

Las mujeres contemplaban con curiosidad el collar y la diadema.

La señora Haffner, no pudo resistir la tentación y aproximándose sin etiquetas, miró largo rato las alhajas, exclamando después con acento zumbón:

—¿Son esto el collar y la diadema?

Renata hizo un gesto afirmativo.

Las señoras elogiaron las alhajas, que en realidad lo merecían, pues eran verdaderamente soberbias. Se habló después de la almoneda de Laura de Aurigny, con admiración envidiosa. Saccard había comprado en ella las alhajas y se lamentaron de que las Lauras acaparasen los diamantes, que bien pronto faltarían, á ese paso, para las mujeres honradas. Conociase el precio de estas joyas: la diadema había costado quince

mil francos y el collar cincuenta mil. Citóse también un soberbio chal de cachemira que vendía Laura. La señora de Espauet llamando á Saccard, exclamó:

—Venga usted á recibir nuestra felicitación.

—Ahí tienen ustedes un buen marido.

Aproximóse Aristides, inclinóse con modestia, pero en su risueño semblante se revelaba la satisfacción, mirando de reojo á los dos contratistas que escuchaban de cerca aquellas cifras de miles de francos con cierto respeto.

Máximo, que llegaba entonces, muy compuesto, de rigurosa etiqueta, apoyó la mano familiarmente en el hombro de su padre, hablándole en voz baja é indicándole con la vista á los dos contratistas. Aristides Saccard sonrió discretamente como un actor aplaudido.

Las conversaciones, interrumpidas un momento por la llegada de Renata, volvieron á empezar, escuchándose ligeros ruidos de vagilla y cubiertos.

Bautista abrió al fin una puerta de dos hojas, y con tono solemne, pronunció la frase sacramental:

—¡La señora está servida!

Comenzó el desfile lentamente. Renata tomó el brazo de un anciano, el senador barón Gauraud, ante quien todo el mundo se inclinaba; Saccard,

dió el brazo á su Marquesita, y Máximo, vióse obligado á ofrecérselo á Luisa de Marenil. Sucediáanse en procesión los invitados restantes, yendo en pos de todos, los contratistas con los brazos colgando grotescamente.

Era el comedor una vasta habitación cuadrada con molduras en peral y filetes de oro. Los paños del muro, debieron ser destinados á recibir cuadros de naturaleza muerta, pero el dueño, desistió después de aquel gasto puramente artístico, é hizo cubrirlos con terciopelo verde oscuro.

El decorado y los muebles tapizados con la misma tela, daban á la estancia un aspecto grave y sombrío, sin duda calculado, para concentrar en la mesa el esplendor de las luces.

En el centro, sobre la muelle alfombra persa, á manera de iluminado altar, sobre la deslumbrante blancura del mantel, irradiaban con innúmeros resplandores la cristalería y la plata.

De los tallados respaldos de los sillones, en la incierta sombra, apenas se distinguían las colgaduras y los detalles de las paredes, obligando así á los ojos á volver sobre la mesa, donde quedaban deslumbrados.

El centro de mesa, de plata mate cincelada, se destacaba entre aquella profusión de objetos, figurando una porción de faunos y ninfas, saliendo de un ancho caracol, y cayendo alrededor guirnal-

das de flores naturales que seguían enlazándose hasta dos vasos laterales que los reoogian.

La larga hilera de platos, copas, vasijas llenas de agua y de distintos vinos, los diminutos saleros, toda la cristalería y vajilla, en fin, era delicada y ligera, de tal diaphanidad que no proyectaba sombra alguna.

Entre todo aquello, las piezas principales semejaban fuentes de fuego; vivos fulgores corrían por el pulido frente de las estufillas, y los tenedores, las cucharas, los cuchillos con mango de nacar producían el efecto de encendidas llamas; la luz al quebrarse en las copas del limpio cristal, se descomponía con todos los colores del iris, y en medio de aquella especial lluvia de relámpagos, en aquella mesa deslumbrante, las vasijas de vino reflejaban vistosamente sobre el blanco mantel, matizándole de rosa.

Los convidados dando el brazo á las damas, al entrar en el comedor, dieron á sus semblantes cierto expresión de beatitud discreta.

Las flores esparcían sus aromas en el tibio ambiente, y las emanaciones de las viandas y de los vinos se mezclaban al perfume de las rosas, dominando el áspero olor de los cangrejos y el ácido de los limones.

Después que cada uno halló su nombre escrito al reverso de las tarjetas del *menú*, colocadas

sobre cada cubierto, se dejó oír el rumor de sillas arrastradas y el agudo de los trajes de seda al rozarse entre sí. Las espaldas desnudas sembradas de pedrería, se destacaban entre los rígidos fraks negros.

Comenzó el servicio en medio de algunas sonrisas cambiadas entre vecinos, con cierto silencio, interrumpido sólo por el ruido de los cubiertos.

Bautista con su aspecto grave de diplomático, teniendo á sus órdenes, además de los criados de la casa, á cuatro ayudantes que buscaba para estas solemnidades, desempeñaba las funciones de mayordomo. Tres criados daban lentamente la vuelta en torno de la mesa, con un plato en la mano, ofreciendo á media voz por su nombre, cada una de las viandas, que Bautista había trinchado previamente sobre una mesa de servicio. Los demás sirvientes escanciaban los vinos y cuidaban de que no faltasen nunca el pan á los señores y los líquidos en las vasijas.

En realidad, el número de convidados era poco á propósito para que la conversación pudiese generalizarse. Sin embargo, al empezar el segundo servicio, cuando los asados y los entremeses hubieron ocupado el lugar de los *relevés* y los entrantes, y cuando el Pomard, Borgoña y Chambertín sucedieron al Chateau-Lafitte y al Leoville, creció

el rumor de las conversaciones y las risadas.

Renata, colocada en el centro de la mesa, tenía á su derecha al barón Gouraud y á su izquierda al Sr. Toutin-Laroche, cons-jero municipal y antiguo fabricante de bugías, miembro del consejo de vigilancia de la *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, director del *Crédito vitícola*, hombre acartonado, y de respeto, á quien Aristides, colocado en frente, entre las señoras de Espauet y de Haffner nombraba: «Nuestro sabio administrador» «Mi querido colega.»

Seguían después los políticos: el señor Hufel de la Noue, un alcalde que se pasaba casi todo el año en París, tres diputados, entre ellos el señor Haffner con su redonda fisonomía alsaciana, el señor de Saffré, joven, correcto, secretario particular de un ministro; el señor Michelin, jefe del Negociado de carreteras, y además otros altos empleados.

El señor de Mareuil, candidato perpetuo á la Diputación, se hallaba colocado frente al alcalde, con quien se mostraba muy atento. En cuanto á Espauet, no acompañaba nunca á su esposa.

Las señoras de la familia tenían su sitio entre los más notables de aquellos personajes, habiendo colocado, sin embargo, Aristides á su hermana Sidonia en un lugar más retirado, entre los dos

contratistas. La señora Michelin, mujer del jefe de negociado, que era una linda morena, algo regordeta, veíase al lado del señor de Saffré, con quien conversaba en voz baja. A los dos extremos de la mesa estaba, finalmente, la juventud, auditores del Consejo de Estado, hijos de capitalistas, el señor de Musey que miraba á Renata con desesperación, Máximo dando la derecha á Luisa de Mareuil, que parecía hacer su conquista. Ambos comenzaron las risotadas que luego se hicieron generales.

El señor Hufel de la Noue, preguntaba con galantería:

—¿Tendremos el placer de ver esta noche á Su Excelencia?

—Lo dudo,—contestó Saccard con cierto aire de importancia que ocultaba secreta contrariedad.—Mi hermano está muy ocupado. Sin embargo, ha enviado á su secretario, el señor de Saffré, para excusarse.

El secretario, á quien la señora de Michelin acaparaba, levantó la cabeza al oír pronunciar su nombre, y gritó al azar, creyendo que se habían dirigido á él:

—Sí, debe celebrarse esta noche, á las nueve, Consejo de ministros en casa del Guardasellos.

Mientras, el señor de Toutin-Laroche, á quien se había interrumpido en el discurso, continuaba

diciendo gravemente, como si estuviese hablando en plena sesión municipal:

—Este empréstito de la Villa, será una de las operaciones financieras más hermosas de la época! ¡Ah! señores...

Aquí su voz fué nuevamente apagada por las risas que estallaron en uno de los extremos de la mesa, destacándose la voz de Máximo que acababa una anécdota.

—¡Oh! no he concluido... La pobre amazona fué levantada del suelo por un peón caminero, á quien se dice ha mandado educar para casarse con él, pues no quiere que ningún hombre pueda vanagloriarse de haber visto cierto lunar situado encima de una de sus rodillas.

Volvieron á estallar las risas con más fuerza. Luisa reía más alto y lentamente, como si hubiera sido sorda, un criado alargaba en aquel momento, entre cada convidado, un plato, ofreciendo en voz baja agujas de ánade silvestre.

Aristides Saccard estaba disgustado por la falta de atención cometida con el señor Toutin-Laroche, y para demostrarle que se le había escuchado, repitió algunas palabras pronunciadas por el digno funcionario:

—El empréstito de la Villa...

Pero el señor Toutin-Laroche no se turbaba.

—¡Ah, señores!—prosiguió.—Se acusa al Con-

sejo de conducir al Municipio á la ruina, y desde el momento en que el Ayuntamiento pretende un empréstito, todos se apresuran á llevar allí su dinero.

—Verdaderamente han hecho ustedes milagros,—dijo Saccard,—Paris está convertido en la capital del orbe.

—Prodigioso!—interrumpió el señor Hupel de la Noue.—Paris está desconocido. ¡Es prodigioso, prodigioso!

Todos los hombres graves escuchaban ahora.

—Esta transformación de Paris,—continuó el señor Toutin Laroche;—será la gloria de este reinado. Esta mañana lo decía yo en el Consejo: «Señores, dejen ustedes charlar lo que quieran á esos vocingleros de la oposición... Cambiar y renovar á Paris es fertilizarlo!

Saccard, cerrando los ojos, sonreía como para saborear mejor la frase. Inclínose después detrás de la señora de Espanet para decir al señor Hupel de la Noue, aludiendo al señor Toutin-Laroche, bastante alto á fin de que fuera oído:

—¡Oh! tiene una inteligencia asombrosa!

El señor Charrier, desde que se hablaba de los trabajos de Paris, alargaba el cuello como para mezclarse en la conversación, mientras su asociado Mignon, sólo se ocupaba de la señora Sidonia, que le daba mucho que hacer,

Saccard no cesaba de vigilar á los contratistas con el rabillo del ojo.

—Los señores Mignon y Charrier,—prosiguió Saccard,—ponen en esto su trabajo, y tendrán su parte de gloria.

Los contratistas recibieron la lisonja con aire beatífico. Mignon contestó con aire de modestia:

—¡Oh! Usted es muy amable; nosotros hemos hecho ya nuestro negocio.

El otro, Charrier, apurando una copa de Pomard, exclamó:

—Los trabajos de Paris han dado la vida á muchos obreros.

—Y magnífico impulso á los negocios financieros,—añadió el señor Toutin-Laroche.

—Y no olviden el aspecto artístico,—se aventuró á decir el señor Hupel de la Noue que se jactaba de tener buen gusto.

—Las nuevas vías abiertas son majestuosas,—añadió el señor de Mareuil por decir algo.

—Nuestros hijos las pagarán,—declaró gravemente el diputado Haflner que no abría la boca más que en las grandes solemnidades.—Será muy justo.

Todos habían pronunciado su frase excepto el señor Michelin, el jefe de negociado, quien sonreía moviendo la cabeza, que era, comunmente su modo de tomar parte en la conversación; tenía

sonrisas para saludar, para responder, para aprobar, para despedirse, es decir, toda una colección de sonrisas, que casi siempre le dispensaban de servirse de la palabra, lo cual juzgaba más fácil y conveniente.

El barón Gourand, ocupado solamente en comer, cuidado solícitamente por Renata, á la que pagaba con gruñidos de satisfacción, levantó la cabeza y dijo limpiándose los labios manchados de grasa:

—Pues yo que soy propietario, cuando hago decorar ó reparar una habitación, aumento el precio del alquiler.

El señor Haffner con su frase «nuestros hijos las pagarán», había conseguido despertar al senador; todos aplaudían discretamente, y el señor de Saffre gritó:

—¡Deliciosa, deliciosa! Yo haré que mañana produzcan los periódicos la frase.

—Es verdad, vivimos en un tiempo hermoso,— dijo el señor Mignon.—Yo conozco más de uno que han redondeado lindamente su fortuna. Cuando se gana dinero, todo es hermoso.

Estas últimas palabras cayeron como un jarro de agua fría, é hicieron enmudecer á los hombres graves.

Michelin, que en aquel instante contemplaba á Saccard con aire apacible, cesó de sonreír, asus-

tado de que alguien hubiera creído por un momento que aplicaba las palabras del contratista al dueño de la casa, quien lanzó una mirada tan expresiva á Sidonia, que acaparando ésta de nuevo á Mignon, le dijo como si continuase la conversación interrumpida por aquel accidente:

—A usted le gusta, pues, el color de rosa...

Después Saccard, dirigió un cumplido á la señora de Espanet, y su rostro obscuro, desmirriado, tocaba casi los hombros blancos de la joven, quien se desviaba sonriendo ligeramente.

Servíanse los postres. Los criados daban la vuelta con más presteza en torno de la mesa, y hubo un instante de pausa, en el cual, el mantel se cubrió de dulces y frutas.

En uno de los extremos de la mesa, del lado de Máximo, las risas se hacían más claras y se escuchaba la voz agria de Luisa, que decía:

—Silvia llevaba un traje azul de satín en su papel de Dindonette.

Otra voz de chico añadió:

—¡Bah! el traje estaba plagado de encajes blancos.

El ambiente era sofocante. Los rostros enrojecidos, estaban animados como por una interna satisfacción.

Dos criados dieron la vuelta á la mesa sirviendo el Jerez y el Tokai.

Desde el comienzo de la comida parecía Renata distraída, cumpliendo maquinalmente sus deberes de ama de casa. Se aburría.

Máximo y Luisa la ponían nerviosa con sus cajalatas. Los hombres graves la fastidiaban. Las señoras de Espanet y Haffner la lanzaban miradas llenas de desesperación.

—¿Cómo se presentan las nuevas elecciones?— preguntó de pronto Saccard al señor Hupel de la Noue.

—Muy bien,—contestó éste sonriendo.—Aun no están designados los candidatos de mi distrito. Parece ser que el ministro duda.

El señor Mareuil parecía agradecer con la mirada á Saccard haber traído la conversación á aquel terreno.

Parecía estar sobre ascuas, y mucho más aun, cuando el alcalde dirigiéndose á él, añadió:

—Me han hablado bastante de usted en mi país, caballero. Las grandes propiedades que tiene usted allí le han ganado muchos amigos, y se sabe además cuán devoto es usted del Emperador. Usted tiene todas las probabilidades.

—Oye, papá; ¿verdad que Silvia vendía cigarrillos de papel en Marsella el año 1849?—gritó en aquel momento Máximo desde su sitio.

Saccard afectando no oírle, hizo que continuase en tono más bajo:

—Sí, mi padre la ha conocido.

Oyéronse algunas risas sofocadas, y mientras el señor Mareuil saludaba siempre, el señor Haffner proseguía la conversación en tono sentencioso.

—Quien ame al Emperador ama á Francia...

—Las grandes fortunas deben agruparse a' rededor del trono,—dijo á su vez el señor Tontin-Laroche.

Renata ya no pudo más:

—Por favor, amigo mío—le dijo á su esposo,—ten un poco de piedad y déjense ustedes ya de política.

El señor Hupel de la Noue, galante como un prefecto, dijo que tenían razón las señoras y dió principio á una historia escabrosa que había sucedido en la capital de su prefectura.

La marquesa, la señora Haffner y las otras damas, rieron mucho al escuchar ciertos detalles: el alcalde refería un cuento picante con aire inocentón. Después se habló del primer martes de la duquesa, de una bufonada que ya se había estrenado la víspera en cierto teatro, de la muerte de un poeta y de las carreras de otoño.

El señor Tontin Laroche, que tenía ratos felices, comparaba las mujeres á las rosas, y el señor Mareuil, en la turbación que le habían dejado sus esperanzas electorales, encontró palabras de gran profundidad respecto de la nueva forma de

sombreros... Renata permanecía siempre distraída.

Ya no se comía. Un viento cálido y destructor parecía haber pasado sobre la mesa, empañando la cristalería, desmigando el pan, ensuciando los platos con las mondaduras de las frutas y rompiendo en fin, la simetría del servicio.

Marchitábanse las flores en sus grandes recipientes de plata y los convidados se olvidaban de todo en aquel instante, satisfechos ya, y sin ánimos para levantarse.

Medio inclinados en sus asientos y con un brazo apoyado en la mesa, tenían la mirada opaca y hueca, el decaimiento y vaga quietud de aquella embriaguez de las gentes distinguidas que se emborrachan con vinos selectos.

Apenas se hablaba, y los caballeros condecorados parecían aun más graves en su silencio. Las señoras sentíanse humedecidas por el sudor que brotaba de sus frentes y de sus espaldas desnudas, esperando el momento de pasar al salón, algo pálidas, como si sus cabezas no estuvieran muy firmes.

La señora de Espanet estaba roja de calor, mientras los desnudos hombros de la de Haffner habían tomado la trasparente blancura de la cera.

El señor Hupel de la Noue examinaba el mango

de un cuchillo; Toutin-Laroche murmuraba aun frases cortadas que el señor Haffner acogía moviendo la cabeza lentamente. El de Mareuil soñaba mirando á Michelin que le sonreía cortesmente.

La linda señora Michelin, callaba también, muy acalorato el rostro, dejando caer una mano bajo el mantel, una mano que Safré debía retener entre las suyas, á juzgar por la postura.

Sidonía, conversaba en voz baja con Mignon y Charrier, que la escuchaban con atención. Confesábaseles que deliraba por todo cuanto se hacía con leche, y que tenía miedo á los aparecidos.

Aristides Saccard, medio adormilado, gozando la satisfacción de dueño de casa que cree haber logrado emborrachar con toda corrección á sus convidados, no pensaba en levantarse.

Renata apuró maquinalmente el último sorbo de Tokai, sintiendo arder su rostro. Sus labios se contraían nerviosamente como los de un niño que bebe vino puro, y entonces, sus pensamientos modestos y humildes que le habían sugerido las sombras del Parque, trocábanse en otros muy distintos, ahogados por aquel ambiente, perturbados, donde se cruzaban hálitos de fuego.

Ya no sonreía á su hermana Cristina y á su tía Isabel, siempre modestas, silenciosas; con la mirada dura hacía bajar los ojos al pobre De Mussy, y en su forzada distracción, sentía extremecerse

30921

cada vez que escuchaba las risas de Máximo y Luisa que continuaban bromeando.

Tras ella, envuelto en la penumbra, manteníase en pie Bautista, con su blanco rostro, y el aspecto irreprochable y desdenoso del criado que ha complacido á sus señores. El solo manteníase correcto mirando indiferente los hombros desnudos de las damas, con el aire sumiso de la servidumbre y guardando, como por hábito, la dignidad de su persona.

Renata, se levantó por fin, imitándola todos y pasando al salón donde el café estaba ya servido.

Era este salón una pieza larga y espaciosa que cogía toda la fachada linda al jardín, y en forma de galería iba de uno á otro pabellón, comunicando con la escalinata por una ancha puerta.

El salón estaba resplandeciente, el techo ligeramente abovedado, veíase adornado con grandes medallones dorados, rosetón y guirnalda doradas; sobre los muros se extendían, encuadrando los tapices, filetes de oro, lazos, haces de trigo cayendo á los lados de los espejos, y sobre el entarimado pavimento, una muelle alfombra de Aubusson extendía sus flores de púrpura.

Los muebles estaban tapizados de seda grana, siendo los cortinajes y colgaduras de la misma

tela. Un enorme reloj de cristal de roca decoraba la chimenea; las consolas sostenían grandes jarrones de la China y el oro relucía en todas partes donde las telas ó adornos dejaban un hueco.

En cada ángulo del salón se levantaban grandes candelabros, de bronce, colocados sobre zócalos de mármol rojizo, y pendientes del techo, colgaban tres arañas de trasparente cristal que descomponía la luz en cambiantes azules, rojos y amarillos, y en cuya claridad deslumbradora, parecía fundirse todo el oro de la estancia.

Los señores se habían retirado á la sala de fumar, y De Mussy, tomando el brazo de Máximo, á quien conocía del colegio, si bien le avanzaba seis años, le condujo á la galería descubierta que daba sobre el jardín, quejándose amargamente de Renata.

—¿Qué tiene?—decía.—Ayer la ví y estaba muy amable, hoy me trata como si no nos conociésemos, ¿qué he podido hacer para disgustarla? ¡Oh, Máximo, cuánto le agradecería que la interrogase sobre este punto, diciéndola que sufro mucho con sus desdenes!

—¡Eso no!—contestó Máximo riendo.—Renata está nerviosa, y no me atrevo á recibir el sofá. Ustedes se arreglarán...

Y añadió después de arrojar una bocanada de humo:

—Pues bonito papel, quería usted que hiciese. De Mussy, no se amilanó por esto; habló de su antigua amistad y prometió á Máximo complacerle si le ponía á prueba. Además, jamaba tanto á Renata, y era tan desgraciado!

—Bueno, —dijo Máximo por fin.—Yo le indicaré algo, pero entienda usted que no me comprometo... ¡Oh! de seguro que me envía á paseo.

Entraron nuevamente en la sala de fumar, y se arrellanaron en dos espaciosas butacas. Allí, De Mussy, contó á Máximo sus penas, por décima vez: como se había enamorado de Renata, y como al principio le había distinguido.

Máximo esperaba á terminar su cigarro para dejar á su compañero, dándole fraternales consejos é indicándole como debía conducirse con su madrastra para dominarla.

Saccard, que se acababa de sentar á pocos pasos de los jóvenes, les hizo cortar la conversación.

—Sea usted más atrevido, —concluyó Máximo, —eso le gusta á ella.

La sala de fumar ocupaba una de las piezas circulares que había en los ángulos del salón. El decorado era sobrio, estaba tapizado con imitaciones de cuero de Córdoba, y los cortinajes eran de tela argelina, cubriendo el piso una alfombra de moqueta con dibujos persas. Un diván circular

tapizado de chagrín, varios pufs y butacas, una araña pequeña que pendía del techo y el velador de laca con adornos de bronce florentino, parecidos á los de la chimenea, completaban el mobiliario del saloncito.

Las damas habían quedado en compañía de algunos jóvenes y de los viejos que tenían horror al tabaco. En el saloncito se bromeaba libremente. Hupel de la None, contaba otra vez su historieta, completándola ahora con detalles más íntimos. Esta era su especialidad: tenía dos versiones para todas sus historias, una para las señoras y otra para hombres solos.

Cuando entró Saccard, rodearonle todos y le cumplimentaron.

Saffré le dijo una frase muy aplaudida; que había merecido bien de la patria, impidiendo que la bella Laura se hubiera pasado á los ingleses.

—Se equivocan ustedes, señores, —murmuraba Saccard con falsa modestia.

—¡No te defiendas! —decía Máximo riendo.—A tu edad eso es muy hermoso.

El joven, tiró por fin el cigarro, y volvió al salón que estaba más concurrido. Los criados comenzaban á pasear bandejas de plata con helados y vasos de ponche.

Máximo, deseando hablar á Renata, atravesó el salón. Al otro extremo haciendo juego con el sa-

loncito había otra pieza redonda tapizada de satén, botón de oro, de un sabor original. Los esplendores de la araña, delicadamente velados atenuaban el color amarillo, dándole un tono de sol vespertino. La alfombra imitaba un sembrado de hojas secas. El piano de ébano, espejos, una mesa Luis XVI y una consola que sostenía grandes ramos eran los muebles del saloncillo, en compañía de los confidentes, pufs y sillones tapizados, lo mismo que las paredes. No faltaban las mecedoras, sillas bajas y taburetes de elegantes variedades que no dejaban ver la madera, cubierta por completo con la muelle tapicería. Todos los muebles, en fin, parecían discretos lechos de pluma, donde se pudiera dormir, amar y desvanecerse en una singular armonía de tonos amarillos y lánguidos.

Renata gustaba mucho de aquel saloncillo, y durante el día pasaba en él sus ratos de ocio.

La tapicería, en vez de apagar el color de sus cabellos, prestábale extraños resplandores, y hacía destacar su cabeza sonrosada como la de una diana delicada.

Allí estaba entonces con sus amigas. Su tía y su hermana acababan de salir, y sólo quedaban en el saloncillo cabecitas ligeras. Casi tendida en su confidente, escuchaba Renata los secretos de Adeline, Susana Haffner, no perdía su languidez ale-

mana ni su aire provocativo, rodeada por un grupo de jóvenes. Sidonia, en un rincón, daba lecciones en voz baja á una muchacha de rostro virginal. Luisa, más lejos, en pie, hablaba con un joven muy apuesto y muy tímido, que se ruborizaba con frecuencia, mientras el baron Gourand, corpulento como un elefante, dormitaba en su butaca, sin atender á nadie.

Hacía mucho calor, y el aleteo de los abanicos, despedía un lánguido perfume en el ambiente.

Renata, al ver á Máximo en el dintel de la puerta, se levantó vivamente, pretextando sus deberes de ama de casa, y pasó al gran salón, donde la siguió el joven.

—Vaya,—le dijo reuniéndose á él, con expresión irónica,—la jorobadilla es agradable... ¿Ya no te parece tan estúpido hacerla la corte?

—No entiendo,—contestó Máximo, que iba decidido á defender la causa de su compañero De Mussy.

—Creo que he hecho bien en no librarte de Luisa... Confiesa que eso es indecente en una mesa...

Máximo se echó á reír.

—¡Ah! vamos, ya recuerdo... Nos hemos contado historias. No conocía á esa niña, y es graciosa, parece un muchacho.

Renata continuaba irritada como una mujer

honesto, y Máximo, que no conocía en ella tales enfados, añadió con naturalidad:

—¿Crees tal vez, mamá, que la pellizcaba por debajo de la mesa? Es preciso saber conducirse con una prometida... Pero dejemos esto, tengo que de irte algo más grave. Escucha...

Y en voz baja continuó:

—Acababa de decirme De Mussy que es muy desgraciado. Ya comprenderás que mi papel de arreglaros si estáis de monos, no es muy airoso, pero ya sabes que le he conocido en el colegio y como le veo tan desesperado, le he prometido decirte algo...

Renata le miraba de un modo indefinible.

—¿No me contestas?—continuó Máximo.—Bien, mi comisión está cumplida, ahora arreglaos como os parezca, pero conste que ese pobre hombre me da lástima.

Renata sin quitar la vista de Máximo, contestó:

—Dile que me fastidia.

Y comenzó á pasear entre los grupos, sonriendo y saludando; Máximo, quedó sorprendido y parado en su sitio.

La fiesta tocaba á su término y como era cerca de media noche, la gente iba desfilando lentamente.

No queriendo Máximo acostarse bajo una im-

presión desagradable, decidió buscar á Luisa. Pasaba cerca de la puerta de salida, cuando vió en el vestíbulo á la linda señora Michelin, á quien su marido envolvía en una salida de baile, azul y rosa.

—¡Oh! ha estado encantador—decía la joven á su esposo — Hemos hablado de ti durante la comida, y él hablará por su parte al ministro... Sólo que no es á él á quien corresponde su ascenso...

Y como pasara el Barón Gouraud.

—Este señor sería quien lo podría hacer—añadió al oído de su esposo.—Hace lo que quiere en el Ministerio. Mañana será preciso intentar en casa de los Mareuil...

Michelin sonriendo, salió con su mujer, con tanta precaución, como si hubiese llevado al brazo un objeto frágil y precioso.

Así que Máximo vió que Luisa no estaba en el vestíbulo, dirigióse al saloncito, donde la encontró casi sola, esperando á su padre. Sólo quedaba la señora Sidonia, diciendo que prefería los animales á algunas mujeres de funcionarios públicos. ®

—¡Ya está aquí mi maldito!—gritó Luisa.— Siéntese aquí y dígame en qué butaca se ha podido dormir mi padre. De hijo habrá creído que estaba en el Parlamento.

Y los jóvenes volvieron á reír con igual gana

que durante la comida. Sentado á los pies de Luisa, en una silla muy baja, acabó por tomarle las manos, jugando con ella como un camarada. Creyéndose solos, se reían con entera confianza, sin sospechar que Renata, en pie en medio del invernadero, y medio oculta, les miraba desde lejos.

Un poco antes había distinguido á Máximo y á Luisa y su presencia la detuvo detrás de un arbusto. La temperatura en el invernadero era bastante alta, y alrededor de Renata un mar de hojas y verduras se extendía bajo aquella especie de nave de una iglesia, cuyas delgadas columnillas subían hasta sostener la bóveda de cristales.

En el centro, en un estanque oval, al nivel del suelo, vivía con la vida misteriosa y opaca de las plantas de agua, toda la flora acuática de los países orientales.

Los ciclantos levantaban sus verdes penachos, ciñendo como con un cinturón monumental el surtidor, que parecía el capitel truncado de alguna construcción ciclopea; en los extremos grandes tornelias extendían fuera de la tasa sus extrañas y enmarañadas hojas y sus ramas secas, desnudas y torcidas como serpientes, dejando caer sus raíces semejantes á redes de pescador colgadas en el aire.

En el mismo borde casi, un pandano de Java, dilataba sus verdosas hojas, estriadas de blanco,

finas como espadas, y espinosas y dentadas como puñales malayos; y á flor de agua, viviendo en la templada atmósfera de aquel cristal dormido, abrían los nenúfares sus estrellas sonrosadas, en tanto que los eurialos arrastraban sus hojas redondas y leprosas que nadaban extendidas y planas como espaldas de sapos monstruosos, cubiertas de pústulas.

Una especie de helecho enano, á manera de alfombra, formaba espeso tapiz de musgo verde claro, rodeaba el estanque; y al otro lado de la gran calle circular, cuatro corpulentos y espesos árboles subían con vigoroso impulso hasta la bóveda del invernadero.

Las palmeras, ligeramente inclinadas, abrían sus penachos y extendían sus cabezas redondas, permitiendo coger sus ramos, como remos abandonados en su eterno viaje por la atmósfera.

Los bambúes de la India subían derechos, delgados y duros, haciendo caer desde lo alto una lluvia de hojas; el rabelal, el árbol del viajero, alzaba también allí su ramillete de inmensos abanicos chinoscos; y en un extremo, un plátano cargado de frutos, alargaba en todas direcciones sus largas hojas horizontales, donde hubieran podido dormir perfectamente dos amantes estrechándose el uno contra el otro.

Veíanse en los ángulos euforbios de Abisinia,

que remedaban cirios espinosos, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, sudando veneno; y bajo los árboles, para cubrir el suelo, helechos enanos, adiantos y plérides, ostentaban sus delicados encajes y sus finos recortes.

Los alsófilas de la mejor especie, tendían en zonas sus filas de simétricas ramas, de seis ángulos, tan regulares que semejaban grandes piezas de porcelana.

Una orla de begonias y caladios rodeaba los grupos vegetales; las begonias, de hojas retorcidas, manchadas de verde y rojo, y los caladios, cuyas hojas lanceoladas, blancas y con nervios verdes, parecían anchas alas de mariposa.

Otra segunda calle, detrás de los grupos vegetales, daba vuelta al invernadero y allá sobre las gradas que ocultaban los tubos de la estufa, florecían las marantas, suaves como el terciopelo, la gloxinia, con campanillas de color violado, las dracenáceas, semejantes á placas barnizadas.

Cuatro bóvedas formadas de verdura, con plantas trepadoras, constituían uno de los encantos principales de este jardín de invierno.

El árbol de la vainilla, cuyo maduro fruto exhalaba un olor penetrante, corría en torno de un pórtico guardado de musgo; cubrían las columnillas las cáscaras de Levante con sus hojas redondas, y los bauhinias de encendidos racimos; y

otras plantas extrañas, cuyas flores colgaban como collares de vidrio, mostrábanse ya en hileras, ya destizándose en desorden, ya anudándose entre sí, como finos cordones que jugaban y corrían sin término sobre el obscuro fondo del follaje.

Suspendidos por cadenas de hierro pendían entre los macizos, aquí y allí, canastillos, en los cuales se hallaban las orquídeas, plantas rarísimas cuyos vástagos rechonchos, nudosos y encorvados, como miembros enfermos, prenden en todas partes.

Veíanse también zapatos de Venus; cuya flor asemeja una pantufla, y stanhopea, de flor pálida y atigrada, que exhala de lejos un hálito acre y fuerte.

Mas la verdadera maravilla, era un gran hibisco de la China, cuya profusión de flores y follaje cubría por completo el flanco del hotel en el que la estufa se apoyaba. Las anchas y purpúreas flores de esta malva gigantesca, que sin cesar se reproducían, y viven sólo algunas horas, se hubiese creído bocas sensuales de mujer que se abrían, labios rojos, tiernos y húmedos de alguna gigantesca Mesalina, cuyo besos asesinaran y siempre renacieran con su ávida y sangrienta sonrisa.

Renata, junto al estanque donde vivían las flores acuáticas, temblaba en medio de aquella tropical eflorescencia.

Detrás de una esfinge de mármol negro, echada sobre un bloque de granito, vuelta la cara hacia el acuario, tenía una sonrisa de gata discreta y cruel, y era, con sus contornos relucientes, el ídolo sombrío de aquella tierra de fuego.

En el agua espesa y dormida del estanque, extraños y juguetones rayos de luz se entrechocaban, iluminando tenuemente vagorosas formas, masas azuladas, semejantes á bosquejos monstruosos.

Los globos de cristal esmerilado llenaban el follaje de blancos resplandores, haciendo destacar el contorno marmóreo de los bustos de mujer, y en torno de aquel círculo dulcemente iluminado, la obscuridad reinaba por completo.

Renata dentro de este círculo, pensaba mirando desde lejos á Luisa y á Máximo. No era ya el vago ensueño del Bosque, su pensamiento era un deseo distinto, agudo que se desbordaba.

Un apetito de voluptuosidad, un amor inmenso, flotaba en aquella nave cerrada, donde hervía la ardiente savia de los trópicos.

Sentí se como subyugada en presencia de las bodas potentes de la tierra, que á su alrededor engendraban aquel follaje y aquellos troncos colosales, aquel desbordamiento de selva, aquella aglomeración de vegetaciones que abrasaban, cargadas de embriaguez y deleite.

A sus pies, el estanque, cuya superficie humeaba, caliginosa, con el jugo de las flotantes raíces, cubría sus hombros como con un velo de pesados vapores que encendía su piel como al contacto de una mano húmeda y febril.

Sobre su cabeza sentía el movimiento oscilante de las palmeras, y más que el calor sofocante, más que el brillo de las luces y la profusión de flores, los olores eran lo que trastornaba su espíritu. Indefinible perfume, fuerte, avasallador, excitante, reunión de mil perfumes diversos; traspiraciones humanas. alientos de mujeres, ambientes de cabelleras y dulces ráfagas cortadas por rudos hálitos pestilenciales y venenosos. Y entre aquella extraña reunión de olores, sofocando las del caderas de la vainilla y las agudezas de las orquídeas siempre dominante el olor humano, sensual, penetrante, el olor que sale por las mañanas de la habitación de dos esposos jóvenes.

Apoyada Renata en el zócalo de granito de la esfinge, enrojecido el rostro y bañado en la luz que fulguraban sus diamantes, parecía una flor más, una gran flor, rosa y verde, uno de los nenúfares del estanque oval, por el calor desfallecido.

Todos sus buenos propósitos desvanecíanse en aquella hora, y la embriaguez del banquete, victoriosa y avasalladora, subió á su cabeza, centu-

plicada por las emanaciones del invernadero. Sus sentidos de mujer ardiente, sus caprichos de mujer estragada se despertaban en ella con vigor inusitado, y sobre ella, la gran estufa de mármol negro, reía misteriosamente, como si hubiera leído el deseo, formulado al fin, que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo tanto tiempo vago, fugitivo, la *otra cosa*, buscada en vano por Renata que acababa de revelarse bruscamente á sus sentidos, bajo el esplendor de las luces, en medio de aquel jardín de fuego, la presencia de Luisa y de Máximo, que reían y jugaban con las manos enlazadas.

Un rumor de voces que resonó de pronto en una de las grutas, á la que Aristides Saccard había conducido á Mignon y Charrier, vino á herirle en medio de sus ensueños.

—No es posible, señor Saccard,—decía la voz gruesa de Charrier.—No podemos comprar de nuevo ese terreno á más de doscientos francos el metro.

Saccard contestaba con voz agria:

—Bien, pero de la parte que á mi me correspondía, ustedes me han adjudicado cada metro á doscientos cincuenta francos.

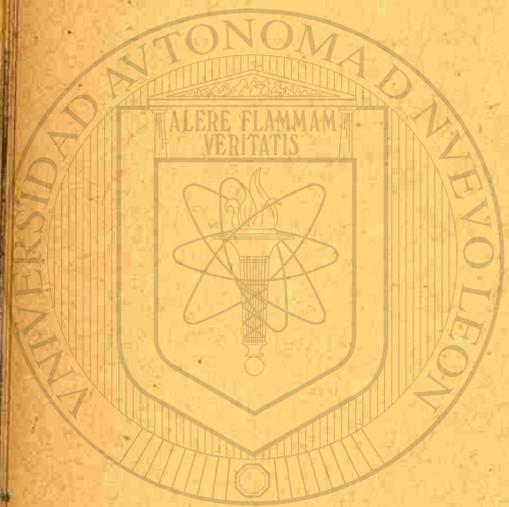
—Pues entonces, llegaremos á los doscientos veinticinco francos.

Y la conversación continuó, brutal, resonando

extrañamente bajo la bóveda de verdura, pero no fueron más que vano rumor en el delirio de Renata, á cuyos ojos se presentaba con la atracción del vértigo, un placer desconocido, traspirando el crimen, más áspero que todos aquellos que había ya apurado... el último que la quedaba por gozar.

El arbusto tras el cual estaba, era una planta maldita, una tanghin de Madagascar, de hojas anchas siempre verdes, y blanquecinos tallos, cuyos nervios destilaban un humor ponzoñoso.

Al ver á Luisa y á Máximo riendo satisfechos, Renata, fuera de sí, con la boca seca é irritada, tomó entre sus labios una rama de tanghin, que á la altura de su boca estaba, y mordió sin darse cuenta de ello, una de las amargas hojas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

El siguiente día al 2 de Diciembre, Aristides Rougon había caído sobre París con la voracidad de las aves de rapiña que desde lo alto olfatean los campos de batalla. Acababa de llegar de Plazan, en el Mediodía, donde su padre había logrado pescar por fin, en el río revuelto de los acontecimientos un empleo largo tiempo apetecido.

Joven aun, y después de haberse comprometido sin gloria ni provecho, acudía á París con apetitos de lobo y perjurando que «ya no sería tonto», frase que subrayaba con una irónica sonrisa á la que sus delgados labios daban una significación terrible.

Llevaba consigo á su esposa Angela, pálida é insípida, cuando llegó en los primeros días de 1852. Instaló á la pobre mujer en una estrecha habitación de la calle de Santiago, como si fuera un mueble embarazoso de cual tuviese precisión de deshacerse.

La joven no había querido separarse de una niña de cuatro años que Aristides hubiese dejado de buena gana á cargo de su familia, pero cedió al deseo de Angela, con la condición de que quedase en el colegio Plassans su hijo Máximo, que tenía á la sazón once años, y sobre quien había prometido velar su abuela.

Rougón quería tener las manos libres y su mujer y su hija le parecían ya bastante carga para un hombre como él decidido á todo.

La misma tarde de su llegada, mientras Angela abría los baules, sintió el ansia de recorrer París en seguida, de pisar con sus gruesos zapatos de provinciano aquel codiciado suelo de donde esperaba hacer brotar los millones.

Aquel paseo fué una verdadera toma de posesión; andaba por andar, y caminaba ya como por país conquistado.

Ante sus ojos se representaba el combate que había de librar y no se asustaba al compararse con un hábil forzador de cerraduras, que, por violencia ó por astucia, va á apoderarse de una

parte de la común riqueza que injustamente le hubieran rehusado.

Y en su disculpa, hubiera invocado sus aspiraciones latentes durante diez años, su vida miserable de provincia, sus privaciones, todo aquello en fin de que hacía á la sociedad entera responsable.

Dominado entonces por la emoción del jugador que por fin se acerca al tapete verde, estaba lleno de júbilo, con un júbilo especial suyo, en el que se mezclaban las envidias y las esperanzas del malhechor impune. El aire de la gran ciudad le embriagaba y creía escuchar entre el ruido de los carruajes y el murmullo de la multitud la voz de Macbeth que le gritaba: «¡Tú serás rico!»

No había estado en París desde el feliz año que había pasado allí como estudiante... Por espacio de dos horas anduvo así de calle en calle. La noche se acercaba y sus pensamientos se crecían ante el resplandor de los escaparates y de los cafés repletos de gente. Acabó por extraviarse en su paseo, y cuando alzó los ojos, encontróse en el Faubourg Saint Honoré, en una de cuyas calles más próximas, en el condeado, la de Penthievre, habitaba Eugenio Rougón, uno de sus hermanos.

Antes de ponerse en camino, había contado con él, que era en aquel momento una potencia ocul-

ta, un abogadillo del cual surgía un hombre político, después de haber sido uno de los agentes más activos del golpe de Estado.

Por una de esas supersticiones de jugador, no quiso presentarse aquella tarde á Eugenio. Volvió pues lentamente á ganar la calle de Santiago, pensando en su hermano con sorda envidia, y mirando su traje usado y cubierto aun del polvo del camino.

Caminaba irritado, en medio de sus sueños, contra el ambiente de alegría que parecía respirar la ciudad. Jamás había sentido apetitos tan grandes de riqueza.

Al otro día por la mañana, estaba ya en casa de su hermano. Habitaba este dos vastas piezas, frías y amuebladas apenas, que desilusionaron á Aristides. Esperaba este hallar á Eugenio nadando en la opulencia. Estaba trabajando ante una mesa negra y pequeña, y al ver entrar á Aristides, se contentó con decirle lentamente y sonriendo:

—¡Eres tú!... Te esperaba.

El forastero estuvo muy áspero; acusó á su hermano de haberle negado hasta los consejos. No debía perdonarse nunca el haber permanecido adicto á la república hasta el 2 de Diciembre; esta era su continua queja, su eterno remordimiento.

Eugenio, sin soltar la pluma le escuchaba en silencio. Cuando hubo terminado Aristides, exclamó:

—Bien, pero todas las faltas se reparan. El porvenir es largo.

Eugenio pronunció estas palabras con acento tan claro que su hermano bajó la cabeza sintiendo en lo más hondo de su ser su mirada penetrante y escudriñadora. Después continuó con ruda y amistosa franqueza:

—Vienes para que te coloque, ¿verdad? Ya me he acordado de tí, pero no he encontrado nada todavía. Ya comprenderás que no voy á colocarte en cualquier sitio. Hace falta un empleo don le puedas hacer tu negocio sin peligro de ninguno de los dos. No te digo más. Estamos solos y podemos hablar ciertas cosas.

Aristides sonrió.

—Yo sé que eres inteligente—continuó Eugenio—y que no cometerás una torpeza. Cuando haya una ocasión te colocaré. Si de aquí á entonces necesitas algún dinero ven á pedírmelo.

Después hablaron de la insurrección del Mediodía, donde había ganado su padre su especial destino.

Eugenio vistióse mientras hablaba, y ya en la calle, antes de separarse dijo á su hermano en voz baja:

—No pases mucho y espera tranquilo en tu casa el empleo que te he prometido. No me agradaría ver á mi hermano haciendo antesalas.

Aristides sentía por Eugenio cierto respeto, teniéndole como hombre osado, y aunque no le perdona sus desconfianzas, pero sí su franqueza, encaminóse á encerrarse dócilmente en la calle de Santiago.

Todo su capital era quinientos francos que había pedido prestados á su suegro, con los cuales, después de atender á los gastos del viaje, mantuvo un mes á su familia.

Angela era muy gastadora, y creyó que debía adornar su traje de calle con una guarnición de cintas color de malva. El mes de espera parecía interminable á Aristides y la impaciencia le abrasaba.

Asomado á la ventana sentía á sus pies la gigantesca actividad de París, y se apoderaba de él un deseo inmenso de arrojarle en aquel horno vasto para amasar allí su oro como si fuese blanda cera. Aspiraba con delicia aquellas ráfagas vagas aún del naciente Imperio, que arrastraban ya el olor sensual de las alcobas, el de los agios mercantiles y el calor de los placeres. Le decía su instinto que la gran cacería de aventuras, de mujeres y de millones se aproximaba y sus narices se dilataban, y su instinto de animal hambriento sentía

los menores indicios del banquete de carne caliente y viva de que la villa iba á ser teatro.

Estuvo dos veces en casa de su hermano para activar su negocio, y aunque Eugenio le recibía bruscamente, no dejaba de repetirle, sin embargo, que no le olvidaba y que era preciso esperar aún.

Por fin llegó á manos de Aristides una carta en que le llamaba. Encontró á Eugenio sentado como siempre ante su mesilla negra en la vasta pieza helada que le servía de despacho.

El abogado al verle, le tendió un papel diciendo:

—Toma: ayer recibí tu credencial. Has sido nombrado comisario de vías públicas agregado al Ayuntamiento. Tu sueldo será de dos mil cuatrocientos francos al año.

Aristides, sin moverse, palideció sin atreverse á tomar el papel, creyendo que su hermano se chanceaba. Esperaba por lo menos un destino de seis mil francos.

Eugenio, adivinando lo que pensaba, giró sobre su asiento y cruzándose de brazos prosiguió:

—Supongo que no serás un estúpido. Tú querías desde un principio tener buena casa, querida, criados, comer bien... Tú y los que como tú sueñan si se les dejase obrar á su antojo, vaciaríais las arcas antes de que se llenasen. ¡Bah! ¡ten un

poco de paciencia! ¡Ya ves como yo vivo; tómate al menos el trabajo de bajarte para recoger una fortuna!

Eugenio sentía profundo desprecio por las impaciencias de su hermano, y en su rudo lenguaje habían ambiciones más altas, deseos de poderío, por lo cual aquel simple apetito parecíale pueril y de mal gusto.

Sonriendo irónicamente, aunque con tono más amable prosiguió:

—Tus propósitos son excelentes y no me opondré á ellos; los hombres como tú son muy útiles. Pero por favor espera que el mantel se extienda sobre la mesa, y si quieres hacerme caso, tómate la molestia de ir á buscar siquiera tu cubierto á la oficina.

Aristides no contestaba. Las comparaciones de su hermano no parecían agradaarle, y Eugenio, cediendo de nuevo á la cólera, exclamó:

—¡Eres un estúpido! ¿Qué esperabas de mí? ¿Qué queríais que hiciese de tu ilustre persona? No has tenido siquiera el valor de acabar tu carrera, y te has enterrado en una miserable plaza de comisario de subprefectura, llegas á mí con la detestable reputación de republicano, ¿y te creías ya ministro lo menos en cuanto llegaras á París? ¡Ya lo sé! tú tienes un deseo feroz de llegar arriba por todos los medios posibles, y teniendo en cuen-

ta tu tesón te he hecho entrar en el Ayuntamiento.

Púsose en pie al decir esto, y entregándole la credencial, prosiguió:

—Toma. Algún día me lo agradecerás. Yo mismo he escogido el destino, porque sé lo que puedes sacar de él. Limitate á mirar y oír. Mientras, acuérdate de esto: entramos en un período en que todas las fortunas son posibles. Gana mucho dinero, pero no cometas ninguna tontería ni des ningún escándalo, de lo contrario, te su- primo.

Esta amenaza produjo en Aristides el efecto que las promesas no habían logrado. Su fiebre se encendió de nuevo ante la idea de aquella fortuna de que su hermano le hablaba, pareciéndole ya que le dejaba ir contra las masas y despojarlas, con tal que lo hiciese legalmente y sin ruido.

Eugenio le entregó doscientos francos para terminar el mes, y permaneció un rato pensativo, diciendo por fin:

—Tengo el proyecto de cambiar de nombre y tú debías hacer lo mismo. Tendríamos así más libertad.

—Como quieras—contestó Aristides.

—Yo me encargaré de que se cumplan las formalidades legales.. ¿Quieres llamarte Sicardot, tomando el apellido de tu mujer?

Aristides pareció repetir interiormente sílaba por sílaba este apellido.

—No me agrada—dijo después—es muy pesado... Sería preciso cortarlo.

—Busca otro pues—repuso Eugenio.

—Preferiría Sicard solamente... Aristides Sicard... no suena mal...

Detúvose un momento y al fin exclamó con aire de triunfo:

—¡Ya lo he encontrado! ¡Saccard! ¡Aristides Saccard! Así, con dos *ces* ¿eh? ¡Parece que hay algo que suena á dinero en este nombre!

Eugenio mirábale sonriendo y le despidió al cabo con esta broma cruel:

—Me parece bien. ¡Es un nombre propio para ganar millones ó para ir á presidio! (1).

Un día después Aristides Saccard tomaba posesión de su empleo en el Ayuntamiento. Comprendiendo que su hermano habría necesitado gran influencia para que le admitiesen allí sin examen.

Entonces comenzó su vida monotoná de empleado de corto sueldo. Aristides y su mujer volvieron á las costumbres de Plassans, cayendo desde la altura de sus sueños dorados á la triste realidad de una vida que miraban como un tiempo de prueba, cuya duración desconocían.

(1) Saccard, un francés, saltador.

Ser pobre en París es ser dos veces pobre.

Angela, sin embargo, aceptaba la miseria con la impasibilidad de una mujer clorótica y dejaba transcurrir los días, unas veces en la cocina y otras jugando en el suelo con su hija, sin acordarse de nada mientras la quedaba una moneda de veinte sueldos.

Aristides, en cambio, revolvíase colérico como fiera enjaulada. Aquellos días fueron para él de sufrimientos indecibles: su amor propio herido brotaba sangre. Eugenio, entre tanto, había logrado un acta en el Cuerpo Legislativo, representando á Plassans, y este triunfo que debía ser la base de su fortuna, hacía sufrir á Aristides. Conocía la superioridad de su hermano y no eran celos solamente lo que sentía, sino el no haber hecho en su favor lo que hubiera podido fácilmente.

En varias ocasiones, y obligado por la necesidad, Aristides recurrió á su hermano, y si bien éste no se negó á darle dinero, echábale en cara al dárselo su falta de voluntad, con tal dureza, que hiriendo vivamente á Aristides, juró desde aquel momento no molestar á nadie.

Los últimos días del mes, Angela comía pan duro, suspirando indolentemente, y aquel aprendizaje cruel puso término á la terrible educación de Saccard.

No volvió á soñar con millones llovidos del cielo, ahogando todas sus pasiones con su voluntad de hierro, acariciaba una idea constante.

Al ir desde la calle de Santiago al Ayuntamiento, sus tacones gastados resonaban sordamente sobre el piso, y tapado con su raído gabán, husmeaba sacando el hocico al aire de la calle.

En los primeros días de 1857, Aristides Saccard fué nombrado Inspector de vías públicas, con cuatro mil quinientos francos.

El ascenso no podia llegar más á tiempo. Angela desfallecía visiblemente, y la niña, Clotilde, estaba medio anémica. Aristides había conservado su modesta vivienda, evitando las deudas y no queriendo meter las manos en el dinero de los demás hasta que pudiera sepultarlas hasta el codo.

Así engañaba sus propios instintos y permanecía siempre en acecho. Su mujer parecía dichosa entonces; compróse algunos adornos y comió bien todos los días, no entendiendo la silenciosa cólera de Aristides, que era la del hombre que persigue sin tregua la solución de algún espantoso problema.

Siguiendo Aristides los consejos de su hermano, miraba y escuchaba, y cuando fué á verle para darle las gracias por su ascenso, comprendió éste enseguida la revolución que en él se había operado, felicitándole por ello.

En pocos meses, el empleado, se había convertido en un cómico prodigioso. Toda la verbosidad meridional, se había despertado en él y llevaba tan lejos el disimulo, que sus propios compañeros del Ayuntamiento le miraban como una buena persona, á quien su parentesco con un diputado le designaba para ocupar un buen puesto.

Atraíale aquel parentesco, también la benevolencia de sus jefes, adquiriendo una especie de autoridad tácita dentro de su empleo que le abría las puertas de todas las dependencias para meter la nariz en los expedientes, sin que nadie notara sus indiscreciones.

Dos años estuvo recorriendo los pasillos, deteniéndose como abstraído en los negociados, levantándose veinte veces al día para hablar con algún compañero, subir ó bajar expedientes y hojear registros, todo lo cual hacía decir á sus colegas:

— ¡Qué demonio de provenzall ¡No puede estar-se quieto, parece de azogue!

En cambio, sus intimos teníanle por un perezoso y Aristides se reía cuando le colgaban la fama de regatear sus servicios á la Administración.

Nunca cometió la torpeza de espiar por las cerraduras, pero tenía una manera de abrir las puertas, de cruzar los despachos siempre con papeles en la mano, con aire abierto, y paso lento,

que no perdía jamás una palabra de las conversaciones que con su presencia sorprendía.

Aquella fué su táctica, que le valió el que nadie se fijase en él ni interrumpiese las conversaciones cuando el activo funcionario se deslizaba por las oficinas, preocupado y diligente. Ofrecíase también á los compañeros para ayudarles, y si alguno se retrasaba en la hora, estudiaba los documentos que caían bajo su inspección, con el pretexto de ordenarlos.

Trabó amistad con los dependientes de la casa, tratándoles como de igual á igual, contándoles historietas y procurando sus confidencias. Así decían de él; «Ese sí que no es orgulloso».

Si ocurría algún escándalo, enterábase en seguida, y en el Ayuntamiento no había misterios para él. Conocía el personal hasta el último mozo y los papeles hasta las notas del alumbrado de cada despacho.

Para un hombre como Aristides Saccard, ofrecía París entonces un espectáculo interesante: acababa de ser proclamado el Imperio después del famoso viaje en el cual el príncipe-presidente había logrado despertar el entusiasmo en algunas provincias bonapartistas. Un gobierno fuerte protegía la sociedad y la libraba hasta de la molestia de pensar, y en la tribuna y en la prensa reinaba

La única preocupación de todos consistía en saber las distracciones que se preparaban para matar el tiempo y según la expresión de Eugenio Rougon, París se sentaba á la mesa y soñaba con chistes á los postres.

Los ánimos, cansados de política, se volvieron los negocios y á los placeres; los que poseían desenterraban su dinero, y los que nada tenían buscaban por los rincones olvidados tesoros. En medio del profundo silencio del orden, en la pacífica planicie del nuevo reino, se escuchaban toda suerte de agradables rumores, de doradas promesas y voluptuosidades, pareciendo como si se pasase ante esos lugares, á través de cuyas cortinas cuidadosamente cerradas, se escucha el sonido del oro sobre el mármol de las chimeneas.

París iba á convertirse, por obra del Imperio en la más viciosa de las capitales de Europa. Aquella legión de aventureros que acababan de robar un trono, pedían un reinado de aventuras, de negocios sucios, de conciencias compradas, de mujeres vendidas, de embriaguez, en fin; y en la ciudad donde apenas se habían borrado las huellas de la sangre de Diciembre, crecía, tímida aun semejante sed de placeres, que debía, á la postre, arrojar á la patria en el oprobioso lugar de las naciones corrompidas.

Todo esto adivinaba claramente Aristides, que

veía acercarse la creciente ola de la especulación, cuya espuma, debía cubrir en breve á todo París. Seguía con atención sus progresos, viéndose realmente en el centro de la lluvia de oro que iba á caer sobre la población.

En sus correrías por los despachos del Ayuntamiento, había sorprendido el vasto proyecto de la transformación que iba á realizarse en París, los planos de aquellas demoliciones, de aquellas nuevas vías, de aquel agio formidable producido por la venta de terrenos é inmuebles que encendía á París por sus cuatro costados en una batalla de intereses y de lujo refinado. Su actividad tuvo desde entonces un objeto. En la oficina se había hecho más hablador, más atento que nunca, y su hermano, le felicitaba por haber puesto tan perfectamente en práctica sus consejos.

Hacia los primeros días de 1854, Saccard le confió que tenía en estudio muchos negocios para cuya realización necesitaba grandes adelantos.

—¡Oh! se buscan—dijo después de oírle, Eugenio.

—Es verdad—había contestado Aristides sin demostrar contrariedad al ver que su hermano rehusaba facilitarle los primeros fondos.

Los primeros fondos era lo que más ocupaba su pensamiento. Su plan estaba trazado y lo maduraba lentamente, pero los primeros miles de

francos no se encontraban y sus esperanzas hubieron de dilatarse por algún tiempo.

Ya no miraba con la arrogancia de antes, sino nerviosa y detenidamente, como si en el primero con quien tropezase hubiera de encontrar un prestamista. En la casa, Angela proseguía su vida obscura y feliz, y sus risas se hacían cada vez más agudas, á medida que aquella ocasión tardaba en presentarse.

Tenía Aristides una hermana en París; Sidonia Rougón, casada en Plassaus, con un pasante de procurador. Habíase instalado el matrimonio en la calle de Saint-Honoré con el propósito de establecer un comercio de frutos del Mediodía, pero cuando la encontró su hermano, había desaparecido el marido y el almacén hacía largo tiempo que no existía.

Sidonia habitaba en la calle del Faubourg Poissonniere un reducido entresuelo compuesto de tres piezas y además la tienda del piso bajo; era esta estrecha y misteriosa y en ella, pretendía tener un comercio de blondas y encajes como al parecer lo demostraban retazos de guipure y valenciennes, que suspendidos de listones dorados, se exhibían en el escaparate; pero en el interior, en lo que podría llamarse antecámara, todo estaba resplandeciente y sin el menor vestigio de mercancía.

Tanto el escaparate como la puerta estaban guarnecidos discretamente de ligeras cortinillas, que dando un aire velado á la tienda, como de pieza de espera, que se abre sobre un templo desconocido, ponía el interior al abrigo de las miradas indirectas.

Decía Sidonia, que la disposición de la casa la había obligado á alquilar la tienda y el entresuelo que se comunicaban por medio de una escalera empotrada en el muro. La vendedora de encajes, en efecto, siempre estaba fuera. Se la veía entrar y salir apresuradamente muchas veces al día, y podía deducirse desde luego que lo que menos la ocupaba era el comercio de encajes. Ello es que utilizaba el entresuelo y pagaba el alquiler con dinero recogido Dios sabe donde.

En su tiendecilla había vendido objetos de caoutchuc, zapatos, tirantes, etc., luego y sucesivamente un nuevo aceite para hacer crecer el cabello, aparatos ortopédicos y unas cafeteras automáticas con privilegio de invención cuyo éxito fué bien malo por cierto.

Cuando su hermano fué á verla, se dedicaba al alquiler de pianos, y tenía el entresuelo atestado de estos instrumentos; había pianos hasta en la alcoba, la cual estaba, por otra parte, decorada con tal coquetería, que desentonaba entre aquel batiburrillo mercantil que llenaba las otras dos

habitaciones. Conservaba metódicamente los dos comercios; los parroquianos que iban por la mercancía del entresuelo, entraban y salían por una puerta cochera que tenía la casa á la calle de Papillón, siendo menester que se conociera el secreto de la escalera interior para estar al tanto del doble tráfico de la vendedora de encajes.

En el entresuelo, se llamaba la señora Touche, que era el apellido de su marido, y en la muestra su nombre propio, lo cual hacía que se la conociera generalmente por Sidonia. Tenía esta treinta y cinco años, pero se vestía con tal descuido y era tan poco femenina en sus negocios, que se la hubiera creído una vieja.

Vestía siempre el mismo traje negro rosado en las costuras, ajado y deslucido por el uso, recordando las togas de los abogados usadas en los tribunales. Llevaba un sombrero también negro, que bajando sobre la frente, ocultaba el cabello, y calzada con gruesos zapatones, trotaba por las calles con un cestillo al brazo, cuyas asas estaban recompuestas con bramante.

Aquella cesta que jamás abandonaba, era un mundo en pequeño; cuando la entreabría, salían de ella toda clase de objetos, agendas, carteras, papel sellado, cuya ilegible escritura descifraba diestramente.

Sidonia tenía algo del corredor y del alguacil,

vivía entre desahucios, emplazamientos y providencias. Después de vender por valor de cinco francos de pomada ó encajes, se insinuaba en el ánimo del parroquiano, se convertía en agente de negocios, se encargaba de visitar á los procuradores, jueces y abogados, é iba de aquí para allí con sus legajos de papel sellado en el fondo de su cesta, durante semanas enteras, tomándose un trabajo improbo yendo de uno á otro extremo de París, con su paso igual y menudo, sin tomar nunca un carruaje.

Nadie hubiera adivinado el provecho que Sidonia sacaba de semejante oficio. Lo hacía, desde luego, por amor instintivo á los negocios oscuros y á los enredos, pero obtenía muchos beneficios, como eran, comidas en una casa ú otra y piezas de un franco recogidas en distintas partes. No obstante la verdadera ganancia consistía en las confidencias que recibía de todos y que la colocaban sobre la pista de extraños negocios.

Viviendo en las casas ajenas y metida en los asuntos de otros, era un depósito andante de ofertas y demandas. Sabía donde vivía una joven que deseaba casarse en seguida, donde una familia que necesita un préstamo de mil francos, donde un prestamista que ofrecía fuertes sumas con crecidos intereses; y sabía cosas más delicadas aún, las tristezas de una señora pálida no com-

prendida por su marido, los gustos de un barón muy rico aficionado á las mujeres y á la buena mesa. De un lado para otro llevaba las demandas y las ofertas, andaba dos leguas para hacer que se entendiesen dos enemigos irreconciliables, enviaba el barón á casa de la señora pálida y tenía en fin grandes negocios.

Estos negocios podía confesarlos en voz muy alta; un largo pleito cuya prosecución la había encargado una familia noble arruinada, y una deuda contraída por Inglaterra en favor de Francia, del tiempo de los Estuardos, y cuya suma total, con los intereses compuestos, ascendía á cerca de tres billones.

Esta deuda era su pesadilla. Explicaba el asunto con gran lujo de detalles, y contaba la historia acaloradamente, interesada en demostrar el aspecto legal del pleito. A veces, entre una entrevista con el alguacil del juzgado y una visita á una amiga, vendía un par de metros de puntilla ó alquilaba un piano, aunque estos eran negocios pequeños que no por eso desperdiciaba. Después, llegaba presurosa á su tienda donde una parroquiana le había dado cita para ver una pieza de Chantilly; llegaba la parroquiana y se deslizaba como una sombra en la tienda discreta y velada, y no era raro que un caballero, entrando por la puerta cochera de la calle Papillon, fuese al mis-

mo tiempo á ver los pianos de la señora Touche, en el entresuelo.

Si no hacia fortuna la señora Sidonia, no era porque trabajase ciertamente por amor al arte. Aficionada á los procesos, olvidando sus mismos negocios por los de los demás, dejábase saquear por los alguaciles, lo cual, por otra parte le procuraba alegrías conocidas sólo de los litigantes.

Desaparecia Sidonia para quedar el agente de negocios. De pequeña estatura, delgada, descolorida, vestida con aquel traje negro que parecia hecho de la toga de un abogado, habiase acartonado, por decirlo así, y al verla trotar á lo largo de las aceras, se la habria tomado por un escribiente de notario, vestido de mujer.

Tenia su rostro la amarillenta palidez de papel sellado, sus labios estaban plegados siempre por una sonrisa apagada, en tanto que sus ojos parecían nadar en el bullicio de los negocios y de las preocupaciones de todo género, que llenaban su cabeza de movimientos tímidos y discretos, con cierto vago olor, además, de confesonario y de gabinete de comadrona; se hacía á veces dulce y maternal como una religiosa, que, habiendo renunciado á las afecciones de este mundo tiene piedad de los sufrimientos del corazón.

Jamás hablaba de su marido, ni de su infancia, de su familia ni de sus intereses. Sólo habia una

cosa que ella no vendiese, y esto, era su persona, pero no porque tuviera escrúpulos para hacerlo, sino porque nunca se le habia ocurrido la idea de tal comercio. Era seca como una factura, fría como el protesto de una letra, indiferente y ruda en el fondo como un corchete.

Saccard no pudo al primer golpe de vista, y como recién llegado, descender hasta las peligrosas profundidades de aquellos oficios sin número que desempeñaba Sidonia, pero fué harto pobre la idea que formó de la inteligencia de su hermana, cuando, suponiendo versado á Aristides en la ciencia, por haber seguido un curso de Derecho, le habló un día de los tres millones de Inglaterra con la gravedad extraña de que sabia revestirse al tratar de este asunto. Reanudadas no obstante las relaciones de familia, y llevada de aquel espíritu inquisitivo que la caracterizaba, Sidonia registró con todo escrúpulo los rincones de la casa de la calle de Santiago y estudió á Angela con una mirada; sólo cuando sus incesantes correrías la llevaban á aquel barrio, ó cuando experimentaba la necesidad de hablar con alguien de la eterna cuestión inglesa, y en la cual creyó en seguida Angela, era cuando aparecía por la casa de Aristides.

Entonces la corredora volvía á una idea favorita y hacia correr el oro de sus labios con verdadera

fricción. Aquel era el único flaco de espíritu sutil; la locura pacífica en que mecía su existencia, perdida por lo demás en miserables tráficos, el mágico incentivo, en fin, con que alucinaba á sus parroquianos más crédulos y sencillos. De este modo, convencida ella misma, acababa por hablar de los tres billones como de su propia fortuna, en cuya posesión habían de ponerla tarde ó temprano los tribunales; idea ante la cual aparecía á los ojos de sus clientes rodeado de una aureola mágica su sombrerillo negro, donde se balanceaban algunas violetas descoloridas, cuyos tallos de alambre se veían al descubierto.

Angela al oirla, abría los ojos desmesuradamente, y varias veces habló á su marido respecto de su cuñada, diciéndole tal vez que un día Sidonia les haría ricos; pero Aristides se encogía desdeñosamente de hombros; precisamente había visitado la tienda de Sidonia aquel día y no había encontrado más que señales de una quiebra próxima. Sin embargo, queriendo conocer la opinión de su hermano respecto á Sidonia, hablóle de ella en cierta ocasión, pero Eugenio se limitó á responder gravemente á las preguntas de Saccard, manifestándole que no la veía apenas y que la juzgaba bastante inteligente, aunque un tanto comprometora.

Algunos días después volviendo Aristides de la

calle de Penthicose, creyó ver salir de casa de su hermano á Sidonia, y aunque corrió para alcanzarla, no lo consiguió confundiendo su vulgar contorno negro con la multitud. Saccard detúvose un instante pensativo, y se propuso estudiar atentamente á su hermana, no tardando en comprender lo inmenso del trabajo que aquel sér demacrado é indefinido prestaba. Sintió desde entonces por ella el más vivo respeto, y en verdad no desmentía la sangre de los Rougon. Vió en Sidonia aquella sed insaciable de dinero, aquella necesidad de enredos é intrigas que caracterizaba á la familia, si bien gracias á las distintas industrias que ejercía, el temperamento común se veía viciado en ella, produciendo aquel extraño hermafroditismo de la mujer convertida en sér neutro.

Cuando tuvo Saccard su plan concebido, y decidióse á buscar los primeros fondos indispensables, pensó en seguida en su hermana. Sidonia al escucharle movió la cabeza y suspiró recordándole los tres millones, pero el empleado municipal no le toleraba semejante manía, y cada vez que hacía alusión á la deuda de los Estuardos burlábase de ella, pareciéndole que tal desvarío deshonraba una inteligencia tan práctica como la de Sidonia.

Esta, que escuchaba con la mayor tranquilidad las ironías más ágras sin que sus convicciones se

quebrantasen, por ello lo más mínimo, le explicó entonces con gran lucidez que no hallaría quien le prestase un cuarto, careciendo de garantías que ofrecer en cambio.

Sostenían esta conversación delante de la Bolsa, donde Sidonia debía jugar seguramente sus economías: allí, apoyada en la verja, á la izquierda del buzón del correo, había la certidumbre de hallarla hacia las tres de la tarde, y era aquel el sitio en el cual daba audiencia á gentes tan dudosas é indefinibles como ella. Convencido de que nada podía obtener en beneficio de sus planes, Saccard disponíase ya á separarse de su hermana, cuando con acento desolado dejó escapar esta exclamación:

—¡Si no estuvieras casado!

Lo singular de la frase y lo extraño de la reticencia cuyo sentido preciso no quiso inquirir, dejaron á Saccard profundamente preocupado.

Transcurrieron los meses sin haber cambiado la situación en nada. La guerra de Crimea acababa de ser declarada, y París indiferente á sucesos tan remoto se entregaba en brazos de las especulaciones y de las mujeres.

Saccard presenciaba aquel delirio creciente mordiéndose los puños, y aquel espectáculo le impacientaba coléricamente. Tal era la disposición de su espíritu cuando, no sin irritación y sin sor-

presa halló una noche, al volver á su casa á Angela enferma y acostada. Aquel accidente acabó de exasperarle. La pobre mujer quejábase tímidamente. Sentía escalofríos, y el médico cuando llegó á verla, manifestó á Saccard en el descanso de la escalera, que su mujer tenía una fluxión al pecho y no respondía de su vida.

Desde entonces Aristides se consagró al cuidado de la enferma, dejó de ir á la oficina, y no se apartaba de la cabecera de la enferma á quien miraba con expresión indefinible cuando, devorada por la fiebre y con la respiración fatigosa caía en un letargo. Sidonia á pesar de sus numerosas obligaciones, halló medio de ir todas las noches á preparar las tisanas, cuya virtud pretendía ser maravillosa, pues unía á sus demás profesiones la de enfermera por vocación, encontrando un singular placer en el dolor ajeno, en las estancias de los enfermos escuchando las conversaciones compungidas que se entablan en voz baja en torno del lecho de los moribundos. Además, parecía sentir una tierna amistad por Angela: procuraba hacerse agradable siempre á las mujeres enamoradas, con mil fruslerías, sin duda por el placer que proporcionan á los hombres; las trataba con la delicada atención con que el comerciante mira los objetos preciosos de su anaquelaría; las llamaba «querida mía, hermosa mía» y las arrullaba

como un enamorado. Aunque de Angela no esperaba sacar nada, la mimaba como á las demás, por costumbre, y así cuando la joven cayó enferma, las efusiones de su cuñada se hicieron más tiernas, llenándola de atenciones y cuidados, que Aristides miraba absorto y abismado en un dolor mudo y profundo.

La enfermedad en tanto se agravaba y una noche, el médico les confesó que la enferma no saldría de la madrugada. Sidonia había llegado temprano y se mostraba preocupada, mirando á su hermano y á Angela alternativamente, con aquellos ojos opacos, donde brillaba alguna luz de vez en cuando; y así que el médico hubo salido, templó la claridad de la lámpara, quedando todo en silencio.

Parecía sentirse llegar la muerte en aquella habitación caliente y húmeda donde la respiración irregular de la moribunda remedaba el tic-tac del péndulo que se va parando. Sidonia había abandonado las pócimas; sentada al lado de la chimenea, junto á su hermano, quien atizaba con mano febril la lumbre, arrojando sobre el lecho donde espiraba Angela miradas involuntarias.

Saccard enervado por aquella pesada atmósfera, entró en la habitación vecina, donde había encerrado á Clotilde, quien jugaba con sus muñecas sobre la alfombra. La niña sonreía á su pa-

dre, cuando entró Sidonia, y le condujo á un extremo de la habitación para hablarle en voz baja. La puerta había quedado abierta y se percibía el estertor de Angela.

—¿Has oído lo que ha dicho el médico?—dijo la corredora.—Tu pobre mujer... creo que todo ha concluido.

Saccard inclinó la cabeza sin contestar.

—Era muy buena,—prosiguió Sidonia hablando de Angela como si ya hubiese muerto.—Podrás encontrar otra más de mundo, más rica, pero nunca un corazón como el suyo.

Y como callase para enjugarse los ojos, pareciendo buscar una transición, preguntó Saccard sin rodeos:

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí... Me he ocupado de lo que sabes, y me parece haber encontrado... Pero no es ahora ocasión... tengo el corazón destrozado.

Enjugóse otra vez los ojos. Después prosiguió:

—Es una muchacha que quieren casar en seguida... Ha sufrido la pobre un contratiempo y tiene una tía que haría un sacrificio...

Interrumpióse de nuevo gimoteando, llorando cada frase como si estuviera doléndose de la infortunada Angela. Era esto un recurso para impacientar á su hermano y obligarle á preguntar,

para no cargar con toda la responsabilidad del asunto.

Aristides ya impaciente, dijo:

—¡Bueno, acaba! ¿Por qué quieren casar á esa chica?

—Verás, recién salida del colegio—prosiguió Sidonia—la perdió un hombre, en el campo, en casa de los padres de una de sus amigas. El padre se ha enterado... la quería matar... La tía por salvar á la pobre niña, se ha convertido en su cómplice y entre los dos han forjado una historia que han referido al padre, diciéndole que el culpable es un muchacho honrado que no quiere más que reparar su falta.

—¿Bien, y el hombre del campo se casará con la muchacha?—repuso Saccard entre enojado y sorprendido.

—No... es casado.

A estas palabras sucedió un silencio. El estertor de Angela se escuchaba más doloroso, la niña Clotilde había dejado sus muñecas y miraba á Sidonia con ojos muy abiertos, y Saccard sin reparar en nada comenzó á preguntar en tono breve:

—¿Qué edad tiene la chica?

—Diez y nueve años.

—¿Cuanto tiempo el embarazo?

—Tres meses... sin duda abortará.

—¿Y la familia, es rica y honrada?

—De la clase media. El padre ha sido magistrado. Muy bonita fortuna.

—¿De cuánto será el sacrificio de la tía?

—Cien mil francos.

Callaron. Ya no lloraba Sidonia. Se trataba de un negocio y su tono adquiría las notas metálicas de la vendedora que regateaba su mercancía. Aristides la contemplaba silencioso. Después preguntó:

—¿Y tú, qué quieres?

—¡Oh! Ya veremos,—contestó ella.—Ya me servirás á tu vez algún día.

Y como Saccard volvióse á su silencio, le preguntó sin rodeos:

—Dime lo que decides. Esas pobres mujeres están completamente desoladas y quieren impedir á toda costa el escándalo. Mañana, según le han prometido, confesarán al padre el nombre del culpable. Si aceptas voy á enviarles en seguida una tarjeta tuya.

Saccard parecía despertar de un sueño oyendo á su hermana. Visiblemente agitado se volvió nervioso hacia la habitación de la enferma, donde le había parecido escuchar un ligero ruido.

—Bien sabes que no puedo...—dijo al fin con angustia.

Sidonia le contemplaba fijamente con aire frío

y desdenoso. La sangre de los Rougon, con sus desordenados y ardientes apetitos le subía hasta la garganta. Por fin Aristides tomó de la cartera una tarjeta y la entregó á su hermana, que se apresuró á guardarla en un sobre, después de raspar cuidadosamente las señas.

Después bajó á la calle. Eran apenas las nueve de la noche.

Saccard quedó solo, y sin saber lo que hacía, fué á apoyar su frente abrasada sobre los helados vidrios del balcón, olvidándose de cuanto le rodeaba, hasta el punto de ponerse á tocar con los dedos sobre el cristal la retreta.

La noche era tan oscura que experimentando un extraño malestar, apartóse del balcón y volvió maquinalmente á la habitación donde Angela espiraba. En medio de sus febriles pensamientos, había olvidado de su mujer, y al encontrarla incorporada á medias sobre la almohada, sufrió una sacudida terrible. Tenía los ojos muy abiertos y parecía que una oleada de vida había vuelto á animarla, coloreando sus mejillas, y sus labios trémulos y demacrados. La niña en tanto, sentada ahora en el borde de la cama de su madre, hasta donde se había deslizado, jugaba otra vez con sus muñecas.

Ante la presencia de Angela, momentáneamente reanimada, Saccard, vió ya por tierra su sueño, y

una idea criminal cruzó por su mente y debió reflejarse en su mirada. La pobre Angela quiso volverse cara á la pared para no ver á su marido, pero la muerte se acercaba y aquel relámpago de vida era la última llamada de la lámpara que se extingue. No pudo moverse, y siempre con los ojos abiertos y fijos en su marido parecía como si vigilase sus movimientos. Este, que había creído por un momento en una milagrosa resurrección ideada por el destino por aplastarle, se tranquilizó al fin viendo que la quedaban pocos momentos de vida.

Los ojos de la moribunda revelaban que había oído la conversación de Sidonia con su marido, y que temía que la estrangulase sino moría bastante pronto. Resplandecía en sus ojos aun la terrible admiración de un alma dulce é inofensiva, ante quien en su hora postrera, se descorre el velo que cubre las infamias del mundo, estremeciéndose al pensar los años que había pasado al lado de un miserable.

Lentamente su mirada fué tornándose dulce sin manifestarse temor en ella. Tal vez disculpaba al culpable pensando en la feroz lucha que tanto tiempo sostenía con la fortuna.

Saccard, perseguido por aquella mirada que iba apagándose poco á poco, buscaba los rincones más sombríos para librarse de ella. Luego, con

repugnante cinismo, y queriendo olvidar su pesadilla, adelantóse hasta el radio luminoso de la lámpara como si fuese á hablar, pero Angela le hizo seña de que callara y continuó mirándole con suprema angustia mezclada de reproche y de perdón.

Aristides, como para sincerarse, se inclinó hacia Clotilde para sacarla de aquella habitación, pero la moribunda quería verla hasta el último momento exigiendo que permaneciese allí con un leve movimiento.

La pobre Angela se extinguía lentamente, sin separar de su esposo la mirada, cada vez más dulce, á medida que palidecía el rostro del miserable, á quien perdonó en su último suspiro, muriendo como había vivido, tranquilamente, desvaneciéndose en la muerte después de haberse desvanecido en vida.

Saccard permaneció tembloroso ante aquellos ojos muertos que le miraban aún, mientras la niña mecía dulcemente á su muñeca envuelta en un trozo de la sábana que servía á Angela de sudario.

Al regreso de Sidonia todo había concluido. Habituada á estos trances, cerró hábilmente los ojos de Angela, y después de haber acostado á la pequeña, preparó en un momento la cámara mortuoria. Colocó sobre la cómoda dos bujías encen-

didias y extendió cuidadosamente un pañuelo sobre el rostro de la muerta. Después, acomodándose en una butaca, durmió tranquilamente hasta la mañana.

Saccard pasó la noche en la pieza inmediata, extendiendo papeletas de defunción, interrumpiéndose con frecuencia en su tarea, y olvidándose de lo que hacía, alineaba en un papel columnas de guarismos.

La misma tarde del entierro condujo Sidonia á su hermano al entresuelo de su tienda, donde tomaron grandes resoluciones, decidiendo enviar á la niña con uno de sus hermanos, Pascual, médico en Plassans, que vivía, soltero, consagrado á la ciencia y á quien había ofrecido muchas veces dejarle á Clotilde para que le acompañara una temporada.

Sidonia aconsejó á Aristides que no permaneciese por más tiempo en la calle de Santiago, para lo cual le alquilaría por meses una habitación elegantemente amueblada cerca del Ayuntamiento, procurando que fuese en una casa de vulgar apariencia á fin de que no desentonara con su posición. Resolvieron vender los muebles de la calle de Santiago, para borrar hasta el último recuerdo del pasado, y tres días después, fué enviada Clotilde á Plassans, acompañada por una señora que iba al Mediodía.

Transformado Aristides durante aquellos tres días por las primeras sonrisas de la fortuna, fué á ocupar en Marais, calle Payenne, en una casa respetable, una linda habitación de cinco piezas. Aquella habitación había pertenecido á un sacerdote joven, que había partido inopinadamente para Italia, dejando encargado que buscara un inquilino, á su criada, amiga de Sidonia, que era algo aficionada á las gentes de iglesia y á los curas especialmente, como lo era á las mujeres, estableciendo quizás una cierta analogía entre las sotanas y las faldas de seda.

Saccard estaba desde el primer momento dispuesto á todo; trazado su camino esperaba decidido todas las dificultades y peligros de la situación aceptada.

Sidonia había referido en pocas palabras el suceso de la familia Berand, cuyo jefe el señor Berand Du Chatel, anciano respetable, era el último representante de una antigua familia de la clase media, cuyos blasones se remontaban más allá que los de muchas familias nobles. Uno de sus antepasados había sido compañero de Esteban Marcel, en 1793 su padre había muerto en el campo, después de haber vitoreado la República con todo el entusiasmo de que era capaz la burguesía de París; él mismo era uno de aquellos republicanos de Esparta, soñando siempre con un

gobierno justo y que interpretase bien la libertad. En el desempeño de la magistratura había adquirido la rigidez del cargo, presentando su dimisión de Presidente de Sala en 1851, cuando el golpe de Estado, después de rehusar ser miembro de aquellas comisiones mixtas que tanto deshonraron á la magistratura de Francia. Desde entonces vivió retirado en un hotel de la isla de San Luis, casi fronterizo al hotel Lambert, su mujer había muerto joven, y acaso algún drama secreto añadía gravedad al rostro del magistrado.

Berand tenía ya una niña de ocho años, llamada Renata, cuando su mujer murió, al dar á luz la segunda, que se llamó Cristina, y á quien recogió una hermana del señor Berand, casada con el notario Auberlat.

Renata fué enviada á un convento para su educación, y la señora Auberlat, que no tenía hijos y sentía por Cristina una ternura maternal, la retuvo y educó á su lado. Habiendo muerto su marido, llevó la niña á su padre, y se decidió á vivir entre aquel anciano silencioso y aquella rubia sonriente, quedando olvidada Renata en el colegio.

Durante las vacaciones, sin embargo, Renata armaba tal estrépito en el sombrío hotel, que su tía quedaba tranquila cuando la devolvía á la Visitación, donde estaba de pensionista desde los

ocho años, y donde permaneció hasta los diez y nueve, saliendo de allí para pasar una temporada en casa de los padres de su amiga Adelina, que poseían una hermosa propiedad en el Nivernais. Cuando en el mes de Octubre volvió á la casa de su padre, la tía Isabel quedó asombrada al encontrarla grave y profundamente triste.

Cierta noche la encontró sollozando en el lecho, en una crisis de agudo dolor, y en el abandono de su desesperación refirió una historia dolorosa: un hombre de cuarenta años, rico, casado, y cuya mujer joven y encantadora estaba allí, la había forzado en el campo, sin que osara ni pudiera defenderse. Esta confesión llenó de terror á la tía Isabel, y acusábase como si hubiera sido cómplice en la desgracia, de su predilección por Cristina, pues si acaso hubiera velado igualmente por Renata, la pobre niña no hubiera sucumbido.

Atormentada por aquel remordimiento, amparó á la culpable, temió la cólera del padre, é inventó solícita el extraño proyecto del matrimonio con el cual le parecía arreglar todo, desagrar al padre y hacer entrar á Renata en el mundo de las mujeres honradas.

Nunca se pudo averiguar como había llegado á oídos de Sidonia aquel buen negocio y como la honra de aquella noble casa había ido á parar al

cestillo de la corredora. La tía Isabel acabó por creerse obligada á aquella señora tan humilde y tan amable, que parecía tan interesada en la desgracia de Renata, hasta el extremo de buscarla un esposo en su familia.

La primera entrevista de Saccard y la tía Isabel, se celebró en la calle del Fabourg Poissonnière. Aristides, que había llegado por la puerta cochera de la calle de Papillon, comprendió al ver venir á la señora Aubertot por la escalera de la tienda la ingeniosa combinación de las dos entradas.

Mantúvose discreto en la conferencia, y trató del matrimonio con sumo tacto, como uno de tantos negocios. La tía Isabel, muy conmovida, balbuceaba sin atreverse á nombrar los cien mil francos que tenía ofrecidos.

Aristides, con el tono de un abogado que habla del asunto de un cliente, fué el primero en abordar la cuestión: según él, cien mil francos era una cantidad ridícula para el marido de la señorita Renata, y su señor padre despreciaría desde luego un yerno pobre, echándole en cara quizá de haber seducido á su hija por su dote, y esto en verdad, no era correcto. La tía Isabel deslumbrada por el tono enfático y culto de Saccard, perdió la cabeza y consintió en doblar la suma, al oírle declarar que, con menos de doscientos mil francos,

no se atrevería á pedirla en matrimonio. La señora Aubertot partió turbada y sin saber qué pensar de aquel hombre que tenía sentimientos de dignidad tan encontrados.

Llegó después la visita oficial de la señora á Aristides, en su habitación de la calle Payenne, ya en nombre del señor Berand. Había éste rehusado ver á «aquel hombre» como llamaba al seductor de su hija, mientras la boda no se hubiese celebrado. La tía Isabel llevaba ya plenos poderes y pareció complacerla el lujo relativo del empleado, en quien temía encontrar un hombre grosero y ordinario. Saccard la recibió vestido con un elegante traje de casa. Entonces entraba Aristides justamente en el número de aquellos aventureros del 2 de Diciembre que, después de pagadas sus deudas, arrojaban sus prendas deterioradas y se afeitaban las barbas de ocho días, convirtiéndose en hombres elegantes.

Conversó galantemente con la señora Aubertot, y cambiando de táctica, mostróse lleno de desinterés en todos los puntos que se trataron, y cuando se habló del contrato, mostró con un expresivo gesto, que aquello le daba poco que pensar. Ocho días llevaba hojeando el Código, meditando cuestión tan grave, de la cual dependía todo su porvenir.

—Acabemos,—dijo,—esta desagradable cues-

tión de intereses. Yo opino que la señorita Renata debe quedar siendo dueña de su fortuna y yo de la mía.

La señora Aubertot aprobó la idea, que no esperaba ciertamente, temblando por su sobrina, si éste hubiera querido meter la garra en la dote de Renata.

—La fortuna de mi hermano,—dijo en fin la señora,—consiste la mayor parte en propiedades é inmuebles, y no le creo capaz de castigar á su hija desheredándola. Así pues, la hace entrega de una finca situada en Sologne, valuada en doscientos mil francos, y de una casa, en París, cuyo valor asciende á otra cantidad casi igual.

Aristides, que veía colmadas sus esperanzas, casi quedó desvanecido al escuchar esto, volviéndose á medias para ocultar la oleada de sangre que le subía al rostro.

—Todos estos bienes,—prosiguió la tía,—suman unos quinientos mil francos, pero creo de mi obligación no ocultarle que la propiedad de la Sologne no renta más que un dos por ciento.

Aristides Saccard repitió sus demostraciones de desinterés, significando que nada de aquello le importaba, pues no pensaba inmiscuirse en la fortuna de Renata.

Sentado en su butaca, conservaba su actitud de amable indiferencia, haciéndose el distraído,

como hombre que escucha por pura cortesía, La tía Isabel, señora bondadosa y vulgar, hablaba difícilmente, escogiendo las palabras para no herir la dignidad de su futuro sobrino.

Después prosiguió:

—Ultimamente, yo, por mi parte, quiero hacer un obsequio á Renata. Como no tengo hijos, y mi fortuna ha de ser para mis sobrinas, no quiero cerrar ahora la mano porque una de ellas haya tenido una desgracia.

*Los regalos del matrimonio están acordados para ambas, y el de Renata, consiste en vastos terrenos, situados hacia Charonne, y que pueden evaluarse en doscientos mil francos... Solamente que...

A pesar de su estudiada indiferencia no pudo reprimir Saccard un ligero estremecimiento al oír la palabra *terrenos*.

La señora Aubertot no encontraba, sin duda, la palabra, y se había puesto encendida.

—Solamente que...—prosiguió al fin,—desearía que la propiedad de estos terrenos se pusiera á nombre del primer hijo de Renata. Ya comprenderá la intención que me guía. No quisiera que ese niño pudiera ser para usted una carga el día de mañana. En el caso que muriese, Renata quedaría propietaria de ellos.

Los terrenos de Charonne despertaron en el ce-

rebro de Saccard un mundo de ideas, y la señora Aubertot, creyendo haberle ofendido al hablar del hijo de Renata, permanecía cortada y sin acertar á proseguir.

—¡Ah! ¿En qué calle se encuentra esa finca de doscientos mil francos?—preguntó Saccard con acento bondadoso.—...Creo que me lo ha dicho usted...

—En la calle de la Pepiniere,—contestó la buena señora,—casi esquina á la de Astorg.

Esta sencilla frase produjo en él un efecto decisivo. Ya no fué dueño de ocultar su alegría, y aproximando su butaca á la de la tía Isabel, exclamó con acento zalamero y la volubilidad provenzal que le era propia:

—Basta, mi querida señora. No hablemos más de ese maldito dinero. Ahora quiero confesarme á usted con entera franqueza, pues sería muy grande mi dolor si no mereciese la estimación de usted. Hace poco tiempo perdí á mi mujer, tengo dos hijos y me tengo por práctico y razonable. Al casarme con su sobrina hago un buen negocio en concepto del mundo. Y en fin si alguna prevención resta á usted contra mí, espero que me perdonará más adelante, cuando haya enjugado las lágrimas de todos y enriquecido hasta á mis tataraniernos. El éxito es una llama que lo purifica todo, y quiero que el mismo señor

Berand me tienda su mano y me dé las gracias.

Habló largo rato con un cinismo burlón y chancero, que á cada palabra se traslucía. Sacó á colación á su hermano el diputado, á su padre el recaudador de Plassans, y terminó por conquistar el ánimo de la buena señora. Convínose finalmente en que al día siguiente se formalizaría el contrato en casa del escribano.

Cuando se hubo retirado la señora Aubertot, encaminóse Saccard al Ayuntamiento, empieando el resto del día en hojear ciertos documentos, por él bien conocidos, que parecían interesarle mucho.

Una vez en casa del escribano, al formular las cláusulas del contrato, presentó con toda intención en ellas la dificultad de que, no constituyendo la dote de Renata, otra clase de bienes que los raíces, temía para ella muchas molestias é inconvenientes, creyendo más prudente vender por lo menos el inmueble de la calle de Pepiniere, para constituirlo con su importe una renta sobre el gran libro de la Deuda pública. Sin atreverse á resolver por sí misma la señora Aubertot esta cuestión, quiso conocer la opinión del señor Berand, y al día siguiente la tía Isabel manifestó que el señor Berand aprobaba por anticipado lo que ella hiciera, quedando redactado e contrato bajo

las bases convenidas: Aristides llevaba al matrimonio doscientos mil francos, y Renata, como dote, la propiedad de la Sologne y el inmueble de la calle de Pepiniere, que se obligaba á vender, y además, en caso de muerte del primer hijo, quedaba ella propietaria única de los terrenos de Charonne que le donaba su tía.

Establecióse el contrato bajo el régimen de la separación de bienes, el cual conserva á cada uno de los esposos la entera administración de su fortuna respectiva.

La señora Aubertot, que atendía á la lectura del documento, parecía satisfecha de aquella cláusula, cuyas disposiciones aseguraban la independencia de su sobrina, poniendo sus bienes al abrigo de toda tentativa. Aristides sonreía viendo á la buena señora aprobar con una inclinación de cabeza cada una de las cláusulas que se leían, quedando fijada la ceremonia para un plazo muy breve.

Entonces, cuando todo estuvo arreglado, decidióse Aristides Saccard á ponerlo en conocimiento de su hermano Eugenio, produciendo en éste verdadera estupefacción la noticia.

Aristides se apresuró á decirle:

—¿No me dijiste que buscase? Pues ya he buscado, y he encontrado.

Eugenio entreviendo la verdad, exclamó:

—Vamos, veo que eres un hombre hábil ¿Qué

res que sea testigo, verdad? Pues cuenta conmigo y si te hace falta, llevaré á la ceremonia medio Cuerpo Legislativo. Eso te dará importancia.

Luego al acompañarle hasta la puerta, añadió en voz más baja:

—Mira, no quiero comprometerme demasiado en estos momentos en que tenemos una ley muy dura que hacer votar... El embarazo, por lo menos, no será muy avanzado.

Aristides, al escuchar esta frase, arrojó á su hermano una mirada tan colérica, que pensó mientras cerraba la puerta:

—¡Una broma que me costaría cara, si no fuese Rougon!

Celebróse el matrimonio en la iglesia de San Luis de la Isla. Los prometidos no se vieron hasta la víspera del día señalado, una tarde, al anoche- cer, en una sala baja del hotel Berand. Al verse se examinaron curiosamente. Renata desde que se preparaba su matrimonio había recobrado su aire descompuesto, y su cabeza loca de mujer bonita educada en medio de sus caprichos de colegiala.

Parecióle Saccard pequeño y feo, pero de una fealdad atenuada é inteligente que no desagradaba. El, por su parte, presentóse con maneras escogidas, é hizo un gesto al verla, pareciéndole muy alta, más alta que él, sin duda; cambiaron,

sin cortarse, algunas palabras, y si el padre los hubiese escuchado, hubiera podido creer, en efecto, que se conocían desde largo tiempo y que una falta común, existía entre ambos. La señora Aubertot que estaba presente, enrojeció por ellos de vergüenza.

Al siguiente día del matrimonio en el que fué para la isla de San Luís un acontecimiento la presencia de Eugenio Rougón, donde había pronunciado hacía poco un notable discurso, Renata no pudo menos de derramar algunas lágrimas al encontrar á su padre más grave y más envejecido. Saccard, al que nada había desconcertado, quedó turbado ante la frialdad y la obscuridad de aquella habitación y ante la triste seriedad de aquel anciano, cuya mirada profunda, parecía sondear hasta el fondo de su conciencia.

Besó el anciano á su hija en la frente, como pacto mudo de perdón y volviéndose á su yerno le dijo:

—Caballero, hemos sufrido mucho... Espero que usted nos hará olvidar sus faltas.

Tendió la mano á Aristides, que permanecía tembloroso, pensando que si el señor Berand no se hubiera dejado agobiar por el dolor, habría con el menor esfuerzo, destruido acaso la manobra de Sidonia, quien, después de haber puesto en comunicación á su hermano y á la tía Isabel, ha-

bíase retirado prudentemente, no queriendo ni aun asistir á la ceremonia.

Aristides se manifestó silencioso con el anciano, en cuyos ojos leyó la sorpresa que le producía el verle alrededor de su hija pequeño, feo y ya de edad de cuarenta años. Pasaron las primeras noches los esposos en el hotel Berand, de donde hacia ya un mes que se había alejado á Cristina, á fin de que la niña que apenas contaba entonces catorce años, no sospechara nada del drama que se desarrollaba en aquella casa tranquila y silenciosa como el claustro de un convento. A su regreso, quedó suspensa ante el marido de su hermana, al que halló también viejo y feo, en cuyos defectos Renata tal vez no se había fijado siquiera tratándole con cierta cortesía no exenta de desdén.

Aristides se contoneaba, valía en sí; y por su verbosidad y solicitud supo captarse la amistad de todos, hasta el punto de que cuando el matrimonio fué á ocupar una elegante habitación en una casa nueva de la calle de Rivoli, el señor Berand habíase acostumbrado á su trato, y Cristina jugaba con su cuñado amigablemente. Renata estaba embarazada de cuatro meses, y su marido propuso llevarla al campo con objeto de ocultar luego la edad que la criatura, aun cuando, según la previsión de Sidonia, debía ser un aborto, pues

la joven se había apretado el cuerpo de tal modo para ocultar su estado, que se vió obligada á guardar cama por espacio de algunas semanas, lo cual alegró á Saccard quien reconoció que al fin le ayudaba la suerte, adquiriendo una dote crecida, una mujer hermosa y ninguna carga. Total, que se había vendido por un feto á quien no quería ver ni su misma madre. Pensó desde entonces con cariño en los terrenos de Charonne, y por el momento dedicaba toda su atención á una especulación que debía ser la base de su fortuna. No presentó Saccard inmediatamente la dimisión de su destino á pesar de su nueva posición, con el pretexto de tener algunos trabajos sin concluir, pero en realidad, quería permanecer hasta el último momento en el campo de batalla, desde donde, como en su propia casa, podía hacer cuantas combinaciones quisiese.

Su plan era sencillo: desde que contaba con más dinero del que jamás soñó para dar comienzo á sus operaciones, propúsose llevar á la práctica sus proyectos en grande escala. Se sabía á Paris de memoria y presentía que el oro había de correr en abundancia hasta el punto que las gentes no tendrían más que abrir los bolsillos, y como él leía todo esto en las oficinas del Ayuntamiento vivía prevenido.

Su cargo oficial le había enseñado lo que podía

robar en la compra y venta de inmuebles y terrenos, estando al corriente de todas las estafas clásicas, conociendo como se revende por un millón lo que ha costado solo quinientos mil francos, cómo se paga el derecho de violentar las arcas del Estado, y cómo, para abrir una nueva vía se escamotean casas de seis pisos. En aquellos momentos de desorden en que el cáncer de la especulación estaba incubándose todavía, lo que hacía de Saccard un jugador terrible, era que veía más allá aun que sus mismos jefes el porvenir que estaba reservado á París, y hubiera podido hasta profetizar el espectáculo que en 1870 ofrecerían los cuarteles que estaban en proyecto. Detenase á veces en las calles contemplando ciertas casas, como si fueran amigos cuya suerte, conocida de él solo, le afectaba profundamente.

Un par de meses antes de la muerte de Angela, había ido con ella un domingo á las alturas de Montmartre. Conceptuábase dichosa la pobre mujer cuando después de un largo paseo la convidaba á comer su marido en algún merendero de los alrededores de París. Aquel día comieron en lo alto del cerro, en un restaurant cuyas ventanas dominaban París. La mesa ocupada por ellos estaba delante de una de estas ventanas y el espectáculo que ofrecía la gran ciudad puso de buen humor á Saccard. A los postres pidió una botella

de Borgoña, y estuvo tan galante que su misma mujer le desconocía. Sus miradas descendían amorosamente sobre aquella extensión populosa en cuyo fondo se sentía el rumor de las muchedumbres.

La ciudad, bajo un cielo pálido de otoño, desvaneciáse en un tono gris, dulce y suave, esmaltado á trechos por la mancha más oscura de los árboles que parecían largas hojas de memifar flotando sobre un lago; el sol se acostaba en un lecho de oro ardiente, y mientras que en el centro de la ciudad se cernía la bruma, un polvo en oro, un rocío dorado caía sobre la orilla derecha de París, del lado de la Magdalena y de las Tullerías. Parecía un rincón encantado de *las mil y una noches*, con árboles de esmeralda, techos de zafiros y velas de rubíes. Por un instante deslizóse un rayo de sol entre dos nubes, tan resplandeciente, que las casas parecían arder como un lingote de oro al fundirse.

—¡Oh! mira—exclamó Saccard con infantil sonrisa—¡lueven sobre París monedas de oro!

Después, acercándose á la ventana, prosiguió:
—Fijate, allá abajo se vé la columna de Vendome... más á la derecha la Magdalena... No es mal barrio, pero tiene mucho que mejorar todavía... ¡Ahora parece que va á arder todo! ¿Ves?

Su voz se tornó grave y conmovida, su compa-

ración le había satisfecho. Además, había bebido Borgoña, y olvidándose de todo, extendiendo el brazo para mostrar París á su esposa, continuó:

—He dicho bien... Los barrios van á fundirse y el oro quedará entre las manos de las gentes. ¡Qué inocente es París! ¡Mira que inmenso y que tranquilo se duerme! ¡Oh! son idiotas estas grandes urbes. El día menos pensado se verá atacado por un ejército de piquetas y antes de cuatro años habrán caído algunos hoteles de la calle de Anjou.

Angela escuchaba á su marido asomada junto á él á la ventana, creyendo que bromeaba. Reía, pero con un vago temor, viendo aquel hombre de tan escasa estatura levantarse sobre el gigante tendido á sus plantas, y amenazarle con los puños.

—Ya se ha empezado— continuó Saccard—pero eso no es más que una pequeñez. Mira allá abajo, hacia el Mercado, han dividido á París en cuatro pedazos...

Y su mano abierta y afilada como una cuchilla, hacía ademán de separar la ciudad en cuatro partes.

—Hablas del nuevo boulevard que se está abriendo y de la calle de Rivoli?—preguntó Angela.

—Sí—contestó.—La gran encrucijada de París, como la llaman. Separar el Ayuntamiento y el Louvre, es un juego de niños, bueno sólo para despertar el apetito. Cuando se termine la primera red de calles, comenzará la fiesta. La segunda red se abrirá paso por todas partes, para enlazar los arrabales con la primera. Sigue la dirección de mi mano, desde el bulevard del Temple á la barrera del Trono, todo ello un corte; luego, en este mismo lado, desde la Magdalena á la llanura de Monceaux, otro corte, y un tercero en este sentido, y luego otro acá y acullá, cortes por todos lados; París entero partido á sablazos, con las venas abiertas, alimentando cien mil trabajadores y atravesado en fin por admirables vías....

La noche se acercaba. La mano seca y nerviosa de Aristides cortaba siempre en el vacío, y Angela temblaba ante aquel cuchillo animado y aquellos dedos de hierro que despedazaban sin compasión la masa sin límites. Las brumas del horizonte rodaban lentamente desde las alturas, y Angela, bajo las tinieblas que se hacinaban en el vacío, creía escuchar lejanos crujidos, como si la mano de su esposo destruyendo á París de uno á otro extremo, rompiendo techumbres y paredes dejara en torno montones de ruinas. La pequeñez de aquella mano, encarnizándose en aquella masa gigantesca, acababa por causar inquietud, y mien-

tras desgarraba sin esfuerzo las entrañas de la enorme ciudad, habríase dicho que adquiría extraños reflejos metálicos en el azulado crepúsculo.

—Además—prosiguió Saccard, después de un momento de silencio como si hablara solo—habrá una tercera red. Pero esto está lejano y no lo veo tan bien. Sólo he encontrado leves indicios y será una verdadera locura... ¡un galop infernal de millones! París embriagado y envilecido.

Volvió á callar, con los ojos fijos clavados febrilmente en la ciudad, sobre la que acumulaban las sombras cada vez más tupidas, pareciendo que interrogaba aquel porvenir lejano.

Hízose de noche por completo y la ciudad desapareció entre las tinieblas, oyéndose su respiración monstruosa, semejante á un mar en el que solo se distinguen las crestas de las olas. Blanqueaban aún algunas paredes, y las luces del gas fueron esmaltando las tinieblas como estrellas encendidas en el fondo de la noche.

Angela, desechando su malestar, y continuando la broma de su marido, dijo sonriéndose:

—Puesto que ya han llovido las monedas, contempla ahora las pilas que se levantan á nuestros pies.

Y señalaba las calles que descendían frente á Montmartre, y cuyas dos hileras de faroles encendidos parecían brillantes monedas de oro.

—Mira allá abajo—prosiguió Angela—allí debe ser la caja general.

Saccard rió la ocurrencia, y permaneció aún algunos instantes con su mujer á la ventana, abstraídos por aquella lluvia imaginaria de monedas.

Cuando regresaban á casa, arrepintiéndose Aristides de haber charlado tanto y rogó á su mujer que olvidase aquellas tonterías, obra tal vez del Borgoña, pues, como él decía, era un hombre serio.

Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Saccard tenía bien estudiadas aquellas tres redes de bulevares y calles, y cuando Angela murió, no le pesó que se llevase al otro mundo aquellas habladurías achacadas al Borgoña.

En aquellos imaginarios cortes dados desde Montmartre estaba toda su fortuna, y decidió no participar á nadie su idea, comprendiendo que el día del botín, sobrarían cuervos que caerían sobre la ciudad. Su primer pensamiento fué adquirir á plazos algún inmueble, de lo que sabía destinados á próxima expropiación, dispuesto á obtener como beneficio una crecida indemnización. Tal vez antes de casarse no se hubiera arriesgado en esta aventura, sin contar con fondos, pero ahora su plan se engrandecía y sus cálculos estaban hechos. Compraba á su mujer, con el nombre de un

intermediario, sin parecer su nombre para nada, la casa de la calle de Pepiniere, triplicando el capital, gracias á sus conocimientos adquiridos entre los papelotes del Ayuntamiento y á sus buenas relaciones con ciertos personajes. El sitio donde se levantaba la casa, era precisamente el punto del trazado de una calle cuya apertura sólo se conocía en el despacho particular del prefecto del Sena.

Dicha calle la ocupaba por completo el bulevar Malesherbes, siendo éste un antiguo proyecto de Napoleón I, «para, como decían los hombres graves, dar salida á los barrios de estrechas callejuelas, sobre las escarpadas laderas que rodean á París». Esta versión oficial, no demostraba el interés que tenía entonces el Imperio en aquel enorme trasiego de tierras, y Aristides se permitió un día consultar en el despacho del Prefecto aquel plano famoso de París, donde «una mano augusta» había trazado con tinta roja las principales vías del proyecto. Estos sangrientos rasgos cortaban á París más profundamente que la mano de Saccard. Uno de los trabajos que primero se realizarían, iba á ser el del bulevar Malesherbes, con grandes proyectos de hoteles en las calles de Anjou y de la Ville-l'Eveque.

Renata, lojosamente instalada en la casa de la calle de Rívoli, en el centro de aquel nuevo París,

donde iba á ser la reina, proyectaba futuros viajes, y ensayaba su papel de dama del gran mundo, mientras su marido planteaba su primer negocio.

La casa de la calle de la Pepiniere fué comprada por mediación de un tal Sansonneau, á quien había conocido curioseando, como él, en los despachos del Ayuntamiento, pero que había tenido la desgracia de dejarse sorprender revolviendo los cajones del proyecto. Habíase establecido Sansonneau como agente de negocios al final de la calle de Santiago, en el fondo de un patio feo y obscuro. Hallábase en la misma situación que Saccard antes del matrimonio, y había ideado también «una máquina para hacer monedas», solamente que le faltaba capital para empezar el negocio. No tardó en ponerse de acuerdo con Aristides, trabajando tan bien el asunto que adquirió la finca de Renata por ciento cincuenta mil francos.

Dos meses después, ya necesitaba otra vez dinero la mujer de Saccard, éste no tuvo más que autorizarla para que vendiera, y una vez hecha la venta rogó á su marido que empleara cien mil francos, de los cuales le hizo entrega con entera confianza, sin duda para halagarle y hacerle pasar por alto los cincuenta mil francos que se quedaba.

Saccard, en cuyos cálculos entraba que su mujer malgastase mucho dinero, sonrió maliciosamente, pues aquellos cincuenta mil francos que iban á convertirse en joyas y telas, le debían proporcionar á él el ciento por ciento, y quedó tan complacido de su primer negocio, que llevó su honradez hasta emplear, en efecto, los cien mil francos de Renata, y entregarle después los títulos, que, no pudiendo ella enagenarlos, siempre los tenía seguros y todo quedada en casa.

—Toma, querida mía,—le dijo galantemente;—eso será para tus alfileres.

Una vez en posesión de la finca, tuvo el tino de venderla dos veces á distintos testaferros, aumentando cada vez el precio de la venta, adquiriéndola el último en trescientos mil francos. Sansoneau era el único que, como representante de los sucesivos propietarios y rehusando renovar los contratos de alquiler, se entendía con los inquilinos, á menos que no aceptaran considerables aumentos. Los inquilinos que esperaban la expropiación, concluían por aceptar el aumento, tanto más, cuanto que el mediador les aseguraba que aquello sería provisional durante los cinco primeros años.

Los vecinos que rehusaban, fueron reemplazados por gentes infelices á los que dieron vivienda gratis, y les hicieron firmar cuanto quisieron, con

lo cual conseguían un doble beneficio: el aumento del alquiler y el que la indemnización pasara á poder de Aristides. Sidonia vino en ayuda de su hermano, estableciendo en la finca un almacén de pianos en toda regla, y dominados por la fiebre, Saccard y Sansoneau llegaron hasta inventar libros de comercio y falsificar escrituras, para demostrar en un día una venta de pianos fabulosa. Por la noche trabajaban juntos. Así la casa triplicó su valor, y entre el último contrato de venta, los aumentos de falsos inquilinatos y el almacén de pianos de Sidonia, podía evaluarse lo menos en quinientos mil francos ante la Comisión de indemnizaciones.

Aquellas combinaciones de la expropiación trastornaron durante quince años á París, arruinando á unos y enriqueciendo á otros, siendo el engranaje de lo más sencillo: después de decretada la apertura de una nueva vía, los agentes-vendedores levantaban el plano parcelario y tasaban las propiedades. Por lo común, después del informe se capitalizaba el alquiler total, presentando una cifra aproximada. Componían la Comisión miembros del Consejo municipal que ofrecía siempre un tipo inferior á aquella cifra, contando con las mutuas concesiones. Si no había avenencia, se llevaba el asunto al Jurado, que decía sin apelación.

Aristides no dejó el empleo hasta el momento decisivo. Pensó un momento en hacerse elegir miembro del Jurado para tasar él mismo su casa, pero temió atenuar su influencia sobre la Comisión de indemnizaciones é hizo elegir á uno de sus compañeros, joven amable y risueño, llamado Michelin y cuya mujer, muy bella por cierto, se tomaba la molestia de disculparle cerca de sus jefes cuando faltaba á la oficina, cosa que á menudo ocurría.

Saccard había presentado en la linda mujer de Michelin una potencia, al verla entrar humildemente en los despachos, al par que su marido ascendía en cada una de sus enfermedades.

En uno de estos eclipses, y en tanto que la señora Michelin iba casi todas las mañanas á dar noticias suyas al Ayuntamiento, encontróle Aristides en los bulevares, fumando tranquilamente un cigarro, con rostro complacido é inalterable.

Esto despertó cierta simpatía en Saccard hacia aquel matrimonio tan práctico é ingenioso, y cuando fué á ver la encantadora mujer, quiso que conociera á Renata, y habló de su hermano el ilustre orador y diputado. La señora Michelin comprendió, y desde entonces, su marido intimó con el compañero, el cual sin querer enterar de sus negocios al joven, limitóse á encontrarle allí como casualmente el día que se tasaba su inmue-

ble. Michelin, cuya inteligencia no era notable, se redujo á seguir las instrucciones de su mujer que le había recomendado complacer en todo á Aristides. Los arriendos, los falsos inquilinatos y los libros de la señora Sidonia, pasaron por las manos de su compañero, sin que tuviese lugar para comprobar las cifras que aquel rezaba ante Sansonneau, presente allí, quien fingía no conocer á su compinche.

—Bien, ponga usted quinientos mil francos,— terminó Saccard.—Vale más la finca... ¡Ah! despachemos, pues creo que va haber movimiento de personal en el Ayuntamiento y quiero que hablemos del asunto, para que usted prevenga á su mujer.

De esta manera comenzó el negocio, pero aun había algo que temer. La suma de quinientos mil francos podía parecer excesiva á la Comisión, pues la casa no valía á todas luces más de doscientos mil, y una información podría estropearle sus planes. Recordóles la frase de su hermano: «Nada de escándalos ó te suprimo», y sabía que Eugenio era capaz de hacer lo que decía. Era pues necesario, que los señores de la Comisión cerrasen los ojos. Se fijó en dos hombres influyentes, de quienes se había hecho amigo por la manera que tenía de saludarles cuando los encontraba en los despachos. El Consejo municipal estaba esco-

gido por el mismo Emperador, y á propuesta del prefecto entre los senadores, diputados, abogados, médicos y grandes industriales, pero, entre los treinta y seis que lo componían, los más distinguidos por el favor de las Tullerías eran el señor Tontin-Laroche y el barón Gourand.

Los blasones del obeso barón se compendian en esta breve biografía: Napoleón I le otorgó el título en premio al suministro de galletas averiadas para el ejército. Bajo los reinados de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe fué par, y senador bajo el de Napoleón III. Era un adorador del trono, de los cuatro tablonos forrados de terciopelo fuese quien fuese el que lo ocupara. Contábanse de él historias que solo al oído podían ser referidas, y con sus setenta y ocho años florecía en plena bacanal. Dos veces había sido necesario echar tierra sobre aventuras escandalosas para que su bordado uniforme no rodase por salas de las audiencias.

El señor Tontin-Laroche, alto y delgado, inventor de una mezcla de estearina y sebo para la fabricación de bugías, soñaba con el Senado. Era el inseparable del barón Gourand, pegado á él como una lapa, con la esperanza de alcanzar lo que deseaba, y como en el fondo era práctico, si hubiese hallado en venta un sillón senatorial, lo hubiese comprado, pero después de regatear el precio.

Había vendido primeramente su nombre á una de esas sociedades que hicieron crecer setas venenosas sobre los estercoleros de las especulaciones imperiales.

Por entonces se vieron grandes carteles en las esquinas que decían: *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, con el nombre del señor Tontin-Laroche, consejero municipal, á la cabeza de una lista de nombres desconocidos que formaban el Consejo de vigilancia. Este procedimiento, del que después se abusó tanto, hizo prodigios, acudieron los accionistas, por más que el negocio de tales puertos no fuese muy claro, y que los cándidos que llevaban su dinero no pudiesen por sí mismos explicarse el empleo que se le daría. Anunciaba el cartel enfáticamente el proyecto de establecer estaciones comerciales á lo largo del Mediterráneo, y los periódicos venían hacia dos años haciendo el reclamo á la empresa.

El señor Tontin-Laroche pasaba en el Consejo municipal por ser un gran administrador, y su acre tiranía sobre sus colegas sólo era comparable con la devota adhesión hacia el prefecto.

Por entonces trabajaba en la creación de una gran compañía financiera, *El Crédito Vitícola*, caja de préstamos para los viticultores, de que hablaba con tonos graves que encendían el apetito de los imbéciles.

Aristides ganó la voluntad de aquellos dos personajes haciéndoles favores cuya importancia fingió desconocer. Puso al Barón á quien entonces comprometía una historia de las más sucias, en relación con Sidonia, con el pretexto de que la recomendase para la concesión de una compra de cortinas para las Tullerías. Sidonia ofrecióse al Barón y éste le encomendó el arreglo de un asunto en que mediaba una niña de diez años.

Saccard le inició en fin en mecanismos financieros de prodigioso ingenio, y cuando el señor Tontin-Laroche se separó de él, le estrechó espresivamente la mano diciéndole:

—¡Usted será un hombre, merece serlo!

Saccard manejó diestramente á los dos personajes, hasta el punto de no hacer cómplices á uno de otro. Los visitó separadamente interesándoles vivamente en favor de un conocido suyo que iba á ser expropiado en la calle de la Pepiniere, teniendo buen cuidado de decir á cada uno que no hablaría del asunto á ningún otro miembro de la Comisión.

Cuando fué presentado el expediente sucedió que precisamente uno de los miembros vivía en la calle de Astorg, y conocía la casa, escandalizándose ante la suma de quinientos mil francos, y pidiendo que se redujese á menos de la mitad.

El señor Tontin-Laroche que estaba de un hu-

mor endemoniado tomó la defensa de los propietarios.

—Señores—exclamó:—todos somos propietarios. El Emperador quiere hacer las cosas en grande; no discutamos sobre pequñeces. Esa finca debe valer quinientos mil francos... uno de nuestros agentes, un empleado del Ayuntamiento es el que la ha tasado. Señores, siguiendo así, conseguiremos hacernos sospechosos los unos á los otros.

El Barón, miraba con sorpresa á su colega, quien lanzaba todo género de argumentos en favor del propietario de la calle Pepiniere. Sospechó algo, pero viendo que esto le evitaba formar la palabra, asintió con un movimiento de cabeza. El miembro de la calle de Astorg debatíase enérgicamente, y entonces el señor Tontin-Laroche, notando las muestras de asentimiento del Barón, tomando el expediente exclamó con voz dura:

—Basta. Aclaremos todas las dudas. Yo me encargaré del asunto si se me permite, y el barón Gouraud informará conmigo.

—Eso es—dijo gravemente el Barón—todo debe estar claro en nuestras resoluciones.

Desapareció el expediente en el bolsillo del señor Tontin-Laroche, y la comisión hubo de conformarse.

Una vez en la calle, los dos amigos se miraron

sin reirse. Juzgábanse cómplices, lo cual les daba más aplomo. Otros hubieran provocado una explicación, pero los compadres continuaron defendiendo muy serios á los propietarios, como si aún les escuchasen, lamentando aquella injustificada desconfianza que empezara á germinar.

Cuando iban á separarse, dijo el Barón sonriendo:

—¡Ah! Olvidábame de advertir á usted, mi querido colega, que he de marcharme fuera, y estimaría que redactara usted el informe y le ruego no hable de mi marcha, pues esos señores parece que se quejan de mis frecuentes ausencias.

—Bien, bien,—contestó el colega—ahora mismo voy á pasar por la calle de la Pepiniere para informarme.

Y se fué á su casa tranquilamente, admirando al Barón que tan fácilmente resolvía las situaciones delicadas. Guardó el expediente y en la sesión inmediata declaró en nombre del Barón y en el suyo que entre la oferta de quinientos mil francos y la demanda de setecientos mil era necesario conceder un término medio..... seiscientos mil francos.

Nadie se opuso y el miembro de la calle de Astorg, que sin duda habia meditado más despacio, declaró solemnemente que se habia confundido con la casa inmediata.

Así alcanzó Saccard su primera victoria, cuadruplicando una suma y ganando dos cómplices. Solamente una cosa le preocupaba: cuando quiso destruir los libros de Sidonia no los halló. Sansonneau le confesó descaradamente que él los tenía, y que se quedaba con ellos.

Saccard no se enfadó, diciéndole que lo sentia por él si acaso le comprometían estando escritos casi todos de su puño y letra, pero en fin, quedaba tranquilo por su parte.

Claro que de buena gana hubiera estrangulado al amigo Sansonneau, pues recordaba, entre otros, un documento muy comprometedor, un falso inventario que habia cometido la torpeza de firmar y que debía constar en el registro.

El avisado amigo espléndidamente recompensado, instaló una oficina de negocios en la calle de Rivoli, con gran lujo, y Saccard, después de renunciar á su empleo, contando ya con fondos para empezar sus negocios, lanzóse á la espectación, mientras su mujer, aturdida con sus trenes y boatos se hundió en el caos de una bulliciosa vida.

Era el hotel Berand, una edificación de principios del siglo xvii, de esas tan numerosas en el Marais, severas y obscuras, con altas y estrechas ventanas, que acababan por convertirse en colegios ó almacenes. Esta no estaba mal conservada. Tenía tres pisos sobre la calle de San Luis de la

Isla. El bajo, de menor elevación que los otros, estaba lleno de ventanas enrejadas; tenía una puerta casi tan alta como ancha, llena de herrajes pintada de verde y adornada de enormes clavos. Las demás ventanas de los otros pisos, estaban provistas de lijeros antepechos. En lo alto y delante de las bohardillas el tejado estaba cortado, lo que aumentaba más la austera desnudez de la fachada sin una persiana ni un adorno. El edificio con su aspecto venerable, dormía solemnemente en medio del recogimiento del barrio y del silencio de la calle no interrumpido por el rodar de los coches.

En el centro del hotel abriase el patio como una miniatura de la Plaza Real, y hallábase enlosado con enormes losas, completando el aspecto sombrío de la vetusta mansión. Frente al soportal veíase una fuente cuyo surtidor era una cabeza de león, por cuya entreabierta boca vertía un chorro de agua monótona y pesada que saltaba sobre la taza cubierta de musgo y desgastada. Entre las losas crecía la yerba y durante el estío un rayo de sol bajaba hasta el patio como rara visita que blanqueaba un ángulo de la fachada. En el fondo de aquel sombrío patio, á la luz mortecina del invierno, cualquiera se juzgaría transportado á mil leguas del nuevo París, en el que comenzaba una batahola de lujo y de dinero.

En todas las habitaciones del hotel se respiraba la misma fría solemnidad del patio. Subíase á ellas por una anchísima escalera con barandilla de hierro, resonando allí los pasos como bajo la bóveda de una iglesia. Antiguos muebles decoraban las vastas habitaciones viéndose en la semi-obscuridad confusamente las pálidas figuras de los tapices. Todo el extraño lujo de la antigua clase media parisien veíase allí; sillas de encina cubiertas con rígidas telas, arcones inmensos, en los que la rudeza de las tablas las hacía inservibles para los delicados vestidos modernos.

El señor Berand du Chatel, había elegido sus habitaciones en la parte más retirada del hotel, en el primer piso, viviendo allí recogido entre la sombra y el silencio.

En aquella mansión muerta, en aquel claustro, había un rincón de encantadora niñez de aire puro y alegre. Era necesario subir y volver á bajar, hacer un verdadero viaje para llegar por último á una espaciosa habitación á espaldas del hotel que daba sobre el muelle de Bethune. Tenía la ventana muy grande al Mediodía por donde entraba la luz con todo el ambiente de un azul ilimitado. Suspendida como un palomar, se veían en aquella estancia grandes cajas y macetas con flores, una inmensa pajarera y ni un solo mueble. Solamente en el suelo veíase extendido un felpu-

do. Aquel era el «cuarto de las niñas» conociéndosele en todo el hotel por este nombre. Tan húmeda y fría era la casa que la tía Isabel había llegado á temer por Cristina y Renata, concibiendo la idea de hacer preparar para ellas aquel olvidado rincón único de la casa donde el sol penetraba.

Durante las vacaciones, habitaba allí Renata, convertido el «cuarto de las niñas» en un paraíso romano con el canto de los pájaros y la animada charla de las muchachas. Llamábanle «nuestro cuarto» y se encontraban en él como en sus propios dominios, llegando en ocasiones á cerrarse con llave, para convencerse de que eran las únicas dueñas.

El inmenso horizonte abierto á sus miradas era para las niñas el mayor encanto. Vislumbrábase todo el extremo del Sena, y la parte de París que se extiende desde la Cité hasta el puente de Bercy. Sobre el muelle de Bethune, veíanse las barracas de madera medio hundidas, entre una confusión de vigas y tejados agujereados, por entre los cuales se veían correr enormes ratas. Más allá, la perspectiva era otra, la estacada extendiendo sus tablonces y sus sostenes de catedral gótica, y el puente de Constantina, columpiándose como un encaje bajo las pisadas de los transeuntes, pareciendo interrumpir el curso del río. Al frente los

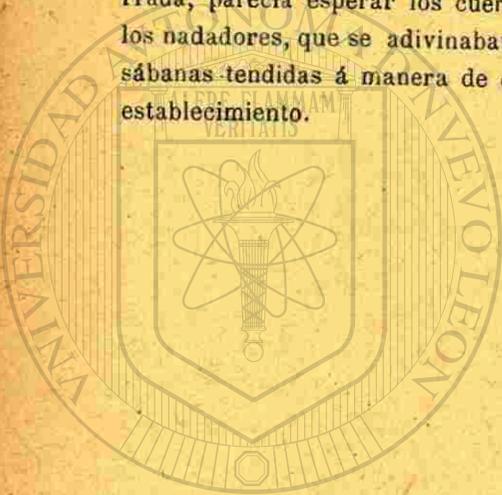
árboles del Mercado de Vinos, y más allá las espesuras del Jardín de Plantas, mientras á la otra orilla el muelle Enrique IV y el de la Rapée, alineaban sus construcciones, que desde la ventana parecían casitas de juguete. A la derecha y más en el fondo, la cubierta pizarrosa de la Salpêtrière sobresalía entre los árboles, y en medio, bajando hasta el Sena, formaban las riberas dos largas filas grises cortadas en algunos sitios por hileras de barricas, pilas de maderas ó carbón amontonado.

El alma de todo aquello era, sin embargo, el Sena, saliendo de allá abajo y corriendo majestuoso hacia la casa, para extenderse y ensancharse como una sábana en la punta de la isla.

El puente de Bercy y el de Austerlitz, que cortaban el río, parecían presas necesarias puestas allí para impedirle subir hasta la ventana. Teníanle cariño las dos muchachas y se extasiaban en la contemplación de su corriente, que sentían desaparecer á derecha ó izquierda, con la suavidad del gigante ya vencido.

Allá á lo lejos, la superficie del Sena hacíase más admirable y preciosa, como la gasa encantada y transparente de una hada, reflejándose sobre ella trémulo, la bóveda celeste, las filas de las construcciones y el verde follaje de los dos parques.

En algunas ocasiones, Renata, ya crecida, cansada de aquel vasto horizonte, llena de inconsciente sensualismo, tornaba los ojos á la escuela de natación de los baños Petit, cuya barca amarrada, parecía esperar los cuerpos desnudos de los nadadores, que se adivinaban á través de las sábanas tendidas á manera de cubierta sobre el establecimiento.



III

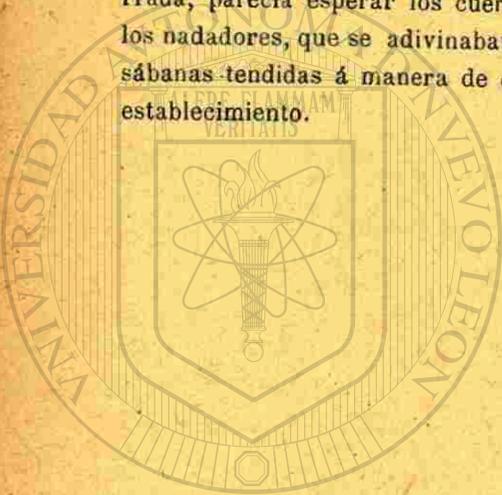
Máximo, el hijo de Saccard, continuó en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Había cumplido los doce años y acababa de terminar el bachillerato, por lo que, su padre, decidió traerle á París, pensando que esto le daría cierta respetabilidad en su papel de viudo rico casado en segundas nupcias.

Quando comunicó su proyecto á Renata, contestó ésta con acento indiferente:

—Si, tráete al chiquillo. Nos servirá de distracción. Estas mañanas son tan aburridas...

El chiquillo llegó ocho días después. Era un galopín ya crecido con cara de chica, constitución endeble, aire descarado y pelo rubio claro. Ra-

En algunas ocasiones, Renata, ya crecida, cansada de aquel vasto horizonte, llena de inconsciente sensualismo, tornaba los ojos á la escuela de natación de los baños Petit, cuya barca amarrada, parecía esperar los cuerpos desnudos de los nadadores, que se adivinaban á través de las sábanas tendidas á manera de cubierta sobre el establecimiento.



III

Máximo, el hijo de Saccard, continuó en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Había cumplido los doce años y acababa de terminar el bachillerato, por lo que, su padre, decidió traerle á París, pensando que esto le daría cierta respetabilidad en su papel de viudo rico casado en segundas nupcias.

Quando comunicó su proyecto á Renata, contestó ésta con acento indiferente:

—Si, tráete al chiquillo. Nos servirá de distracción. Estas mañanas son tan aburridas...

El chiquillo llegó ocho días después. Era un galopín ya crecido con cara de chica, constitución endeble, aire descarado y pelo rubio claro. Ra-

pado por completo veíase la blancura de su cráneo apenas cubierto por una ligera sombra. Vestía un pantaloncillo corto, zapatos de gañán y una chaqueta ancha y raí la que le hacía medio jorobado. Miraba tímidamente á su alrededor, con aire salvaje y malicioso semblante de chico precoz que vacila antes de salir de su asombro.

Un criado le acababa de recoger en la estación y el chico encontrábase en el salón maravillado ante la vista de tanto dorado y tanto lujo, íntimamente gozoso, cuando Renata, que volvía de casa del sastre, entró como un torbellino en la sala. Quitóse rápidamente el sombrero y el blanco albornoz que cubría sus hombros, mostrándose á los ojos admirados de Máximo con toda la elegancia de su maravilloso vestido.

Máximo creyó que iba disfrazada: llevaba una linda falda azul con volantes, y una especie de casaca de guardia francés, de seda gris. Las vueltas de las mangas y las grandes solapas del corpiño estaban forradas de la misma tela, y como atrevido rasgo de originalidad, grandes botones, imitando záfiro prendidos en lazos azules, caían á lo largo de la levita en dos hileras. El conjunto era raro y encantador á un tiempo.

Renata, cuando vió á Máximo, preguntó al criado; sorprendida al verle tan alto como ella.

—Ese es el pequeño, ¿verdad?

El pequeño la devoraba con los ojos. Aquella señora de piel tan blanca, cuyo pecho se adivinaba entre los pliegues de la chambra, aquella brusca aparición, con su alto peinado, sus manos enguantadas, sus botillos de hombre, cuyos tacones se hundían en la alfombra, le sorprendía y sonrió sin bajar la vista.

—¡Vaya, es gracioso! —exclamó Renata.— ¡Pero es un horror como le han cortado el pelo! Venga usted, amiguito, su papá no volverá tal vez hasta la hora de comer y voy á instalarle... Soy su madrastra de usted, caballero. Vamos, ¿quieres darme un beso?

—Con mucho gusto,—contestó Máximo muy decidido.

Y besó á Renata en ambas mejillas, apoyando las manos en sus hombros. Renata le separó después riendo y exclamando:

—¡Eres muy gracioso, pelón! Seremos amigos, ¿verdad? Deseo ser para ti una madre. ¡Oh! Ya lo tengo bien pensado y esto será delicioso: ®

Máximo continuaba mirándola sin descanso, y brevemente preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡E o no se pregunta nunca, niño! —dijo la joven juntando las manos.—Será menester enseñarte muchas cosas. Por fortuna; aún puedo decir la edad que tengo: veintidós años.

—Pues yo cumpliré muy pronto catorce... Podría usted ser mi hermana.

No continuó su idea, pero bien claro se comprendía que no esperaba hallar tan joven á la segunda mujer de su padre.

Mirábala aún sin pestañear con tal insistencia, que Renata acabó por ruborizarse. Sin embargo, su cabeza de pájaro no lograba retener un pensamiento fijo, y olvidándose de que se dirigía al niño, comenzó á hablarle de sus vestidos, luego continuó:

—Quisiera haber estado en la estación para recibirte, pero figúrate que Worms me ha traído este traje esta mañana, y no me sentaba bien. ¿Te gusta?

Se había colocado ante el espejo y Máximo daba vueltas á su alrededor para contemplarla.

—¿Ves? Aquí, en este costado, me hace una arruga, ¿lo notas? Está muy feo, parece que tengo los hombros desiguales.

Máximo pasaba los dedos sobre la arruga como para estirarla, y su mano de colegial vicioso parecía dormirse con cierto placer en aquel sitio.

—Te juro,—prosiguió Renata,—que no pude aguardar. Hice enganchar, y fui á casa de Worms. Por fin me ha ofrecido arreglarlo.

Después quedóse ante el espejo contemplándose

abstraída, y acabó por decir en voz baja, como si hablase consigo misma:

—Pues sí, parece que falta algo...

Y con un movimiento rápido, plantóse ante Máximo, preguntándole:

—Vamos á ver, ¿qué te parece que falta?

El colegial, animado por aquella confianza, se alejó un paso, volvió á aproximarse, y entornando los ojos, murmuró:

—No falta nada, es muy bonito, más bien parece que sobra algo.

Y trazando con el índice un ángulo sobre la garganta de Renata, prosiguió:

—Yo de usted, abriría algo más estos encajes y me pondría un collar con una cruz muy bonita.

La joven aplaudió la ocurrencia, exclamando:

—¡Es verdad! Lo tenía en la punta de la lengua...

Colocóse nuevamente ante el espejo, y separando un poco la chombra, desapareció un momento y volvió con el collar y la cruz.

—Ahora si que está bien,—dijo.—¡No eres tonto! Según eso, ¿tú vestías á las mujeres de tu pueblo? Vaya, seremos buenos amigos: pere es necesario que me obedezcas. En primer lugar te dejarás crecer el pelo y no volverás á ponerte esa horrible chaqueta. Después seguirás mis lectio-

nes de buenos modales. Quiero hacerte un pollo elegante.

—Sí, sí,—contestó sencillamente el chico;—pues papá es rico y usted es su esposa.

—Bien, pues empezaremos por tutearnos,—dijo Renata.—¿Me quieres mucho?

—Con toda mi alma,—contestó Máximo con toda la efusión de un granujilla afortunado.

Esta fué la primera entrevista de Máximo con su madrastra. El niño no fué al colegio hasta pasado un mes, y Renata jugó con él los primeros días como con una muñeca, le desbastó un poco y el chico puso de su parte todo lo que pudo.

El día que se presentó vestido de pies á cabeza por el sastre de su padre, Renata quedó admirada; estaba lindo como un niño de cera: tal fué la expresión de su madrastra. Solamente su pelo era lo que empleaba gran lentitud en crecer, pues ella decía que la belleza del rostro dependía en gran parte del cabello, y por su parte cuidaba el suyo con gran devoción. Habíala preocupado por mucho tiempo aquel color especial amarillo pálido, parecido al de la manteca fina, pero cuando vino la moda del cabello amarillo, su gozo fué indecible, y para hacer creer que seguía la moda, juraba que se lo teñía.

Tenía Máximo una de esas naturalezas delicadas y precoces en las que los sentidos se desarrollan

prematuramente, y antes de despertarse en él los deseos, apareció el vicio. Un par de veces estuvo á pique de ser expulsado del colegio.

Renata había visto que á pesar de lo mal pergeñado que se había presentado el pelón,—como ella le llamaba,—sonreía, volvía la cabeza, y extendía los brazos con soltura. Traía las manos muy cuidadas, que eran delgadas y de finos dedos, y si iba rapado, era por orden del Director del colegio, coronel retirado de Ingenieros. Tenía un espejillo que sacaba del bolsillo durante las horas de clase, y colocándole tras el libro, mirábase los ojos y la boca, haciendo muecas y coquetearías.

Los colegiales se colgaban de su blusa como de una falda, y él se ajustaba de tal modo que tenía el talle delgado y el balanceo de caderas propio de una señorita. Era el colegio de Plassans una madriguera de bandidos infantiles, donde la infancia saca el mal de no se sabe qué origen desconocido. Felizmente, la edad iba á modificarle, pero la huella de sus abandonos de niño, y aquella afeminación de todo su sér, debía quedar y herirle en su virilidad toda su vida.

Su madrastra le llamaba «señorita» sin suponer que seis años antes hubiera dicho la verdad. Encontrábase muy obediente y zalamero, cansándole á menudo con sus caricias. Su modo de besar abrasaba la piel. El mayor encanto que en él há-

llaba, era su travesura graciosa, atrevida, hablando ya de las mujeres con sonrisas picarescas, haciendo cara á las amigas de Renata, á la querida Adelina, que acababa de casarse con el señor de Espanet, y á la obesa Susana, casada recientemente con el gran industrial Haffner, por quien sintió á los catorce años una pasión, y había tomado á su madrastra por confidente, lo cual la divertía en extremo.

—Yo hubiera preferido á Adelina,—decía la joven;—es mucho más bonita.

—Sí, pero Susana es más gruesa,—contestaba el muchacho.—Me gustan las mujeres gruesas. ¡Debías hablarle tú en favor mío!

Renata se reía, pareciéndole delicioso su muñeco, desde que estaba enamorado. La señora Haffner, llegó un momento en que se tuvo que defender seriamente.

De todos modos, las señoras animaban á Máximo con sus medias palabras y sus provocativas posturas que tomaban delante del niño precoz. Aquellas tres mujeres abrasadas por la pasión en su agitada vida, consagrábanse á la encantadora depravación del chico, tomando su tarea como un aperitivo delicioso. Dejábanle tocar sus vestidos, y sus hombros cuando en la antecámara las ayudaba á ponerse los abrigos, y enseñábanle el arte de la galantería y á ser agradable con las señoras.

Teníanle como un juguete, como un hombrecillo de ingenioso artificio que besaba, sonreía y tenía los más divinos vicios del mundo, con el cual podían divertirse sin peligro.

Cuando empezó el curso, asistió Máximo al Liceo Bonaparte, el centro de enseñanza del gran mundo, que fué elegido por Saccard. El chico, aunque de enfermiza constitución, tenía una clara inteligencia, estudiando todo con afición, menos los libros clásicos. Fué un estudiante distinguido que no descendió hasta la bohemia, correcto siempre y rigurosamente vestido á la última moda.

Presentábase en clase como en un salón, calzado delicadamente, enguantado, luciendo elegantes sombreros y flamantes corbatas. Formaban una veintena de compañeros aristocráticos que mutuamente se ofrecían habanos á la salida, haciéndose llevar los libros por un criado con librea.

Máximo tenía un tilburí y un caballito negro que conducía él mismo, llevando en el asiento posterior un lacayo con los brazos cruzados, que sostenía sobre las rodillas su cartera de estudiante. En diez minutos se plantaba desde la calle de Rívoli á la del Havre, detenía su caballo ante la puerta del Liceo, y daba la brida al lacayo, diciendo: «Santiago, vuelve á las cuatro y media». Los comerciantes vecinos estaban maravillados de la gracia de aquel jovencillo rubio, al que veían

invariablemente dos veces al día llegar y marchar en su coche. Al marchar, solía invitar á que subiese con él algún amigo.

Renata, que se propuso tomar en serio su papel de madre y de institutriz, estaba encantada con su discípulo. Pero verdaderamente, no se tomaba ninguna molestia en perfeccionar su educación. Atravesaba entonces una época de despecho y tristeza profundos; un amante la había abandonado escandalosamente á la vista de todo Paris, para enredarse con la duquesa de Sternich. Entonces redobló sus cuidados para con su hijastro, y se convirtió en el mentor más extravagante que se puede imaginar. Algunos días, ella misma iba á buscarle al Liceo en su carruaje. Guardaban el cartapacio debajo del asiento y se iban al Bosque. Allí le daba lecciones de buen gusto, le señalaba los grandes personajes del Paris imperial, feliz y satisfecho aún bajo la influencia de aquel golpe mágico que había cambiado los granujas de la víspera en millonarios y grandes señores.

Máximo la interrogaba particularmente respecto á las mujeres, dándole ella detalles íntimos; la señora de Guende era imbécil pero estaba muy bien formada; la condesa Van-ka, muy rica, había cantado por las calles antes de casarse con un polaco que la pegaba, y Susana Haffner era la inseparable de la marquesa de Espanet... Renata se

mordía los labios como para dejar adivinar el resto, pues en verdad se contaban cosas de estas dos amigas bastante indecorosas. La señora de Lanwerens, era muy hermosa pero bastante comprometedora.

Máximo quiso coleccionar los retratos de estas buenas señoras y los puso en un album que tenía en su cuarto. Para poner en un aprieto á su madrastra, preguntaba detalles sobre mujeres de equívoca fama, como si las confundiera con las que pasaban por honradas, y ella contestaba que eran temibles seres de los cuales hay que separarse con horror. Complacíase especialmente en hablar de la duquesa de Sternich, á la cual, Renata, destrozaba sin piedad, como rival suya; ¡era una vieja! ¡Y en cuántos enredos estaba metida! Tenía amantes ocultos debajo de todos los canapés, y se había entregado á un chambelán por el capricho de ensuciar el lecho imperial.

Nunca le faltaba tela para cortar en este asunto, y Máximo, la exasperaba, diciendo que la señora de Sternich era encantadora. El discípulo en fin, aprovechaba las lecciones, y lo que más delicioso hallaba, era vivir entre faldas, besugueos y polvos de arroz. Seguía teniendo algo de niña con sus afilados dedos, su imberbe rostro y su cuello blanco y regordete, y á los diez y siete años no había modista que no hubiese visitado aquel raro

engendro, que en clase leía los prospectos del perfumista, hubiera podido sostener una polémica en cuestión de mujeres á esa edad en que los jóvenes de provincias no se atreven aún á mirar cara á cara á su niñera.

Su entretenimiento mejor era acompañar á Renata á casa del modisto Worms, el sastre ingenioso ídolo de las reinas del segundo imperio. El salón del ilustre sastre era espacioso, cuadrado, rodeado de divanes. Allí Máximo sentía cierta veneración religiosa hacia las telas, plumas, encajes y blondas esparcidas sobre los maniqués que confundían sus vaporosos aromas con los de las cabelleras perfumadas. Aquel incienso de carne y de lujo, convertía el salón en misteriosa capilla dedicada á alguna divinidad femenina y misteriosa.

En ocasiones, veíanse obligados á hacer antesala, había allí una docena de parroquianas esperando turno, remojando mientras tanto bizcochos en vino de madera, ó tomando un tente en pie alrededor de una mesa llena de botellas y fiambres.

Aquellas señoras estaban como en su casa, hablando libremente, como una bandada de cotorras. Máximo era el único hombre admitido entre ellas. Allí disfrutaba de sus más divinos goces, aspirando el perfumado ambiente que traspiraban

con el recogimiento de un niño de coro recibiendo la sagrada comunión.

—Este chiquito se mete por todas partes,—decía la baronesa de Meinhold, dándole cariñosas palmaditas en la mejilla.

Como estaba poco desarrollado, aquellas señoras no le suponían más que catorce años, y se entretenían en alegrarle con el Madera del ilustre sastre, haciéndole charlar cosas tan estupendas que se morían de risa.

Un día la marquesa de Espanet encontró la frase que convenía á la situación, viéndole sentado á su espalda en uno de los ángulos del diván:

—Este niño debía haber nacido chica.

Quando por fin el ilustre Worms, recibía á Renata, entraba con ella en el gabinete. Alguna vez se había permitido hablar y el maestro se dignó sonreír ante la justicia de sus observaciones, obligando á Renata, en tanto, á colocarse delante del espejo que ocupaba todo un testero, la examinaba atentamente.

El maestro como si súbitamente se sintiera inspirado, exclamaba con frases secas y cortadas:

—Falda redonda... grandes nudos de satén gris, delantero bullonado de tul gris perla reparado por bandas de satén color ceniza... vestido Montespán, completo...

Pero en otras ocasiones, en vano invocaba la

inspiración. Arqueaba inútilmente las cejas, sujetábase la frente con las manos, y desesperado al fin, se dejaba caer en un sillón murmurando con voz doliente:

—Hoy no puede ser... imposible. El manantial está agotado. Venga, venga usted otro día, hoy no puedo comprenderla.

La selecta educación de Máximo dió por fin su primero y natural resultado: á los diecisiete años sedujo á la camarera de su madrastra. Quedó embarazada, y fué necesario mandarla á su pueblo y asegurarla una pensión. Renata sufrió grandemente con aquella aventura, y Saccard, por su parte, sólo se ocupó del asunto para arreglar la cuestión pecuniaria. La madrastra del joven le reprendió severamente. ¡Comprometerse con semejante muchacha! ¡Qué manera de comenzar tan ridícula y qué calaverada tan vergonzosa! ¡Si al menos hubiese sido con alguna de aquellas señoras!

—¡Qué diantre!—contestó Máximo sencillamente.—Si tu amiga Susana hubiese querido, hubiera sido ella la que habría necesitado marchar al pueblo.

Y olvidando Renata su papel de madre severa, preguntóle sonriendo:

—Dime. ¿Ha sido Adelina quien te ha seducido y quien ha dirigido la escena?...

No terminó. Máximo reía maliciosamente al mismo tiempo que ella, y así salió derrotada moralmente Renata en aquella escaramuza.

Saccard no se ocupaba para nada de los dos niños, como á su hijo y á su segunda mujer llamaba. Dejábales absoluta libertad, teniéndose por feliz al verlos en buena amistad y contentos siempre. El expleado recibía de nueve á once á las gentes más extrañas que puede imaginarse: senadores y pasantes de escribano, duquesas y vendedores de quincalla, personajes de frac y hombres de blusa, acogiendo á todos con el mismo aire afectuoso y distinguido. Despachados los negocios, en dos minutos resolvía veinte dificultades á la vez, y daba soluciones inmediatamente para todo. A las once, salía á la calle, y no se lo volvía á ver en todo el día, almorzaba fuera, y algunas veces también comía, dejando la casa á merced de Renata y Máximo, quienes penetraban en el gabinete del padre, desempaquetaban y abrían en él las cajas de cartón de los proveedores, y colgaban las telas sobre los respaldos de las sillas. Renata hacía enganchar diez veces al día, y aquella vida desordenada de ruido, negocios y placeres atravesaba el hotel como un huracán con su rumor de oro, sedas y encajes.

Aristides Saccard había por fin encontrado lo que buscaba, revelándose como gran especulador

y fabricante de millones. Después del negocio de la calle de la Pepiniere, jugó partidas seguras, comprando inmuebles que sabía iban á expropiar sirviéndose de amigos por lograr buenas indemnizaciones. En una ocasión se reunió con cinco casas de aquellas que había echado ya el ojo cuando era un pelagatos. Pero todo esto era sólo la infancia del arte, cuando hubo aprovechado los arriendos, especulado con los inquilinos y robado al Estado, puso su genio al servicio de planes más complicados.

Ideó el juego de comprar inmuebles por cuenta del Municipio y bajo cuerda. Por una disposición del Consejo de Estado, el Ayuntamiento se hallaba en una situación difícil. Este había comprado muchas fincas con la idea de aprovechar los arriendos, y poder arrojar á los inquilinos sin indemnizarles, pero fueron consideradas como verdaderas expropiaciones, y tuvo que pagar. Aristides, entonces, se ofreció como testafiero del Municipio, comprando y aprovechando los arriendos, y entregando el inmueble mediante una prima en el momento convenido. Acabó por hacer dobles jugadas, comprando por el Ayuntamiento y para el prefecto, y cuando el negocio era de mucha importancia, escamoteaba la casa, pagando el Estado.

En recompensa á sus servicios, obtuvo Saccard

concesiones de trozos de calles, proyectos de carretera, todo lo cual, traspasaba antes de empezado á construir. Era un juego tirado; jugábanse barrios enteros, y algunas señoras amigas íntimas de altos funcionarios eran de la partida; una de ellas, cuya blanca dentadura era célebre, llegó á roer como ella en muchas ocasiones calles enteras.

Aristides no veía aplacada su ambición, pareciéndole que un mar de monedas de oro se extendía á su alrededor, inundando el aire con un extraño ruido de oleaje, una música acariciadora siempre creciente que le aturdió.

Los tiempos anunciados por Saccard desde las alturas de Montmartre habían llegado, y la gran ciudad, dividida á sablazos, llenábase de escombros y desaparecía bajo una capa de yeso. Aristides se vió comprometido en un negocio de la calle de Roma, muy delicado, del cual salió á flote gracias á su hermano Eugenio que pudo intervenir á tiempo. En Chaillot ayudó á desmontar al cerro y terraplenar con él una hondonada para que pasase el bulevar que va desde el Arco de Triunfo al Puente de Alma, él fué quien ideó por el lado de Passy esparcir los escombros del Trocadero sobre el llano, de modo que la tierra firme y buena se encuentra hoy á dos metros de profundidad, y ni la hierba crece sobre aquellos escombros. En un

mismo día visitaba los trabajos del Arco de Triunfo, del bulevar San Miguel, los terraplenes de Chaillot, llevando tras sí un verdadero ejército de operarios, alguaciles, accionistas, tontos y pillastres.

Pero su mayor galardón era el *Crédito Vitícola*, que había fundado con Tontín-Laroche, director oficial del mismo, en el cual aparecía como individuo del Consejo de Vigilancia. Gracias á Eugenio autorizó el Gobierno la compañía y la vigiló con extrema benevolencia, protegiéndola hasta tal extremo, que en cierta ocasión crítica y con motivo de las censuras de un periódico, llegóse á publicar en el *Monitor Oficial* una orden prohibiendo toda discusión acerca de una casa tan respetable, patrocinada por el Estado.

Los negocios que realizaba el *Crédito Vitícola* eran excelentes; prestaba á los cultivadores hasta la mitad del valor de la tasación de sus propiedades, garantizando el préstamo con la hipoteca de las mismas, y recibía de los deudores los intereses acrecentados con el beneficio de la amortización. El mecanismo no podía ser más prudente. Merced al formidable impulso que con solo esto le dió su director, el *Crédito Vitícola* adquirió bien pronto reputación de solidez y prosperidad.

Cuando empezaron, y para lanzar de una vez en la Bolsa cierta cantidad de acciones recién corta-

das de los libros talonarios y darlas el aspecto de títulos que ya hubieran circulado mucho, tuvo Saccard la ingeniosa ocurrencia de hacerlas pisotear y arrastrar por el suelo, durante toda una noche, por los mozos de la oficina armados de escobas.

Estas oficinas semejaban por su aspecto un Banco, con su ancho pórtico, monumental escalera y su ejército de empleados y lacayos con libreas. Na ja, sin embargo, producía en el público impresión tan grande como el santuario, la caja, á la que conducía un corredor de sagrada desnudez, y donde se destacaba el cofre de hierro, el día embutido y pegado al muro, hinchado y dormido con su triple cerradura, sus gruesos costados y su aspecto de divino bruto.

Aristides preparaba un bonito negocio con el Ayuntamiento, el cual, empeñado y agobiado por su deuda, se veía arrastrado en aquel baile de millones que había puesto en danza.

Para llenar ciertos bolsillos y halagar al Emperador, veíase obligado á hacer disfrazados empréstitos, sin querer confesar la fiebre que le poseía. Había creado por entonces lo que llamó bonos de delegación, verdaderas letras de cambio á larga fecha, para pagar con ellas á los contratistas el mismo día en que se firmaban los contratos y facilitarles así el medio de hallar fondos, negociando aquellos bonos.

El *Crédito Vitícola*, había aceptado semejante papel de los contratistas, y cuando el Municipio no tuvo dinero, Aristides se prestó á adelantarle una cantidad sobre una emisión de aquellos bonos que Tontin-Laroche aseguraba haber adquirido de las compañías concesionarias. Así el *Crédito Vitícola* se hizo invulnerable, teniendo á París entero cogido en sus redes. Su director hablaba sonriendo de la *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, que aun vivía, y los periódicos seguían ensalzando.

Tontin-Laroche animó cierto día á Saccard para que tomase acciones de aquella sociedad, y éste, echándose á reír en sus barbas, preguntóle si le creía tan imbecil que colocase su dinero en la compañía general de *Las Mil y una noches*.

Bien pronto aquel agiotaje no bastó á satisfacer las ansias de Saccard, desdeñando recoger el oro que los Gousad y Tontin-Laroche dejaban caer, y metió las manos hasta el codo, asociándose con los Mignon, Charrier y compañía, aquellos famosos contratistas que empezaban entonces, y habían de hacer luego inmensos capitales.

El Municipio cedía ya los boulevares por contrata, comprometiéndose las compañías á entregarle la vía terminada construida, con árboles, bancos y faroles, mediante cierta indemnización convenida. A veces, se hacían estos trabajos casi

por nada, considerándose recompensados con creces, con los terrenos que al rededor quedaban.

Mignon y Charrier que al comienzo fueron creaciones de Saccard, se reían viendo los lujosos trenes de este, vistiendo generalmente sus blusas y no rehusando alternar con los obreros y volviendo á sus casas sucios de yeso.

Si Aristides impulsó el negocio de los dos contratistas, con su marcha pausada y su administración rutinaria, salváronle muchas veces de fracasar. No quisieron establecer soberbias oficinas ni construir un espléndido hotel como el de Saccard. Tampoco aceptaron los negocios que se derivaban del suyo, como eran, la construcción de casas de baños en los terrenos adyacentes, caminos de hierro, galerías de cristales, etc., que hiciesen duplicar el valor; para cortar de raíz estos proyectos que les espantaban, decidieron repartirse entre los tres socios los terrenos anejos, y que cada cual hiciese lo que quisiera con su parte.

Aristides edificaba en los suyos y removiendo los capitales, no tardó en reunir ocho casas sobre los nuevos boulevares. Cuatro estaban ya concluidas, y se levantaban dos en el bulevar Haussman y las otras cuatro en el de Malesherbes.

Eran por aquella época tantísimos los negocios y empresas en que se veía metido, que sin que-

darle un momento para otras atenciones, véfase obligado á leer su correspondencia en el carruaje. Su caja parecía inagotable. Era accionista de todas las sociedades, construía sin descanso, se inmiscuía en todos los negocios sin realzar uno solo limpio ni embolsarse una sola cantidad legalmente.

Aquella oleada de oro sin procedencia conocida, que parecía brotar de su despacho, convirtióle por un momento en un gran hombre, á quien los periódicos elogiaban.

Renata podía decirse que no estaba casada, teniendo semejante marido. Transcurrían semanas enteras casi sin verle, pero Saccard tenía siempre abierta su caja para ella, y en el fondo, le amaba como á un banquero agradable. Hacía grandes elogios de él delante de su padre, á quien la fortuna de su yerno le inspiraba frío y severidad. El desprecio de ella habíase desvanecido, pues era evidente que aquel hombre solo había nacido para fabricar moneda con todo lo que pasaba por sus manos, mujeres, piedras, sacos de yeso ó conciencias, y Renata no le podía reprochar que hubiese empezado por comerciar con su matrimonio.

Renata fué para él los cimientos de su fortuna y deseaba verla bien puesta, fastuosa y admirando á París entero, pues todo aquel boato le daba

posición y duplicaba la cifra probable de su capital. Mostrábase con su mujer agradable y cariñoso siendo para él una asociada inconsciente. A veces, la enviaba á casa de algún personaje para buscar alguna respuesta ó conseguir alguna autorización, y cuando ella volvía después de lograr lo que deseaba, frotábase Saccard las manos repitiendo: «¿Has tenido juicio?» lo que hacía reír á Renata maliciosamente. No era porque Aristides deseara tener en su mujer una Michelin, pero le gustaban las bromas escabrosas. De todas maneras, si Renata no «hubiese tenido juicio» no habría experimentado su esposo más que el despecho de haber pagado realmente la gracia del personaje.

Su placer favorito era dar á las gentes menos de lo que recibía y frecuentemente decía: «Si fuese mujer, tal vez me vendiera, pero no sería tan necio que entregase la mercancía».

Renata que se mostró una noche en el cielo parisién como el hada extraña de todas las voluptuosidades, era muy difícil de analizar. Educada en un convento, embotado el deseo por alguna otra satisfacción nerviosa, mortificábala y la enloquecía sin embargo á cada instante. Era reflexivamente burguesa, y tenía una enorme cantidad de preocupaciones, pareciéndose en esto á su padre, á aquella raza prudente y serena en la que

floreciendo las virtudes del hogar, crecían á pesar de todo en su naturaleza maravillosas fantasías.

Mientras permaneció entre las señoras de la Visitación, su espíritu, vagando libremente entre las místicas voluptuosidades de la capilla y las carnales amistades de sus compañeras, habíase educado fantásticamente, aprendiendo el vicio y mezclando á él de un modo extremo la franca condición de su naturaleza, hasta el punto de sorprender á su confesor, al revelarle que cierto día, durante la misa, había sentido el brutal deseo de levantarse y darle un beso. Luego se daba golpes de pecho y temblaba ante la idea del diablo y de sus calderas. Más tarde, aquella violación de que fué víctima, y sufrió espantada, la hizo desprenderse á sí misma, é influyó mucho en el abandono de toda su vida. Pensó que tenía que luchar con el mal que residía en ella y este pensamiento era más bien una curiosidad que un apetito.

Charlaba sin dificultad, siendo, en los extraordinarios casos de tierna amistad de Susana y Adelina, de los besos á precio fijo de la condesa Vanska, pero miraba todo esto como una cosa que ella disfrutaría tal vez. No la habían corrompido sus primeros amantes y por tres veces se había creído víctima de una pasión profunda, estallando su amor como un petardo cuyas chispas no llegaban á su corazón.

Aquellas locuras duraban un mes, enseñaba á su amante por todo París, y luego, una mañana cualquiera lo olvidaba todo.

Su primer amante el Duque de Rosán, un joven, fué un rayo de sol pasajero; habiéndola cautivado su dulzura y aire distinguido, le encontró al tratarle íntimamente insulso y vano.

Siguió después Mister Simprón, agregado á la embajada americana que llegó á zurrarla, y gracias á esto le soportó casi un año.

Tomó después al Conde de Chibray, ayudante de campo del Emperador, muy vanidoso y apuesto y que empezaba ya á aburrirle, cuando se le antojó enamorarse de él á la duquesa de Sternich que se le quitó. Renata lloró y quiso hacer creer á sus amigas que su corazón estaba destrozado y no volvería á amar más.

Entonces llegaba el señor de Mussy, un ser insignificante, que hacía su carrera diplomática dirigiendo cotillones y á quien tuvo largo tiempo, siempre disgustada y llena de hastio, esperando algo imprevisto que la obligase á variar.

Y así, á los veintiocho años estaba horriblemente cansada; sufría jaquecas espantosas, se cerraban sus salones y cuando volvía á abrirlos era para dar paso á un montón de sedas y encajes que cubrían una criatura lujosa y alegre, sin una pena en el corazón ni un rubor en la frente.

Cierta aventura de novela alteró, sin embargo, la monotonía de su vida galante. Un día, á la hora del crepúsculo, y saliendo á pie en dirección á la casa de su padre, á quien disgustaba el ruido de coches en su puerta, notó que la seguía un joven. Hacía calor y el día se extinguía con amorosa dulzura. Acostumbra la á que no la siguiesen más que á caballo en las avenidas del Bosque, halló singular la aventura y se envaneció cual si recibiese un nuevo homenaje, algo brutal, pero cuya grosería misma lo hacía excitante. En vez de continuar su camino, tomó la calle del temple, haciendo pasear á su galán á lo largo de los bulevares. Animado el hombre, se hizo de tal modo insinuante, que Renata algo confusa siguió hacia la calle del Faubourg Poissonniere, y se refugió en la tienda de la hermana de su marido.

Su perseguidor entró decidido tras ella. La señora Sidonia, creyendo comprender la situación, sonrió y los dejó solos. Quiso seguirla Renata, pero el desconocido la habló con tal emoción y galantería que le perdonó su atrevimiento. Era este sujeto un empleado que se llamaba Jorge, á quien jamás Renata preguntó su apellido.

Se vieron dos veces; ella entraba por el almacén y él por la calle Papillon. En aquel amor encontró uno de sus más vivos placeres, y siempre

pensó en él con alguna vergüenza, pero con singular sonrisa de placer.

Así la señora Sidonia, debido á la casualidad, pudo ser, por fin, cómplice de la segunda mujer de su hermano, papel que ambicionaba desde el día que éste se casó.

La pobre Sidonia había sufrido una decepción. Sin perjuicio de manipular el matrimonio, esperaba en parte casarse también con Renata, es decir, hacer de ella una de sus clientes y obtener por tal concepto multitud de beneficios.

Conocía á las mujeres á la primera ojeada, igual que los chalanos inteligentes conocen á los caballos. Fué grande, por consiguiente, su consternación, cuando pasado un mes, comprendió que llegaba tarde al reparar en la señora de Lauwerens repantigada en medio del salón. Era ésta una hermosa mujer de veintiseis años, cuyo oficio era dar á conocer á las recién casadas. Perteneecía á una familia antigua y estaba casada con un individuo de la alta banca, que tenía el mal gusto de no pagar las cuentas de la modista de su mujer, por cuya razón, ésta, que era muy inteligente, procuraba proveerse de lo necesario.

Odiaba, según decía, á los hombres, pero abastecía de ellos á todas sus amigas, y siempre tenía un sinnúmero de parroquianas en la habitación que ocupaba en la calle de Provence, enfrente de

las oficinas de su marido. Daba reuniones, y allí se verificaban las entrevistas preparadas, sin que tuviera nada de particular que una joven fuese á ver á su amiga la señora Lauwerens, y que allí se encontrase casualmente con algún caballero de la buena sociedad.

Por lo demás, la señora de la casa estaba encantadora, y muchas veces los visitantes la hubieran preferido á las demás, pero la maledicencia no se cebaba en ella. Precisamente en esto estribaba todo el secreto, teniendo á los hombres como buenos amigos, siendo ella una mujer honrada y gozando el placer de que otras mujeres cayesen para su provecho.

Sidonia, cuando se enteró de aquella preciosa combinación, sintió profundo despecho, pues comprendió que ella representaba el antiguo sistema y se hallaba enfrente de otro más moderno y refinado. Triunfó esta escuela y la señora de Lauwerens miraba desdeñosamente á Sidonia, en la que vió una rival. La escuela clásica, no entró en acción, hasta que el azar no llevó á Renata á la tienda de la zurzidora de voluntades, siendo desde entonces la corredora su confidente.

Uno de los clientes más asiduos de ésta, fué su sobrino Máximo, quien desde los primeros años iba á enredar á su casa, llegando, más tarde, á prestarle las llaves de su habitación, «por si tenía

que recibir á algún amigo que no fuera del agrado de su padre».

En aquel cuarto de Sidonia pasó muchos ratos con la pobre camarera, que hubieron de enviar después al pueblo. Sidonia, que apreciaba mucho al chico, le prestaba dinero y le llenaba de solícitos cuidados y atenciones.

Máximo era ya un hombrecito, delgado y lindo, que había conservado su carilla sonrosada y los ojos azules de niño. Parecíase á la pobre Angela, su mirada era dulce también y sus cabellos rubios rizados como los de ella, pero no valía, á pesar de todo, lo que aquella mujer nula é indolente.

La sangre de los Rougon se afinaba en él, haciéndole delicado y vicioso. Hijo de una madre demasiado joven, manchado con los furiosos apetitos del padre y la molicie de la madre, era un producto deforme en quien todos los defectos de sus progenitores se completaban, extraño hermafrodita nacido á su tiempo en una sociedad podrida.

Cuando iba al Bosque con el talle ceñido, bailando suavemente sobre el caballo que le mecía á un ligero galope, era el dios de la edad presente, con su cara enfermiza y picaresca, su irreprochable elegancia y su argot de escenario. Llegado á los veinte años, indudablemente había ya soñado

todas las suciedades y el vicio en él era corriente como una eflorescencia natural de su temperamento y su educación.

Pero lo más característico en él, eran los ojos; ojos claros y sonrientes de mujer pública, que no se bajan nunca, en acecho siempre del placer que se busca sin fatiga.

Todas estas cualidades aumentaban en el joven á medida que Saccard se enriquecía y que Renata se hundía en el torbellino de su galante vida, y aquellos tres seres acabaron por conquistar una existencia maravillosa de locura y libertad, que era como el fruto mágico de toda una época. Eran como tres camaradas, tres estudiantes, que compartiendo el mismo alojamiento, no hubieran usado de su libertad para otra cosa, que para instalar en él sus amores y sus ruidosas fiestas. Saludábanse con amistosos apretones de manos, sin preocuparse de la causa que en un momento dado les reunía bajo el mismo techo.

El sentimiento del hogar habíale reemplazado por una especie de comandita en que los beneficios eran repartidos por lotes iguales; cada cual retiraba su parte de goce, habiendo convenido tácitamente en que ninguno se ocuparía del empleo que de él hiciese, llegando hasta á relatarse sus placeres y hacer alarde de ellos del modo más natural del mundo.

Así, Máximo, convirtiéndose en el mentor de Renata, y cuando iba con ella al Bosque, contábala historias de muchachas que la hacían reír á carcajadas. Conocía las intimidades de las señoras, y era un verdadero catálogo de todas las muchachas de París. En Longchamps, los días de carreras, escuchaba Renata con placer cómo Blanca Muller engañaba con su peluquero á un agregado de Embajada, ó cómo el Baroncito había encontrado al Conde en calzoncillos, en la alcoba de una hermosura muy delgada, de cabellos rojos, á la que apodaban «el cangrejo».

Tenía Máximo una colección de fotografías de aquellas damas, y llevaba retratos en los bolsillos de actrices y bailarinas, que iban á parar á su álbum, donde se veían también los de actores, escritores y diputados. Este álbum era objeto de largas conversaciones los días lluviosos y de *spleen*.

Entablábanse grandes discusiones sobre los ojos de la de Lauwerens, los cabellos de la «Cangrejo», la garganta de Blanca Muller, la nariz algo torcida de la marquesa, ó la boca de Silvia, célebre por sus gruesos labios, comparando á unas mujeres con las otras.

—Si yo fuera hombre,—decía Renata,—escogería á Adelina.

—¡Pues mira que Silvia!—contestaba Máximo.

Hojeando el álbum, aparecía á veces el duque de Rozán, Simpson, ó el conde de Chibray, y Máximo añadía bromeando:

— ¡Oh! tienes un gusto deplorable... ¡Habrá nada más tonto que la cara de estos caballeros! Rozán y Chibray tienen todo el arte de Gustavo, mi peluquero.

Renata arrugaba los labios como diciendo que la tenía sin cuidado, y continuaba absorta ante aquellas fisonomías que contenía el álbum, estudiando minuciosamente los retratos de las mujeres, y reparando en los más pequeños detalles. Un día llegó hasta pedir un lente, porque creía ver un pelo en la nariz de la «Cangrejo». Efectivamente, en medio de la nariz se percibía un pelillo desprendido de las cejas, y aquello les sirvió de diversión por mucho tiempo, haciendo que lo notasen las señoras que visitaban á Renata.

Con aquel lente pudieron escudriñar los demás retratos, y Renata hizo grandes descubrimientos, halló arrugas ignoradas, culis ásperos, hoyuelos mal cubiertos por los polvos de arroz, concluyendo Máximo por ocultar el lente, diciendo que le quitaba la ilusión.

Y la verdad era, que Renata sometía á un examen demasiado riguroso los gruesos labios de Silvia, hacia quien Máximo sentía especial inclinación. Idearon un juego muy divertido, planteando

la siguiente pregunta: «¿Con quién me acostaría de buena gana esta noche?» Y abrían el álbum que estaba lleno de respuestas, dando lugar á combinaciones muy chuscas.

También las amigas gozaron de esta diversión durante muchas noches, viéndose Renata de aquel modo, y sucesivamente casada con el arzobispo de Paris, con Gourand y con el señor de Chibray, lo que hizo reir mucho á todos, incluso á su marido, lo cual, la molestó. A Máximo, sea por casualidad ó por malicia, siempre que abría el álbum le salía la marquesa. Pero lo más divertido era cuando la suerte unía á dos hombres ó á dos mujeres.

La amistad de Máximo con su madrastra llegó hasta el extremo de contarle la joven sus penas amorosas, consolándola él y dándole consejos. Más tarde, llegaron á hacerse recíprocas confianzas, como si Saccard no existiera para ellos. En sus paseos por el Bosque sentían necesidad de comunicarse difíciles secretos con la alegría de los niños que se cuentan cosas al oído. Gozaban con esto voluptuosamente, como buenos camaradas que recuerdan sus primeras aventuras convirtiéndose en fanfarrones de sus malas costumbres.

Renata le confesaba que en el colegio eran muy licenciosas sus compañeras, y Máximo, exageran-

do, atreviéndose á contar algunas indecencias del colegio de Plassans.

Tenía el joven una colección demasiado rica de anécdotas para que se quedara atrás, y Renata, cantándole al oído *couplets* picantes, sumergíanse en un estado de beatitud particular, aguijoneados por ciertos deseos inexpresables.

Rodaba el coche suavemente y regresaban á casa con un cansancio delicioso, más lánguidos que á la mañana siguiente de una noche de amor.

Mayor familiaridad reinaba aun entre el hijo y el padre. Este había comprendido que á un gran hacendista debían gustarle las mujeres, y que debía hacer alguna locura por ellas. Pero su amor era brutal, y aunque prefería el dinero, gustábale recorrer las alcobas, sembrar de billetes ciertas chimeneas, y poner de vez en cuando alguna mujer de moda, como muestra dorada de sus negocios. Con frecuencia el padre y el hijo se encontraban en la casa de las mismas mujeres, ó cuando el joven comía en la *Maison d'Or*, formando parte de alguna reunión alegre, oía la voz de Saccard en un gabinete contiguo.

—Papá está aquí al lado,—exclamaba con el gesto que aprendía de los actores de moda.

Y se dirigía á la puerta del cuarto para curiosar.

—¡Ah! ¿eres tú?—decía Aristides alegremente.

—Entra, hombre. Vaya una algarazara que estáis moviendo. ¿Con quién estás?

—Con Laura de Auvigny, Silvia, la «Cangrejo» y un par más. Están deliciosas, meten las manos en los platos y se tiran la ensalada á la cara. Mira como me han puesto la levita.

—¡Ah! ¡la juventud! No sois como nosotros, ¿verdad, gatita mía? Nosotros hemos comido tranquilamente, y ahora vamos á arrullarnos.

—¡Hola Máximo!—exclamaba la mujer.—Ya no se te ve. Mañana temprano estaré en casa... tengo que decirte una cosa.

Saccard añadía, dulcemente:

—¡Oh! si os molesto, ahora me iré. Ya llamaréis cuando se pueda entrar.

Luego se llevaba á la dama, ó iba á reunirse con todos en el gabinete inmediato. Máximo y él compartían los mismos hombros, sus manos se encontraban alrededor de los mismos talles, y se contaban en voz alta las confidencias que las mujeres les hacían al oído.

En Mabelle especialmente, eran muy conocidos. Comían y bebían juntos, en compañía de las muchachas, y hasta media noche se les veía cogidos del brazo persiguiendo faldas, bajo la viva luz del gas á lo largo de las sombrías avenidas.

El abandono y la molicie con que el padre daba la mano al hijo, cuando dejaban aquel lugar, bas-

taba para hacer entender de donde venían. Cuando Renata les veía regresar juntos respiraba en aquel ambiente de que venían saturados, todos sus caprichos y ansiedades.

—¿De dónde vendréis?—les decía,—oléis á pipa y á almizcle. De seguro conseguiréis que me dé la jaqueca.

Y aquel extraño olor la aturdió profundamente. Aquel era el persistente perfume de semejante hogar doméstico.

Máximo se había apasionado de la pequeña Silvia, fastidiando ya á su madrastra con aquella chica. Renata, la conoció en seguida de pies á cabeza: Tenía Silvia una señal azulada sobre la cadera; sus rodillas eran seductoras, sus espaldas estaban marcadas por un solo hoyuelo. Cierta tarde los coches de Renata y Silvia tuvieron que detenerse uno al lado del otro en medio de la confusión de los Campos Eliseos. Mirábanse las dos mujeres con viva curiosidad, mientras Máximo, atraído por aquel crítico lance, bromeaba en voz baja. Cuando el coche comenzó á rodar, viendo que su madrastra guardaba sombrío silencio, esperó algún regaño de los que acostumbraba á echarle en sus horas de hastío.

—¿Conoces al joyero de esa señora?—le preguntó bruscamente cuando llegaban á la plaza de la Concordia.

—Sí, por desgracia,—contestó Máximo sonriendo.—Le debo diez mil francos, ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Y después de una pausa, añadió:

—Llevaba un brazaletes muy bonito. Hubiera querido verle de cerca.

No dijo más, pero al día siguiente cuando Máximo se disponía á salir con su padre, llamóle á parte y le habló en voz baja con alguna turbación, como pidiéndole algún favor.

Aquella tarde la llevó el brazaletes de Silvia para que lo viese.

—Aquí está,—dijo.—Por ti sería uno hasta ladrón, querida mamá.

—No sabe que lo has traído—preguntó Renata examinando la joya.

—Me parece que no. Como lo llevó ayer, no querrá lucirlo hoy.

Mientras, Renata se lo había puesto y acercánlose á la ventana levantando el brazo le hacía girar lentamente.

—Es muy bonito. Únicamente las esmeraldas no me gustan.

En aquel momento entró Saccard.

—¡El brazaletes de Silvia!—exclamó con asombro.

—¿Lo conocías?—dijo la joven más turbada que él y sin saber dónde poner el brazo.

Saccard indicando á su hijo, exclamó:

—Ese tunante nos traerá el mejor día el brazo de la dama con el brazalete.

—No he sido yo,—repuso Máximo con maligna intención.—Ha sido Renata quien ha querido verlo.

—¡Ahl!—se limitó á decir el marido.

Y examinando la joya, repitió como su mujer:

—¡Es muy bonito, muy bonito!

Retiróse después tranquilamente, y Renata regaña á Máximo por haberla vendido de aquel modo, pero éste contestó que su padre no se preocupaba de aquello.

—Pues bien,—dijo la joven,—toma el brazalete y encarga al mismo joyero uno igual para mí, solo que, en lugar de esmeraldas quiero záfiro.

Aristides Saccard no podía poseer nada sin que pensase en sacar de ello alguna utilidad. Aun no había cumplido su hijo veinte años, cuando pensó en buscarle mujer y dote, sin perjuicio de aplazar ó anticipar el casamiento según lo exigiesen los acontecimientos. Tuvo suerte, hallando en un Consejo de Vigilancia de que formaba parte un señor á propósito, el señor Mareuil, de quien en dos días se hizo dueño.

Era este caballero un antiguo refinador del liavre, que se llamaba Bonnet y que después de haber reunido una gran fortuna se había casado

con una joven de la nobleza, muy rica también y que buscaba un marido necio pero de buen aspecto. Bonnet consiguió usar el apellido de su mujer, y su matrimonio le había despertado locas ambiciones, soñando con una elevada posición política.

Puso su dinero al servicio de los nuevos periódicos, compró propiedades en la Nievre y no paró hasta prepararse una candidatura en el Cuerpo Legislativo.

Fracasó, pero su aspecto continuaba soberbio merced á su rostro pálido de hombre pensador y á su magestad solemne. Entonces se agarró á Saccard como á su tabla de salvación, sabiendo que iba á quedar nuevamente vacante una candidatura en la Nievre.

Aristides Saccard como hermano del ministro le hizo suyo y le indicó en seguida la idea de un enlace entre su hija Luisa y Máximo. Mareuil se deshizo en efusiones y llegó á creer que había sido él el primero en concebir tal idea, considerando dichoso al emparentar con la familia de un ministro, pareciéndole además que esperaba á Máximo un brillante porvenir.

Luisa tendría según su padre un millón de dote. Fea, contrahecha pero agradable, estaba condenada á morir joven. Una afección al pecho minaba su vida y la producía cierta gracia atractiva. Las

Jóvenes enfermas envejecen de prisa y se hacen mujeres antes de tiempo. Luisa inocentemente sensual, parecía haber nacido á los quince años en plena pubertad. Su madre había sido una mujer sana y robusta, y Mareuil creía recordar algún detalle que explicaba el raquitismo de aquella niña, y su fealdad viciosa y sonriente. Decíase que Elena de Mareuil había muerto en medio de los desbordamientos más vergonzosos.

La puerilidad de aquella joven era una continuación de los vicios de su madre. Nada la asombraba á medida que crecía, no ignoraba nada, discurrendo sobre las cosas prohibidas con el desembarazo y la seguridad de quien al volver de una larga ausencia, no tiene más que alargar la mano para encontrar las cosas en su sitio.

Aquella chiqueta informe, mezcla incomprendible de candor y travesura, debía concluir por agradar á Máximo y parecerle mucho más graciosa que Silvia.

Acordóse el matrimonio y se convino en dejar crecer á los chicos. Las dos familias vivían, pues, en íntimo trato y mientras el señor de Mareuil trabajaba en candidatura, Aristides acechaba su presa, prometiéndole como regalo de boda su nombramiento de auditor en el Consejo de Estado.

Saccard acababa de hacerse construir su hotel

del parque Monceaux sobre terrenos robados al Municipio. Habíase reservado en el primer piso un soberbio gabinete, decorado de palosanto y oro, con regia biblioteca, sin un solo libro, y en el que una enorme caja de hierro se destacaba sobre el muro como un santuario.

Su asociación con los señores Mignon y Charrier le producía cuantiosos beneficios, el negocio de los inmuebles iba cada vez mejor y el *Crédito Vitícola* era una mina inagotable. Enumerando sus riquezas aturdió á las gentes; su acento gau-goso de provenzal, parecía marcarse más, y aquella turbulencia mimica de hombre rico contribuía en parte á proporcionarle fama de emprendedor afortunado que había conquistado.

Su capital limpio, no era ciertamente conocido y sus mismos asociados que forzosamente habían de estar enterados de su situación con respecto al negocio que con ellos tenían, esplicábase su colosal fortuna, creyendo en su absoluta suerte y en otras especulaciones que desconocían.

Gastaba el dinero á manos llenas, aquello era demencia, rabia de dinero, puñados de oro arrojados por las ventanas, la caja vaciada todas las tardes y vuelta á llenar durante la noche sin saber cómo.

Entre aquella colosal fortuna que parecía el desbordamiento de un torrente, iba arrastrada y

ahogada la dote de Renata. Quiso esta, al principio, administrar sus bienes, pero se cansó en seguida, considerándose después pobre en comparación de su marido. Agobiada de deudas, hubo de recurrir á él, pedirle préstamos y ponerse á discreción suya. Cada vez que pagaba una cuenta se iba entregando más, le confiaba títulos de renta y le autorizaba para vender algo.

Cuando se alojaron en el hotel del Parque Monceaux, ya estaba Renata casi del todo despojada. Saccard, reemplazando al Estado, la pasaba la renta de cien mil francos procedentes de la calle de la Pepiniere, después de hacerla vender la propiedad de la Sologne, para colocar el dinero, según él decía, en un gran negocio. Quedábanla sólo los terrenos de Charonne, los cuales no quería enagenar por no afligir á su excelente tía Isabel. Pero Saccard preparaba un ingenioso golpe con la ayuda de Lansoneau.

De este modo Renata debía estarle agradecida, pues si se había apoderado de toda su fortuna, la pagaba en cambio la renta cinco ó seis veces. La de los cien mil francos, unida al producto de la Sologne, ascendía á unos nueve ó diez mil francos, lo necesario justamente para pagar á su camisera y á su zapatero. Importaba pues lo que la daba Saccard ó pagaba por ella, quince ó veinte veces más.

Renata sentía, como todo el mundo, un profundo respeto hacia la monumental caja de su marido, sin que se la ocurriese inquirir el origen de aquel río de oro que corría por su casa. Duplicaron el número de sus coches y sus trenes, vistieron de gran librea azul un ejército de criados y desplegaron un lujo desmedido en las habitaciones exteriores cuyos cortinajes descorrían los días de recepción.

En medio de aquellas espléndidas habitaciones, en aquel mágico palacio de advenedizo, aspirábase el olor de Maville, sentíase el descoco de las bailarinas, y se veía pasar toda la época con sus locuras y su sed de placeres. Allí vivía un matrimonio libremente á la vista de sus criados. Habíanse repartido el edificio como si fuera un hotel alquilado después de un largo viaje, donde aun no hubieran tenido tiempo de abrir las maletas por correr en busca de los goces de una ciudad nueva. Solo permanecían en él los días de gran comida, entrando á veces cada veinticuatro horas un momento como se entra en el cuarto de una fonda para descansar un momento entre una y otra correría.

Renata sentíase á veces nerviosa ó irritada bajo aquellos ricos artesonados, quedando aburrída y cansada después de las grandes fiestas; hubiera deseado para llenar aquel lujo alguna diversión

suprema, que en vano buscaba, allá en el saloncito de color de sol y en el invernadero de vejetación tropical y lujuriosa.

Respecto á Saccard, había llegado á su ideal, recibía á la alta banca en el señor Tontin-Laroche y Lauwereus, á los eximios políticos en el barón Gourand, el diputado Haffuer y su hermano el ministro que también había ido dos ó tres veces á darle importancia con su presencia. Volvíase tan impetuoso que sus amigos decían de él: «Este demonio de Aristides, gana demasiado, y acabará por perder la razón». En 1860 fué condecorado en premio á cierta gestión secreta referente al prefecto, sirviendo de testaferrero á cierta dama en un chanchullo de terrenos.

Recién instalado en el Parque Mauceaux ocurrió un suceso en la vida de Renata que la dejó impresión indeleble. El hermano de Aristides había resistido á las súplicas de su cuñada que ardía en deseos de ser invitada á los grandes bailes de la corte. Cedió el Ministro al cabo. Cuando vió asegurada la posición de Aristides y Renata vió llegar por fin la gran noche.

Iba vestida espléndidamente; Worms se había excedido en un momento de inspiración. El traje consistía en una sencilla gasa blanca, guarnecida de volantes estrechos recortados y ribeteados con terciopelo negro. La túnica tenía el escote cua-

drado y muy bajo. No lucía ni una flor ni un lazo, solamente lucía brazaletes y diadema de oro sin cincelar.

Cuando al separarse de su marido se vió á plena luz en los salones experimentó cierta especie de trastorno, entre aquella barahunda de voces fracs negros y hombros blancos. Entonces apareció el Emperador. Cruzaba lentamente el salón, cogido del brazo de un general bajo y regordete, que respiraba fatigosamente. Las damas se separaron á su paso en dos filas discretamente. Renata hallábase en el extremo de la fila cerca de la segunda puerta, hacia la cual se dirigía el Emperador con vacilante paso.

Iba de frac, con la banda roja del gran cordón cruzada sobre el pecho, y como Renata á causa de la emoción distinguía mal, parecíale aquella mancha una mancha sangrienta que llenaba todo el pecho del príncipe, á quien encontró pequeño con las piernas demasiado cortas y el basto demasiado flexible, pero estaba tan deslumbrada, que le creía hermoso, á pesar de su rostro bilioso y amarillento y sus pesados y plomizos párpados que caían sobre sus adormecidos ojos. Entreabría bajo el bigote perezosamente la boca, en tanto que su nariz sobresalía huesosa y prominente en medio de su fisonomía desvanecida.

El Emperador apoyado en el rechoncho general,

continuaba avanzando lentamente. Miraban á las damas inclinadas ante ellos, y sus ojeadas deslizábanse á derecha é izquierda entre los escotes.

Renata sintió de pronto sus miradas fijas sobre ella. El general la contemplaba con ojos muy abiertos, mientras el Emperador, levantando sus dormidos párpados, lanzaba insolentes fulgores de sus ojos mortecinos. Renata, confusa, bajó la cabeza, inclinóse, y no vió más que las flores de la alfombra, pero siguió con la vista la sombra de los dos personajes, y comprendió que se detenían un instante ante ella. Parecióla oír al Emperador que murmuraba contemplándola:

—General, he ahí una flor sin coger, un misterioso clavel matizado de blanco y negro.

Y el general contestaba con voz brusca:

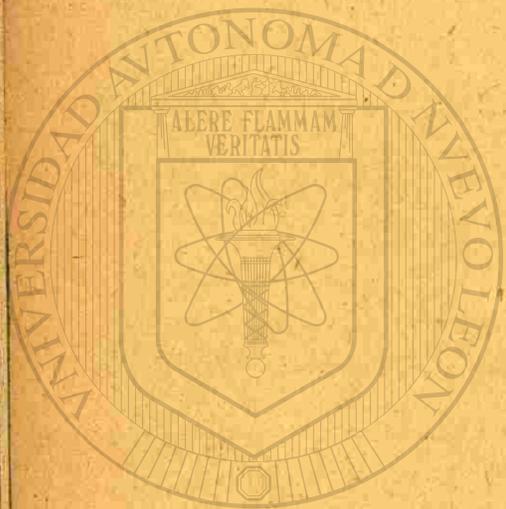
—Señor, esa flor sentaría bien en vuestro ojal.

Renata levantó la cabeza, la aparición había desaparecido y una oleada de la multitud ocultó la puerta.

Desde aquella vez volvió frecuentemente á las Tullerías, y tuvo el honor de ser cumplimentada por Su Majestad, pero no olvidó jamás el paso tardo y pesado del Emperador, en medio del salón, entre las dos filas de mujeres descotadas; y cuando disfrutaba algún nuevo goce en la crecien-

te fortuna de su marido, volvía á representarse al príncipe dominando todas las cabezas inclinadas, dirigiéndose á ella, y comparándola á un clavel que el obeso general le aconsejaba colocar en el ojal de su levita.

Aquel episodio fué para Renata la nota más aguda de su existencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

Aquel deseo insano y vehemente que los excitantes perfumes del invernadero habían hecho nacer en el corazón de Renata, mientras Luisa y Máximo bromeaban en el saloncito, pareció desvanecerse como una pesadilla, que no deja de su paso más que un vago recuerdo. Toda la noche había conservado la joven en sus labios el amargo ardor de la hoja maldita, encendiendo en su espíritu pasiones devoradoras. Luego, el sueño sumergió aquella impresión en grandes oleadas de sombra.

Cuando despertó, creyendo estar enferma, llamó al médico y estuvo dos días sin salir de su habitación. Máximo procuró verla inútilmente.

El joven no dormía en el hotel, á fin de disponer más libremente de su cuarto, y hacía una vida nómada, viviendo en las casas nuevas de su padre, por capricho, mudándose con frecuencia, á veces para dejar los pisos á inquilinos formales. Como estaba acostumbrado á los caprichos de su madrastra, fingió sentir gran compasión por ella, preguntando constantemente á la doncella. Al tercer día encontró á Renata en el saloncito, risueña y sonrosada.

—¿Vaya, te has divertido mucho con Celeste?— la preguntó.

—Sí,—contestó la joven,—es una chica que no tiene pero. Siempre tiene las manos heladas; me las ponía en la frente y calmaba algún tanto mi pobre cabeza...

—¿Con que esa muchacha es una medicina?— repuso Máximo.—Pues si tengo la desgracia de enamorarme, tendrás que prestármela para que ponga sus manos sobre mi corazón.

Bromearon un rato y terminaron por dar su acostumbrado paseo por el Bosque.

Unos días después, Renata, se lanzaba con más frenesí que nunca en su vida de fiestas y visitas, como si su cabeza trastornada, no se viera aquejada ya de ningún disgusto. Parecía como si hubiese sufrido algún secreto desengaño del que no quería hablar, pero que se adivinaba en el desprecio ma-

yor que sentía por sí misma, y por la depravación más peligrosa aun de sus caprichos.

Cierta tarde, confesó á Máximo que sentía vehementes deseos de ir á un baile que Blanca Muller, actriz entonces de moda, daba á las estrellas de vida equívoca, y aunque él no era muy escrupuloso, sintióse confuso ante la petición de su madrastra.

Trató de disuadirla y hacerla comprender que aquel no era su sitio, que no vería nada de particular y además, si llegaban á conocerla, daría pie para un escándalo. Pero Renata sin convencerse seguía suplicando:

—Vaya, Maximito, sé amable. Yo lo quiero... Llevaré un dominó muy oscuro y solo estaremos un rato.

Máximo que concluía siempre por ceder y que la había llevado por él á sitios peores, consintió en acompañarla. Renata palmoteó gozosa como un niño que obtiene una golosina.

—Que guapo eres,—dijo.—Vendrás mañana á buscarme muy temprano, ¿eh? Ya me enseñarás y me dirás como se llaman todas las señoras. Nos divertiremos mucho...

Luego reflexionando, añadió:

—Pero no, no veugas. Espérame en un coche en el bulevar Malesherbes. Yo saldré por el jardín.

Aquella precaución inútil era un simple refina-

miento de goce, pues aunque hubiese salido á media noche por la puerta principal, su marido no se habría molestado en enterarse.

Llegada la hora, después de recomendar á Celeste que la esperara, atrevesó temblorosa y sintiendo el placer de un miedo apetecido, la sombría obscuridad del Parque Monceaux.

Aristides, aprovechando su influencia en el Municipio tenía la llave de una puertecilla del Parque, y Renata deseó igualmente otra. Poco la faltó para extraviarse, guiándola al cabo los amarillos resplandores de los faroles que llevaba el carruaje de Máximo. El bulevar Malesherbes, en aquella época, era aun por la noche un verdadero desierto.

Una vez al lado de Máximo, que medio adormilado fumaba tranquilamente en el fondo del coche, Renata, latándole el corazón deliciosamente, como si acudiera á una cita amorosa, buscó en la obscuridad el brazo del joven.

—No me gusta el olor del tabaco, ya lo sabes,— exclamó,—pero esta noche es noche de divertirse y te doy permiso para que fumes, trátame como si fuera un camarada tuyo.

A medida que el coche iba descendiendo en dirección á la Magdalena, aumentaba la obscuridad en el interior del carruaje, de tal modo, que no se veían.

Solamente, cuando el joven llevaba á sus labios el cigarro, un punto rojo atravesaba las espesas tinieblas. Máximo no hablaba, estaba aburrido.

El capricho de su madrastra le había impedido asistir al Café Inglés, donde le esperaban unas cuantas mujeres, decididas á empezar y concluir el baile de Blanca Muller. Renata adivinó su malhumor.

—¿No te encuentras bien?—le preguntó.

—Tengo frío,—contestó Máximo.

—Pues mira, yo estoy ardiendo. Pon el borde de mis faldas sobre tus rodillas.

—¡Tus faldas!—murmuró el joven con desdén,
—¡Estoy de ellas hasta la coronilla!

Aquella salita le hizo reír á él mismo; y poco á poco se fué animando. Renata le contó el miedo que había pasado en el Parque Monceaux, confesándole que otro de sus deseos era pasar una noche en el lago del Parque, en una barca que se veía atada á la orilla desde sus ventanas.

El joven sintió que su madrastra se volvía elegante, y el coche en tanto seguía andando, inclinándose el uno hacia el otro para oírse, rozándose los rostros, aspirando sus alientos tibios cuando un vaivén les aproximaba más. A intervalos, el cigarro de Máximo reavivábase y manchaba de rojo la sombra, lanzando rosados relámpagos so-

bre el rostro de Renata, quien á la luz del rápido fulgor, estaba tan encantadora, que llamó la atención de su hijastro.

—¡Oh!—dijo éste.—Estás muy bonita esta noche, mamá. Veamos un momento.

Aproximó su cigarro y dió algunas chupadas. Renata, sumida en su rincón vióse iluminada por una luz cálida y extraña.

Había levantado un poco su capuchón, y su cabeza, cubierta de ricitos y adornada con una sencilla cinta azul, parecía la de un chiquillo saliendo de la amplia blusa de seda negra cerrada hasta arriba. Sonreía Renata al verse mirada de aquel modo á la luz de un cigarro, y volvía la cara en tanto que Máximo añadía con tono de cómica gravedad:

—¡Diantre! será preciso que te vigile, si quiero volverte á mi padre sin detrimento.

El carruaje, en tanto, daba la vuelta á la Magdalena, internándose por los bulevares, donde se llenó de luces fugitivas y reflejos de las tiendas.

Blanca Muller vivía allí cerca, en una de las casas nuevas, construídas sobre los terrenos levantados en la calle Basse du Rempart. No eran más que las diez, y en la puerta se veían pocos coches. Máximo quiso hacer tiempo dando una vuelta por los bulevares, pero Renata, impa-

ciente, se opuso. Habíase puesto la careta y subieron del brazo. Husmeó la joven todas las habitaciones levantando todos los portiers, examinando todos los muebles, y hubiera llegado á abrir todos los cajones, si el temor de que la viesan no se lo hubiera impedido.

En la habitación de Blanca se olía á la legua el fausto bohemio de la gente de teatro. Allí, sobre todo, fué donde Renata se detuvo, haciendo que su compañero anduviese despacio para no perder ningún detalle. Llamó su atención, especialmente, el gabinete-tocador, abierto de par en par. Lo encontró vulgar y algo sucio, con la alfombra sembrada de quemaduras producidas por las puntas de cigarro. Las colgaduras de seda blanca estaban manchadas de jabón y de pomadas.

Después de inspeccionar las habitaciones y apuntar en su memoria los menores detalles, pasó á las personas. Conocía al sexo fuerte. Eran los mismos políticos, banqueros y vivedores que concurrían á todas partes, creyéndose un momento en su propia casa. Al examinar á las mujeres, no se desvaneció por completo la ilusión: Laura de Auriguy iba de amarillo como Susana Haffner, y Blanca Muller, llevaba un traje blanco, tan descotada que se la veía hasta media espalda, como Adelina de Espanet.

Sentada en un confidente al lado de Máximo,

descansaron un momento, él muy aburrido, y ella preguntándole sin cesar los nombres de aquellas mujeres, á quienes despojaba con la vista de sus trajes vistosos. Entretenida en tan grave ocupación, aprovechó Máximo la oportunidad, y obedeciendo á las señas que le hacía Laura de Aurigny; escapóse del lado de su madrastra, y se acercó á su amante, quien, después de embromarle con la señora que acompañaba, le hizo prometer que se reuniría con ellas, á la una, en el Café Inglés.

—Estará tu padre,—añadió al tiempo que Máximo se reunía con Renata.

Se hallaba ésta rodeada de un grupo de mujeres que reían muy fuerte, en tanto que el señor de Saffré, aprovechando la ausencia de Máximo, se había sentado á su lado y la dirigía cumplidos de cochero.

Renata, aturdida y fatigada, se levantó entonces diciendo á Máximo:

—Vámonos en seguida. Estas gentes son muy bestias.

Al salir tropezaron con el señor de Mussy, que entraba. Sin fijarse en la mujer enmascarada que acompañaba el joven, le dijo:

—¡Ay, amigo mío! No me recibe, dígala usted que me ha visto llorar por ella.

—Cumpliré el encargo,—dijo Máximo sonriendo.

Y ya en la escalera, añadió:

—Vamos, mamá, ¿no te ha conocido ese pobre muchacho?

Renata no contestó. Eran escasamente las doce y el bñevar estaba aún animado.

—¿Pero nos vamos á meter en casa?—murmuró con acento de disgusto.

—Si quieres que paseemos un rato más en coche...

Renata aceptó. Todas sus esperanzas de mujer curiosa se habían desvanecido, y se desesperaba al verse con una ilusión menos y un principio de jaqueca. Habíase figurado que un baile de actrices sería muy divertido. Como suele ocurrir en los últimos días de Octubre, hacía un tiempo que, más que de otoño, parecía de primavera. Era la noche templada, y algunas ráfagas de aire fresco daban mayor encanto al ambiente.

Renata, abstraída en vagos pensamientos, se había puesto muy seria. Aquella ancha acera barrida por los vestidos de las muchachas, y en la que las botas de los hombres sonaban con familiaridad extraña, despertaba sus deseos dormidos, la hacía olvidar aquel baile ridículo para dejarla soñar en goces más delicados.

En las ventanas de los gabinetes de Brebant, vislumbró sombras de mujeres, y Máximo la refirió una historia escandalosa de un marido burla-

do que había sorprendido también tras de una cortina la sombra de su mujer en flagrante delito con un amante. La joven apenas le escucha, y Máximo, recobrando su buen humor, concluyó por tomarle las manos y embromarla con el pobre señor de Mussy.

Cuando volvieron á pasar por frente á Brebant, dijo Renata de pronto:

—El señor de Saffré me ha invitado á cenar esta noche...

—¡Ah! hubieras comido mal,—contestó Máximo riendo.—Es un mal *gourmet*. Aún le gusta la ensalada de cangrejo.

—No; me hablaba de ostras y perdices escabechadas; pero me ha tuteado y eso me disgustó.

Calló Renata, y después de echar una mirada al bulevar, añadió:

—Lo peor es que tengo un apetito atroz.

—¿Apetito? Pues la cosa es bien sencilla, vamos á cenar juntos; ¿quieres?

El joven dijo esto con naturalidad; Renata empezó por rehusar, recordando que Celeste la tenía preparada una colación en el hotel. Mientras Máximo, no queriendo ir al Café Inglés, había hecho parar el coche á la esquina de la calle de Pellelier, delante del restaurant del café Riche.

Apeóse el joven, y viendo que su madrastra dudaba aún, dijo:

—Mira, si tienes miedo que te comprometa, dílo francamente... Subiré al pescante con el cochero y te llevaré al lado de tu marido.

Renata se sonrió y bajó del carruaje, haciendo remilgos como un pájaro que teme mojarse las patitas. Estaba sin embargo muy contenta, y aquella acera que sentía bajo sus pies y que abrasaba sus talones, comunicaba á su piel cierta sensación de miedo y de capricho satisfecho. Ahora su escapatoria tomaba todos los caracteres de una aventura, y no sentía haber rehusado la invitación de Saffré.

Subió Máximo la escalera muy deprisa, como si entrara en su casa, siguiéndole Renata algo fatigada. Sentíanse ligeros olores de pescados y carnes asadas, y la alfombra de la escalera dejaba escapar un olor especial á polvos aromáticos que aumentaban la extraña sensación.

Llegados al entresuelo, un camarero de digno aspecto se arrimó á la pared para dejarles paso.

—Carlos,—le dijo Máximo,—nos vas á servir tú, ¿verdad? Danos el salón blanco.

Inclinóse el mozo, volvió á subir algunos escalones y abrió la puerta de un gabinete, cuyos mecheros de gas estaban á media luz, pareciéndole á Renata que penetraba en la penumbra de un lugar mágico y sospechoso.

Por la ventana abierta de par en par entraba

el ruido incesante del rodar de los coches, y sobre el techo, á los reflejos del café que había debajo, se dibujaban y se veían pasar rápidamente las sombras de los transeúntes.

El camarero dió toda la luz á los mecheros, y las sombras del techo se borraron, llenándose el gabinete de viva claridad, que iluminó de lleno la cabeza de Renata.

Había echado ésta hacia atrás su capuchón, y contrariada por el modo con que la miraba el mozo, púsose á pasear, mientras aquel entornando los ojos para verla mejor, parecía pensar: «A ésta no la conocía yo todavía.»

—¿Qué serviremos al señor?—preguntó en voz alta.

Máximo, se dirigió á Renata:

—La cena del señor de Saffré ¿verdad?—dijo,—ostras, una perdiz...

Y viendo sonreír al joven, Carlos le imitó discretamente, murmurando:

—Entonces, la cena del miércoles, si usted gusta...

—¿La cena del miércoles?—repuso Máximo.

Y luego, recordando, añadió:

—Sí, me es igual, danos la cena del miércoles.

Después que salió el camarero, tomó Renata un lente y comenzó á examinar el saloncito. Era una

pieza cuadrada, adornada de blanco y oro, y amueblada con la coquetería de un tocador. Además de las mesas y de las sillas había un mueble bajo, una especie de consola para colocar el servicio, y un ancho diván, un verdadero lecho, colocado entre la ventana y la chimenea.

Adornaban la chimenea de mármol blanco un reloj y dos candelabros Luis XVI, pero lo más curioso era el espejo bajo y ancho, que las señoras con sus diamantes, habían llenado de nombres, fechas, versos, pensamientos y admirables confesiones. Renata creyó leer allí una indecencia y no se atrevió á continuar.

Miró el diván, y sintiendo ante él nueva confusión, á fin de serenarse, afectó contemplar el techo y la lámpara de bronce dorado con cinco mecheros. Después, preguntó á Máximo:

—¿Qué es esa cena del miércoles?

—¡Ah! una apuesta que ha perdido uno de mis amigos.

En otra parte la hubiera contado sin vacilar, que aquello significaba que había cenado el miércoles con una mujer encontrada en el bulevar, pero desde que había entrado en el gabinete trataba instintivamente á Renata como á una mujer á quien es preciso agradar y evitarle los celos. Ella, por su parte, no insistió, y se dirigió á la ventana, yendo Máximo á asomarse con ella. Detrás

de ellos, Carlos, entraba y salía con ruido de vajilla y plata.

En el bulevar se agitaba París, prolongando el día antes de decidirse á buscar el lecho.

Las hileras de árboles delineaban confusamente las aceras y la vaga obscuridad del arroyo, por donde pasaban rápidamente los carruajes. Los kioskos de los vendedores de periódicos brillaban de trecho en trecho, como enormes faroles venecianos, grandes, pintarrajeados, puestos simétricamente á los extremos del bulevar. Perdíanse las aceras de vista sin la más ligera sombra, bajo una lluvia de rayos que las iluminaba con polvo de oro, semejante á la tibia y resplandeciente luz del sol.

Máximo mostró á Renata enfrente de ellos, el Café Inglés, cuyas ventanas estaban iluminadas, y como las ramas de los árboles les molestaban para ver las casas y la acera de enfrente, inclináronse sobre la ventana y miraron hacia abajo.

Era aquello un vaiven continuo. Los transeuntes circulaban en grupos, las mujeres de dos en dos, levantando sus faldas con lánguido ademán, lanzaban á alrededor miradas perezosas y risueñas. El café Riche, bajo la misma ventana, ostentaba sus mesas á la luz de las lámparas, cuyo resplandor alcanzaba hasta mitad de la calle, y en el centro de aquel foco ardiente era donde más

se destacaban aquellos rostros y aquellas figuras que desfilaban.

Alrededor de las redondas mesas, bebían las mujeres mezcladas con los hombres. Vestían trajes llamativos, llevaban la cabeza descubierta y hablaban en voz alta. Renata se fijó en una que estaba sola, vestida con un traje azul muy vivo. Bebía á sorbos un bock de cerveza y tenía todo el aire paciente y resignado de quien espera.

Y en tanto aquel desfile interminable siempre el mismo, volvía á pasar con pasmosa regularidad, en medio de los resplandores más vivos atravesando los trechos oscuros, en el mágico tumulto de aquellas mil llamas inquietas, que, como un oleaje, salían de las tiendas, de los kioskos, corrían sobre las fachadas en forma de letras, de dibujos de fuego, llenando la sombra de estrellas.

El ruido ensordecedor subía como un ronquido prolongado y monótono, como notas de órgano que acompañan á la procesión automática de unos muñecos. Renata había creído por un momento que algo anormal ocurría en la calle. Un grupo de gente se dirigía hacia la izquierda, un poco más allá del Pasaje de la Opera, pero tomando su lente, reconoció el despacho de los ómnibus. Había allí mucha gente en la acera, de pie, esperando y precipitándose cuando llegaba un coche.

Se oía la voz ruda del acomodador llamando los números, y los sonidos del timbre llegaban hasta allí claramente. Atraían también las miradas de Renata los anuncios de un kiosko, pintados con colores chillones, que representaban un diablo de burlesca expresión, de cuyo significado no pudo darse cuenta.

El ómnibus de Batignolles pasaba cada cinco minutos, con sus faroles encarnados y su caja amarilla, haciendo temblar las casas con su ruido.

— ¡Ah! — exclamó Renata — ¿qué tranquilamente duerme á estas horas el Parque Monceaux?

Esta fué la única frase que pronunció. Continuaron allí silenciosos veinte minutos, entregados al aturdimiento de los ruidos y las luces.

Después, puesta ya la mesa, se sentaron á ella, y notando Máximo que molestaba á Renata la presencia del mozo, le despidió.

— Déjmos. Ya llamaré para los postres.

La joven tenía las mejillas encendidas y sus ojos brillaban como si acabase de correr, pintándose en su rostro algo de la animación del bulvar. Y como su compañero quisiera cerrar la ventana, opúsose á ello, exclamando al ver que Máximo se quejaba del ruido:

— Eso nos servirá de orquesta. Verás que bien acompaña á nuestras ostras y á nuestra perdiz.

Sentíase rejuvenecida con aquella escapatoria. Sus movimientos eran febriles, rápidos, y aquel gabinete, aquel barullo de la calle, la animaban y la daban el aspecto de una muchacha.

Como Máximo no tuviera apetito, la veía devorar á ella sonriendo.

— Diantre, — murmuró, — hubieras hecho una buena compañera de cenas.

Renata se detuvo, enojada de comer tan deprisa.

— ¿Tengo hambre, verdad? ¿qué quiere? El tiempo que hemos perdido en ese estúpido baile ha debilitado mi estómago. ¡Ah! ¡Pobre Máximo! Te compadezco al ver entre qué clase de gentes vives.

— Ya sabes, — dijo el joven — que te he ofrecido dejar á Silvia y á Laura de Aurigny, el día que tus amigas se decidan á venir á cenar conmigo.

— Tienes razón, — contestó Renata. — Nosotros nos divertimos de otro modo que esas mujeres, confésalo... Si alguna de nosotras agobiásemos á un amante, como tu Silvia y tu Laura deben agobiaros, te aseguro que no le duraría á la buena mujer su amante una semana... Y tú no quieres hacerme caso. Prueba algún día.

Máximo, para no llamar al camarero, se levantó, retiró las ostras y acercó la perdiz que estaba sobre el aparador, y luego de pie, con su serville-

ta al brazo, servía á Renata con cómica solicitud, diciéndola:

—¿Qué te ha podido decir el señor de Saffré para enojarte tanto? ¿Te ha encontrado fea?

—¡Ah!—contestó la joven,—es un indecente. Nunca hubiese creído que un señor tan distinguido, tan cortés cuando está en mi casa, usara tal lenguaje. Pero le perdono. Lo que más me ha atacado á los nervios han sido las mujeres; parecían verduleras. Una sobre todo, se quejaba de un divieso que tiene en la cadera, y á poco se levanta las faldas para enseñárselo á todo el mundo.

Máximo reía á carcajadas.

—Te aseguro,—continuó Renata,—que no les comprendo. Son necias y estúpidas. ¡Y pensar que cuando yo te veía ir á casa de tu Silvia, me figuraba cosas prodigiosas, festines deliciosos, y voluptuosidades extraordinarias! Y ahora salimos con un tocador sucio y un salón lleno de mujeres que juran como carreteros. ¡Para eso, no vale la pena de ser mala!

Máximo quiso contestar, pero Renata impuso silencio y sujetando con la punta de los dedos un hueso de perdiz que roía delicadamente, añadió en voz más baja:

—Sí, el ser mala debe producir algún placer exquisito, querido mío... Yo, que soy una mujer honrada, cuando me aburro y cometo el pecado

de soñar lo imposible, estoy segura de encontrar cosas mucho más deliciosas que Blanca Muller.

Y con grave entonación terminó con esta frase de cándido cinismo:

—Todo es cuestión de educación ¿comprendes?

Continuaba el ruido de los coches, sin que se oyera ninguna nota más fuerte. Renata veíase obligada á levantar la voz para dejarse oír y los colores de sus mejillas aumentaban.

Quedaban aun sobre el aparador trufas, un segundo plato azucarado y espárragos, cosa rara en aquella estación. Máximo aproximó todo para no tener que volver á levantarse, y como la mesa era algo estrecha, colocó al lado, en el suelo, un cubo de plata lleno de hielo, en el cual había una botella de champagne. El buen apetito de la joven acabó por excitar el suyo, comió, y vaciaron la botella de champagne, desahogando después sus corazones en mutuas confidencias.

El ruido del bulevar había disminuido, pero á Renata, por el contrario, creíale que aumentaba y que todos los rumores se agitaban dentro de su cabeza.

Cuando llamaron para los postres, ella se levantó y sacudiendo su larga blusa de seda, para dejar caer las migajas, exclamó:

—Vaya, ya sabes que puedes fumar.

Sintiéndose algo aturdida, se dirigió á la ventana.

—Mira,—dijo volviéndose hacia Máximo,—el ruido va cesando.

Los carruajes pasaban en menor número, y á los lados á lo largo de las aceras, extendíanse grandes sombras delante de las tiendas que se habían cerrado. Desde la calle de Dronot á la de Helder distinguíase una larga fila de claros y oscuros á través de los cuales surgían y se desvanecían las siluetas de los últimos transeúntes. Las mujeres, sobre todo, adquirían el aspecto de apariciones sucesivamente iluminadas y oscurecidas por los resplandores de los cafés, abiertos todavía. Los kioskos parecían en la obscuridad manchas más sombrías.

De vez en cuando veíase pasar una turba de gente, que salía de algún teatro, pero bien pronto reinaba el silencio, y sólo pasaban bajo la ventana grupos de dos ó tres hombres, á los que asaltaba alguna mujer. Discutían algunos momentos y la muchacha generalmente se marchaba cogida del brazo de alguno de los hombres. Otras mujeres entraban de café en café, daban la vuelta alrededor de las mesas, recogían el azúcar olvidado y miraban descaradamente á los consumidores rezagados.

En la esquina de la acera, reconoció Renata á

la mujer vestida de azul, de pie, volviendo la cabeza y siempre en acecho.

Cuando Máximo se aproximó á la ventana, sonrió al ver entreabierta una de las del café Inglés, pensando que su padre estaba cenando allí, pero aquella noche sentía un pudor extraño que contenía sus bromas.

Renata dejó su observatorio. La luz de la lámpara la hizo entornar los párpados. Estaba algo pálida y sentía ligeras contracciones nerviosas en la comisura de los labios. Entre tanto Carlos, preparaba los postres entrando y saliendo con su empaque respetable.

—No quiero comer más,—exclamó Renata,—pueden llevarse esos platos y servirnos el café.

El mozo, acostumbrado á los caprichos de sus parroquianas, retiró los postres y sirvió el café. Llenaba todo el saloncito con su importancia.

—Despídelo,—dijo en voz baja la joven, cuyo corazón latía con violencia.

Apenas había salido, volvió otra vez para correr las grandes cortinas con ademán discreto. Cuando por fin se hubo retirado, dijo Máximo dirigiéndose á la puerta:

—Verás como nos deja en paz.

Y corrió el cerrojo.

—Bien,—añadió Renata,—así estaremos como en nuestra casa.

Empezó la charla nuevamente, y Renata que bebía su café á sorbitos, permitióse tomar además una copita de Chartreuse. La estancia estaba sofocante y se llenaba de humo. La joven se puso de codos sobre la mesa y apoyó la barba entre sus puños medio cerrados. Bajo la influencia de aquella ligera contracción, su boca se hacía más pequeña y sus ojos más achicados. Parecía así su carita más encantadora bajo los ricitos dorados que ya entonces descendían hasta sus cejas. Máximo la contemplaba á través del humo de su cigarro, hallándola muy original.

Había momentos en que no estaba seguro de su sexo; la gran arruga que cruzaba su frente, sus labios, su indeciso mirar de miope, la daban un aspecto varonil, con su blusa cerrada hasta arriba, que apenas dejaba ver una línea de su cuello. Dejábase mirar sonriendo sin moverse, con la mirada vaga é indecisa.

Luego, despertando bruscamente, fué hacia el espejo. Apoyó las manos en la chimenea y comenzó á leer aquellas firmas y aquellas frases atrevidas que tanto la habían impresionado antes de la ceña. Deletreaba las sílabas, reía y seguía leyendo como un colegial que repasa su libro.

—«Clara y Ernesto»,—decía,—y hay un corazón debajo que parece un embudo... ¡Vaya esto es mejor. «Me gustan los hombres, porque me

gustan las trufas», firmado «Laura». Dí, Máximo, ¿es la de Aurigny la que ha escrito esto? Además veo aquí, á lo que parece, las armas de algunas de estas señoras: una señorita fumando en una enorme pipa... Y todo el calendario.—Victor, Alejandro, Amalia, Margarita, Eduardo, Luisa, Renata... ¡Una que se llama como yo!

Máximo veía por el espejo su ardiente cabeza. Renata se empinaba para leer mejor y su dominó tendiéndose por la espalda, delineaba el contorno de sus caderas. El joven seguía con la vista el contorno y se levantó tirando el cigarro. Sentía cierto malestar: le faltaba, sin duda algo acostumbrado.

—¡Ah! mira aquí tu nombre, Máximo,—exclamó Renata,—mira «Amo...»

El joven, sentado en el extremo del diván, casi á los pies de ella, logró cogerla las manos con un rápido movimiento, y la separó del espejo, diciéndola con singular acento:

—No leas eso...

Renata luchaba para desprenderse, riendo nerviosamente.

—¿Por qué? ¿No soy acaso tu confidente?

—No, esta noche no.

No la soltaba, y Renata daba ligeras sacudidas para desprenderse. Mirábanse de un modo que no hubieran sospechado, con sonrisa algo contraída

y vergonzosa. La joven cayó de rodillas sobre el borde del diván, y al ver que él la cogía en sus brazos, le dijo con forzada y débil sonrisa:

—Vamos, suéltame, me haces daño.

Aquel fué el único murmullo de sus labios. En medio del profundo silencio del gabinete, donde el gas parecía brillar más vivo, sintió oscilar el piso y oyó el ruido del ómnibus de Batignolles, que volvía sin duda la esquina de la calle... Y todo había concluido. Cuando se volvieron á mirar al lado uno del otro, sentados en el diván, baluceó Máximo, en medio del mismo malestar que les agobiaba:

—¡Bah! Esto había de suceder un día ú otro...

Renata no hablaba.

Contemplaba con semblante alterado las flores de la alfombra.

—¿Pensabas tú acaso en lo que ha sucedido?— continuó Máximo baluceando más que hablando.

—Yo, per mi parte, ni remotamente... Debí desconfiar de este gabinete...

Pero ella, con acento profundo, y como si toda la honradez de los Berand Du Chatel hubiese despertado en medio de su falta, murmuró desimpresionada ya y con el rostro ajado y serio:

—Lo que acabamos de hacer es infame.

No podía respirar. Dirigióse á la ventana, descubrió las cortinas y se apoyó de codos en el alféizar.

El ruido de la calle había cesado; la falta se había cometido entre el último acorde del bulevar y el lejano ruinar de los coches.

Bajo la ventana, el café Riche, está cerrado; ni una ráfaga de luz se deslizaba á través de los resquicios de sus puertas.

Al otro lado, brillantes resplandores iluminaban la fachada del Café Inglés, escapándose, de una ventana entreabierta, risas amortiguadas.

Renata alzó la cabeza: los árboles destacaban sus ramas superiores sobre un cielo claro, en tanto que la línea irregular de las casas se desvanecía como á orillas de un azulado mar. Aquella franja de cielo la entristecía más, y sólo entre las tinieblas del bulevar encontraba algún consuelo.

Creía sentir que desde la acera subía hasta ella el calor de los pasos de todos aquellos hombres y mujeres; la vergüenza que por allí se había arrastrado, deseos momentáneos, ofrecimientos en voz baja, todo aquello que se evaporaba y pasaba en la niebla, que ya arrastraba el soplo matutino. Inclinada hacia la sombra, respiraba aquel silencio pavoroso, aquel olor de alcoba, como excitante con que le brindaban aquellas profundidades, como una vergüenza y una complicidad repartida. Y cuando su vista fué acostumbrándose á la obscuridad, vislumbro á la mujer del vestido azul,

sola, en medio de aquella lóbrega soledad, de pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose á las vacías tinieblas.

Renata, al volverse, encontró á Carlos que miraba en derredor de sí, como buscando algo. Al fin distinguió la cinta azul de su madrastra, arrugada y caída sobre el diván, y se apresuró á entregarla cortesmente.

Sintió entonces toda su vergüenza, de pie delante del espejo, con las manos temblorosas. Intentó volver á colocarse la cinta, pero su peinado estaba deshecho, y no pudo conseguirlo.

El camarero que acababa de entrar, fué en su auxilio, con la misma naturalidad con que la hubiera podido ofrecer un palillo para los dientes, diciéndole:

—¿Quiere el peine la señora?

—¡No, es inútil!—interrumpió Máximo, mirando al camarero con impaciencia.—Ve á buscarnos un coche.

Renata cubrió su cabeza con el capuchón, y al ir á separarse del espejo, se empujó ligeramente para leer las palabras que el ataque de Máximo la había impedido leer, hallando en dirección del techo, y en caracteres torpes y grandes, esta declaración, firmada por Silvia: «Amo á Máximo.» Se mordió los labios y se cubrió aún más con el capuchón.

Una vez en el coche, sintieron un horrible embarazo. Habíanse colocado en la misma forma que al descender del Parque Monceaux, y no hallaban palabra alguna que dirigirse. El interior del carruaje estaba sumido en la opaca obscuridad, y el cigarro de Máximo no lanzaba ya aquella luz rojiza de brasa encendida.

Perdido el joven nuevamente entre aquellas faldas, «de las que estaba hasta la coronilla», se hallaba molesto, silencioso, ante aquella mujer muda que sentía á su lado, y cuyos ojos se figuraba ver completamente abiertos entre las sombras.

Para parecer menos cortado, acabó por buscar la mano de Renata, y cuando la estrechó, su situación le pareció más tolerable.

Atravesaba el coche la plaza de la Magdalena. Renata pensaba que no era culpable, pues no era ella quien deseó el incesto. Y cuanto más reflexionaba, más incente se veía, en las primeras horas de su escapatoria, en el Parque, en casa de Blanca, y en el mismo gabinete del restaurant.

Entonces, ¿por qué había celado? No lo sabía. Seguramente no había meditado en ello, pues de lo contrario se hubiera defendido enérgicamente. La intención había sido reír, divertirse sencillamente. Y en medio de aquel ruido del carruaje, volvía á escuchar aquella atronadora orquesta del

bulevar, aquel vaivén de hombres y mujeres, en tanto que sentía abrasarse sus ojos por ráfagas de fuego.

Máximo, también meditaba contrariado, enojado por la aventura, echando la culpa de todo al dominó negro. ¿Qué mujer se vestía de aquel modo? ¡Si no se la veía así el cuello! De fijo que no la hubiera tocado ni los dedos, si le hubiese ensañado uno de sus hombros. Entonces habría recordado que era la mujer de su padre.

Finalmente, como no era aficionado á reflexiones desagradables, acabó por disculparse. ¡Después de todo, tanto peor! Procuraría únicamente que no se repitiese.

Desatóse el coche y Máximo bajó el primero para ayudar á Renata. Se dieron la mano como de costumbre, y Renata, por decir algo, y confesando sin querer una preocupación que vagaba en su pensamiento desde la escena del gabinete, preguntó:

—¿Qué significaba aquel peine de que hablaba el camarero?

—¿Aquel peine?... pues no lo sé.

La joven comprendió en seguida. Sin duda en aquel gabinete había un peine, como había un diván, un ce rojo... Y sin aguardar otra explicación, desapareció entre las tinieblas del Parque Mon-

ceaux, creyendo ver tras ella á Silvia y á Laura de Aurigny que la perseguían.

Tenia mucha fiebre y fué preciso que Celeste la acostara y la velase hasta bien de día. Máximo, paseando por el bulevar Malesherbes, meditó un momento para saber si iría á reunirse con la alegre banda del Café Inglés, pero por último, y como un castigo que se impusiera, decidió marcharse á acostar.

Al siguiente día despertóse Renata ya muy avanzada la mañana; después de un sueño profundo y pesado Mandó encender la chimenea y dijo que no pensaba salir de su habitación, la cual era para ella un refugio en las horas de melancolía.

A la hora de almorzar, como no bajase al comedor, su marido la hizo pasar un recado preguntándole si podría hablarla un momento.

No se hallaba muy dispuesta Renata á acceder á los deseos de su esposo, pero recordó que el día anterior le había enviado una factura de Worms, que importaba ciento treinta y seis mil francos, una suma ya respetable, y pensó que sin duda él mismo iba á entregársela galantemente.

Volvió á su memoria el recuerdo de la ligera sacudida experimentada el día anterior; miróse al espejo y vió sus cabellos que Celeste había recogido en grandes trenzas, y después de esta ins-

pección se sentó al lado del fuego, oculta entre los encajes de su peinador.

Las habitaciones de Saccard hacían juego con las de su esposa, y en la *neg igé* en que se hallaba en ellas pasó á las de Renata. Muy de tarde en tarde acaecían semejantes visitas, y cuando ocurrían era para tratar siempre de la cuestión de intereses.

Su aspecto, al presentarse, era el del hombre que no ha dormido; tenía los ojos encendidos y descolorido el rostro.

Acercóse galantemente á su esposa y la besó la mano, sentándose en seguida al lado opuesto de la chimenea.

—¿No te sientes bien, querida mía?—preguntó.

—A eso la jaqueca ¿no es verdad? Perdona que venga á molestarte con todos esos fastidios propios del hombre de negocios, pero se trata de un asunto grave...—añadió, y sacó de uno de sus bolsillos la factura de Worms, cuyo papel satinado reconoció en seguida Renata.

—Ayer me encontré con esta factura en mi despacho—prosiguió diciendo Saccard—y no tienes idea de lo que me molesta, no poderla pagar en este momento.

Y mirando de reojo á su esposa, quiso estudiar el efecto que aquellas palabras le producían. Renata quedó como asombrada; pero como si de

ello no se diera cuenta continuó Saccard, sonriendo:

—Tú sabes que jamás intervengo en tus gastos; pero me es imposible negar que algunos detalles de esta factura me han sorprendido. Aquí tienes en la segunda página: «Un traje de baile: tela setenta francos; hechuras seiscientos; prestado en dinero, cinco mil; agua del Dr. Pierre, seis». Me parece que es un traje de setenta francos, bastante subido de precio... No, no es que te riña... comprendo todo eso perfectamente. Lo que ocurre es que la factura asciende á ciento treinta y seis mil francos, y aunque no me parece exagerada, lo repito, me es imposible pagarla y eso me molesta.

Renata tendió la mano, y con tono despechado que en vano quiso disimular, dijo secamente:

—Bueno; dame la factura. Ya procuraré yo arreglarme.

—Sentiría que no me creyeras—añadió Saccard, á quien le placía que su mujer dudase acerca de sus angustias pecuniarias.—No es que yo diga que mi situación sea difícil en exceso; pero mis negocios no van bien en este momento... Voy á explicarte, si no te molesto, cuál es nuestra verdadera situación; soy depositario de tu dote y debo hablarte con entera franqueza.

Dejó la factura sobre la chimenea, y con las

tenazas comenzó á remover la lumbre. Entretenerse en aquella operación era una estratagemata que había acabado por convertirse en costumbre. Cuando se embarullaba ya fuese hablando de cifras ó de otra cosa, un golpe en las ascuas las desarreglaba, y en seguida se entregaba á la operación de arreglarlas de nuevo. A veces se metía casi dentro de la chimenea para buscar un tizón. Y con la voz sorda y casi perdida conseguía impacientar é interesar á las personas que le escuchaban, hasta que por fin cansados le abandonaban, pero siempre contentos. Hasta en las casas de los demás se apoderaba de las tenazas. En verano recurría á una pluma, á la plegadera, á un cortaplumas, para jugar y entretenerse.

—Te ruego, amiga mía,—dijo dando un golpe que esparramó todo el fuego—que me perdones si me veo precisado á molestarte entrando en todos estos detalles .. Puntualmente te he entregado la renta de la cantidad que me confiaste, y sin intención de molestarte puedo asegurar que he considerado ese dinero como perteneciente á tu bolsillo particular, para tus gastos privados, sin que nunca se me haya ocurrido exigirte la mitad que te corresponde pagar de los gastos comunes de la casa.

Calló una vez dichas estas palabras. Renata sufría, viéndole hacer un agujero en la ceniza para

enterrar un tronco: sin duda llegaba á un punto escabroso.

—He necesitado, debes comprenderlo, hacer que tu dinero produzca una renta considerable: el capital está asegurado, en cuanto á eso no tienes por qué temer .. La suma procedente de tres fincas de la Sologne, una parte se ha invertido en el pago del hotel en que vivimos, y el resto está colocado en un negocio magnífico: *La sociedad general de puertos de Marruecos*... No estamos en el caso de reducir nuestro tren, es verdad; pero quisiera que reconocieses que en muchas ocasiones se censura á los pobres maridos injustamente.

Debía existir un motivo poderoso para que aquella vez no mintiese con igual descaro que de costumbre. Pero de todos modos la verdad era que la dote de Renata, hacia ya mucho tiempo que había desaparecido; seguía figurando en la caja de Saccard como valor nominal, y si bien pagaba intereses fabulosos, en cambio le hubiera sido imposible presentar nada que equivaliese en valores reales al capital primitivo. Contesaba á medias que los quinientos mil francos que habían producido los bienes de Sologne fueron destinados á pagar el primer plazo del hotel y el mobiliario, que en junto venían á costar unos dos millones, de los cuales más de un millón los debía aún al tapicero y al contratista.

—No te reclamo nada—acabó por decir Renata—ya sé que te debo grandes cantidades.

—¡Pero amiga mía!—exclamó el esposo, cogiéndole las manos y reteniendo también las tenazas.—¡Qué idea tan equivocada! . . En una palabra, he sido desgraciado en la Bolsa. Tontín Laroche ha cometido lijezas; Miguón y Charrier son dos imbéciles que para nada sirven, y esa es la razón por qué no puedo pagar esa cuenta. Pero tú no te enfadarás conmigo ¿verdad?

Parecía realmente conmovido. Hundió las tenazas en el fuego produciendo un gran chisporroteo. Renata había notado el desaliento que le dominaba desde hacía algún tiempo; pero no le era posible acertar la verdadera causa. Saccard había necesitado hacer diariamente un esfuerzo. Viviendo en un hotel de dos millones, con un tren de príncipe, muchas mañanas, al levantarse, no tenía en su casa ni mil francos. Sus gastos no disminuían; vivía del crédito, apremiado por los acreedores, que daban al traste con los beneficios enormes que en ocasiones realizaba con ciertos negocios.

Por aquellos días, y en aquel mismo instante, había sociedades que se hundían bajo sus pies; cada vez se abrían nuevos y profundos abismos delante de él, y en la imposibilidad de llenarlos, los vadeaba. Y así proseguía su camino sobre un

terreno falso, en una crisis continua, viéndose obligado á satisfacer cuentas de cincuenta mil francos y dejando al cochero por pagar, y cada vez con mayor aplomo, más majestuoso, vaciando sobre París su caja ya exhausta, y de la cual, no obstante, aún salía aquel río de oro de desconocido y fantástico origen:

Era aquel un momento crítico para los especuladores, y Saccard, digno hijo del Municipio, se había dejado arrastrar por la rapidez en que se deseaba la transformación, y por la embriaguez de placeres y el ansia de despilfarro que dominaba á París. Lo mismo que el Municipio, se encontraba en aquel instante, enfrente de un déficit enorme que trataba de salvar secretamente, sin recurrir á la prudencia, á la economía; á la vida modesta y tranquila. Le era imposible abstenerse de aquel lujo inútil y prefería conservar la miseria real de aquellas calles, de las cuales por la mañana sacaba una fortuna que por la noche despilfarraba. De una en otra aventura ya no le restaba más que las apariencias de la riqueza poseída.

París también, en aquellos días de locura, comprometía su porvenir con la misma imprudencia; y no iba menos erguido y satisfecho á todas las lijezas y á todas las estratagemas financieras. La liquidación amenazaba ser terrible. Los más

pingües negocios se derretían entre las manos de Saccard. Como había confesado, sus pérdidas en la Bolsa eran considerables. Tontin Laroche había estado á punto de comprometer el *Crédito Vitícola*, jugando al alza, y la operación resultó equivocada; afortunadamente, el Gobierno, indirectamente, pudo dar nuevo impulso á la famosa máquina de préstamos, con hipoteca, á los viticultores.

Quebrantado por aquel doble golpe, reñido por su hermano el ministro en vista del peligro que habían corrido los bonos de delegación del Municipio, comprometidos juntamente con el *Crédito Vitícola*, no fué más afortunado Saccard en sus representaciones sobre inmuebles.

Mignón y Charrier habían terminado sus relaciones con él y únicamente les acusaba por la concentrada ira que sentía al haberse equivocado edificando los terrenos que á él le tocaban, mientras que los otros vendieron los suyos realizando una bonita fortuna, en tanto que él se encontraba con unas casas inútiles, que nada le producían, y de las cuales no podía deshacerse sinó perdiendo dinero. Prueba de esto es que vendió en trescientos mil francos un hotel de la calle de la Magaleña, del cual aún debía trescientos ochenta mil. Para esto tuvo que valerse de una treta de las de su especialidad. Véase la clase. Por una habita-

ción cuyo alquiler no valía más de ocho mil francos, exigía diez mil, y el inquilino, escandalizado, se negaba á firmar el contrato, hasta que el propietario accedía á perdonarle el pago de las dos primeras mensualidades, y así el alquiler quedaba reducido á su justo valor, pero en el contrato figuraban diez mil francos, que era lo que él deseaba para realizar su negocio, y cuando encontraba un comprador y capitalizaba la rentas del inmueble, alcanzaba un verdadero cálculo fantasmagórico. Como sus casas no se alquilaran, no pudo usar muchas veces de la treta; había obrado de ligero al edificarlas tan pronto. En invierno, especialmente, no había nadie que se aventurase á ir hasta allí por temor al barro y al frío.

Lo que más le impresionó fué que Mignón y Charrier le comprasen el hotel del bulevar Malesherbes cuya construcción él no pudo terminar. Los contratistas entraron en deseos de vivir en su bulevar, como ellos decían, y habiendo vendido los terrenos que les correspondían, adivinaron el apuro de su antiguo compañero y realizaron un bonito negocio quedándose el solar, en medio del cual se levantaba el hotel hasta el primer piso. Dijeron que hubieran preferido el solar limpio para poder edificar en él á su gusto, aprendiendo como cascote inútil aquellos sól dos cimientos de piedra tallada y tan buenas razones emplearon,

que Saccard tuvo que venderles el solar, perdiendo todo el dinero que allí había gastado. No contentos con esto, los contratistas se negaron á pagarle á doscientos cincuenta francos el metro, cantidad en que había sido valorado al verificarse la distribución, y le escatimaron veinticinco francos por metro, al igual que hacen los comerciantes sin conciencia, ofreciendo cuatro francos por un objeto que ellos mismos han vendido el día antes por cinco. Saccard pasó por todo, y dos días después tuvo el disgusto de ver una legión de albañiles invadir la obra y continuar edificando sobre aquellos «c scotes inútiles».

Cuando más embro lados estaban sus asuntos, tanto mejor disimulaba el disgusto delante de su mujer. Era incapaz de confesarse por sólo el amor á la verdad.

—Pero dime,—exclamó Renata con la duda retratada en el semblante,—si tan apurado estabas, ¿por qué me has comprado el collar y la diadema, que, según creo, te han costado sesenta mil francos?... Esas joyas no me hacen falta, y te ruego que me autorices para deshacerme de ellas, con objeto de dar á Worms algo á cuenta.

—¿Te guardarás de hacer tal!—dijo Saccard con tono inquieto.—Si mañana en el baile del Ministerio no te vieses puestas esas joyas, se harían suposiciones, no muy favorables acerca de mi fortuna.

Aquella mañana estaba, hasta cierto punto, de buen humor, pues acabó por sonreír.

—Nosotros, los hombres de negocios,—dijo guiñando los ojos,—somos como las mujeres bonitas; tenemos también nuestras marrullerías... Así pues, conserva ese collar y esa diadema en prueba de mi amor.

No podía en verdad contar la historia, que era verdaderamente graciosa, aunque un tanto arriesgada. Al final de una cena, Saccard y Laura de Aurigny celebraron un tratado de alianza; Laura estaba acribillada de deudas, y no pensaba más que en encontrar un joven que quisiera llevar a á Londres. Por su parte, Saccard, sintiendo que la tierra se hundía bajo sus pies, torturaba su imaginación, y buscaba un expediente que le hiciese aparecer ante el público como un Creso. La aventurera y el especulador se entendieron en medio de la embriaguez de los postres; á él se le ocurrió aquella venta de diamantes, que acudir á todo París, y en la que compró algunas joyas para su mujer con grande ostentación. Después con los cuatrocientos mil francos que aproximadamente produjo aquella venta, pudo hacer callar á los acreedores de Laura, y á él le produjo el negocio unos sesenta y cinco mil francos.

Cuando se le vió liquidar la situación de la de Aurigny, pasó por su amante, creyéndose que ha-

bía pagado todas sus deudas y que hacía locuras por ella. Su crédito se rehizo de un modo formidable, y todas las manos se tendían hacia él. En la Bolsa no se hablaba de otra cosa, y al aparecer él se hacían alusiones á su pasión y esto le deleitaba. Mientras tanto, Laura de Aurigny, en cuya casa Saccard no pasó ni una sola noche, finía engañarle con ocho ó diez imbéciles, engolosinados con la idea de pegársela á un hombre tan poderoso, y hacía el gran negocio, pues en un mes reunió dos mobiliarios y más diamantes de los que había vendido Saccard, al salir de la Bolsa. Iba todas las tardes á fumar un cigarro á casa de la que pasaba por su querida, y frecuentemente visumbraaba algún faldón de levita, que huía espantado; pero al quedarse solos, no podían mirarse sin reirse, y la daba besos en la frente, como á una muchacha maliciosa, cuyas picardías le entusiasmasen. Nunca la daba dinero, y aún hubo ocasiones en que ella le prestaba alguna cantidad para deudas del juego.

Renata insistió, hablando al menos de empeñar las joyas, pero su marido la convenció de que aquello era imposible, pues al día siguiente, todo París esperaba verlas. Entonces la joven, á quien la factura de Worms causaba inquietud, buscó otra solución.

—Pero,—exclamó de repente,—mi negocio de

Charonne va bien ¿no es verdad? Recuerdo que el otro día me decías que los beneficios serían soberbios... Quizás Sansonneau me adelante los ciento treinta y seis mil francos.

Hacia un momento que Saccard olvidaba las tenazas entre sus piernas. De pronto las volvió á coger, se inclinó y casi desapareció en la chimenea, donde la joven le oyó decir sordamente:

—Sí, sí, quizás Sansonneau quiera...

Por último Renata vino á parar á donde su marido quería conducirla desde el principio de la conversación. Desde hacía dos años preparaba Saccard un negocio sobre Charonne. Renata no había querido jamás deshacerse de los bienes de su tía Isabel, jurando á ésta que irían á parar íntegros á sus hijos, caso de tenerlos. Saccard no se descorazonó y trabajó en su imaginación aquel proyecto, que constituía la obra de un bandido consumado, una estafa colosal de la que habían de ser víctimas el Ayuntamiento, el Estado, su mujer y hasta el mismo Sansonneau. No habló ya más de vender los terrenos, limiándose á lamentarse diariamente de la tonturía que era el dejarlos casi improductivos y contentarse con una renta del dos por ciento. Renata, á quien siempre faltaba el dinero, acabó por aceptar la idea de un negocio cualquiera. Aristides basó su operación sobre la certidumbre de una próxima especula-

ción con motivo de la apertura del bulevar *du Prince Eugene*, cuyo trazado aún no estaba bien determinado, y entonces fué cuando decidió aprovecharse de su antiguo cómplice Sansonneau, presentándole como un asociado que realizó con su mujer un convenio sobre las bases siguientes: Renata aportaba los terrenos representando un valor de quinientos mil francos; por su parte Sansonneau se comprometía á edificar sobre aquellos terrenos, por una suma igual, una sala de café cantante, con un gran jardín, en el que se instalarían juegos de todas clases, columpios, juegos de billar, de bolos, etc. Las ganancias y las pérdidas que hubiera serían á medias. En el caso de que uno de los asociados quisiera dejar el negocio podría hacerlo, retirando su parte, que sería apreciada por los peritos que interviniesen. Renata quedó sorprendida de que el valor de los terrenos se fijase en quinientos mil francos, cuando á lo sumo valían trescientos mil, pero Saccard la hizo comprender que aquello era una manera hábil de hacerse soyó á Sansonneau, cuyas edificaciones no valdrían jamás aquella suma.

Sansonneau se había convertido en un vividor elegante, y llevaba siempre guantes, camisas resplandecientes y corbatas maravillosas. Tenía para despachar sus asuntos un tilburi, ligero como una pluma, de asiento muy elevado y que él mismo

guiaba. Había instalado sus oficinas en la calle de Rivoli y constituían una serie de habitaciones lujosamente amuebladas, en las que no se veía un legajo ni una carpeta. Sus empleados escribían sobre mesas de peral barnizado y pintado de negro, taraceadas y con adornos de bronce cincelados.

Se decía agente de expropiaciones, nueva profesión que los trabajos que entonces se realizaban habían creado. Mantenía constantes relaciones con el Ayuntamiento, que le informaban con anticipación de las nuevas vías proyectadas, y cuando conseguía que algún agente le comunicase el trazado de un bulevar, iba á visitar á los propietarios amenazados de expropiación, ofreciéndoles sus servicios, haciendo valer sus artimañas para aumentar la indemnización y gestionando antes de que se hubiese publicado, el decreto de utilidad pública.

Tan pronto como el propietario aceptaba sus ofrecimientos, tomaba Sansonneau á su cargo todos los gastos, levantaba el plano de la propiedad, escribía una memoria, llevaba el asunto á los tribunales y pagaba un abogado mediante cierto tanto por ciento sobre la diferencia entre la oferta del Ayuntamiento y la indemnización concedida por el jurado. Aquella industria, que denotaba una gran inteligencia en quien la ejercía daba lu-

gar á otros muchos negocios; prestaba con un crecido interés, y no era el usurero de la antigua escuela, andrajoso, necio, de pálidos y mudos ojos que parecían de metal, de labios descoloridos y apretados como los cordones de una bolsa; por el contrario, sonreía, tenía mira las encantadoras, vestía en casa de Dusanto y almorzaba en el restaurant de Brébant con su víctima, á quien llamaba «querido amigo» ofreciéndole habanos á los postres. En el fondo, dentro de aquellos apretados chalecos que le oprimían la cintura, Sansonneau era un hombre terrible que hubiera perseguido el cobro de un recibo hasta ocasionar el suicidio de su deudor, sin que por eso dejase de ser amable ni un solo momento.

Saccard hubiera buscado de buena gana otro asociado, pero como no estaba muy tranquilo á causa del inventario falso que Sansonneau poseía, prefirió meterle en el negocio, con la esperanza de aprovechar alguna circunstancia favorable para apoderarse de aquel documento comprometedor. Sansonneau construyó el café cantante, edificio compuesto de tablas y cascotes, coronado de campanillas de hierro, y lo hizo pintar de amarillo y encarnado. El jardín y los juegos alcanzaron algún éxito en el popular barrio de Charonne, y al cabo de dos años la especulación parecía prosperar, aunque es verdad que los beneficios eran

reducidos. Hasta entonces Saccard había hablado siempre con entusiasmo á su mujer del porvenir que tan feliz idea ofrecía, porvenir que no debía ser muy lejano.

Renata observó que su marido no salió de la chimenea, y que su voz cada vez se apagaba más.

—Hoy mismo iré á ver á Sansonneau,—dijo,— es el único recuerdo que me queda.

Entonces Aristides, dejando caer el áscua, que tanto pareció preocuparle, contestó sonriendo:

—Ya está hecho, querida... ¿No sabes que yo me anticipo á tus deseos?... Ayer tarde vi á Sansonneau.

—¿Y te prometió los ciento treinta y seis mil francos?—preguntó ansiosamente la joven.

Saccard parecía en aquel momento muy ocupado, formando entre los dos troncos un montoncillo de áscuas, que iba recogiendo pacientemente con las tenazas, y miraba con la satisfacción que el artista contempla su obra, como se iba elevando poco á poco aquel promontorio.

—¡Eres muy impaciente!... Ciento treinta y seis mil francos son una cantidad importante. Sansonneau es un buen muchacho, pero su caja no responde á sus buenos deseos. No obstante hará por tí cuanto pueda...

Hablaba calurosamente, guiñando los ojos y

amontonando de nuevo las áscuas que se habían derrumbado.

Aún á su pesar, Renata seguía las maniobras de su marido, sus ideas empezaban á turbarse, y estuvo varias veces tentada de aconsejarle, viendo su gran torpeza. Por fin, olvidando todas sus preocupaciones, no pudo contenerse, y dijo:

—Coloca debajo el tronco grande, y entonces los demás se sostendrán.

Saccard la obedeció dócilmente, y como si continuase en voz alta un discurso mental, dijo:

—Por ahora no dispone más que de cincuenta mil francos. Después de todo es una buena cantidad para darla á cuenta... Únicamente que no quere mezclar este negocio con el de Charonne. Porque él no es más que un intermediario ¿comprendes? El dinero no es suyo, y la persona que lo presta pide intereses enormes. Quiere un pagaré de ochenta mil francos á seis meses fecha.

Mientras hablaba no había abandonado su obra, que por fin quedó terminada, coronándola con una áscua puntiagu la. Cruzó las manos sobre las tenazas, y se quedó mirando atentamente á su mujer.

—¡Ochenta mil francos!—exclamó Renata;—pero ¿no es un robo!... ¿Serías tú capaz de aconsejarme semejante enormidad?

—No,—contestó sencillamente Saccard.—Pero

si tanto necesitas el dinero, tampoco te impediré que lo hagas.

Y se levantó como para marcharse. Renata miró con cruel indecisión á su marido y á la factura que dejaba encima de la chimenea, y concluyó por cogerse la cabeza entre las manos, murmurando:

—¡Oh, malditos negocios!... Hoy tengo la cabeza destrozada... firmaré el pagaré de ochenta mil francos. Me pondría mala si no lo hiciese así; me conozco y pasaría el día en una lucha espantosa. Es preferible hacer las tonterías sin pensarlas: esto me alivia.

Iba á llamar para que fuesen á buscarle papel sellado, pero Saccard se ofreció á ir él mismo. Sin duda llevaba ya prevenido el papel en el bolsillo, pues apenas si tardó dos minutos.

Mientras Renata escribía en una mesita que él había acercado junto á la chimenea, su marido la contemplaba con ojos brillantados por el deseo. En la habitación hacía mucho calor, y estaba impregnada todavía con el ambiente del lecho de la joven y con los olores de su primer tocado. Distráida, charlando, había dejado caer las vueltas del peinador que la envolvía, y la mirada de su marido, de pie delante de ella, se deslizaba por entre sus cabellos de oro hasta las blancuras de su cuello y seno, sonriendo con singular expre-

sión. Aquel ardiente fuego que había abrasado su cara, aquel cerrado gabinete, cuya pesada atmósfera respiraba cierto ambiente amoroso, aquellos amarillos cabellos y aquella blanca tez que le tentaban con una especie de conyugal desdén, le hacían meditar, ensanchando los límites del drama de que acababa de representar una escena, haciendo nacer en su carne brutal de agiotista algún secreto y voluptuoso cálculo.

Cuando su mujer le entregó el pagaré, rogándole terminase el asunto, lo recogió sin dejar de mirarla.

—Estás admirablemente hermosa,—murmuró.

Y al inclinarse Renata para volver la mesa á su sitio, la besó bruscamente en la nuca. La joven lanzó un ligero grito. Después se levantó, procurando sonreír, nerviosa, y pensando, á pesar suyo, en los besos que Máximo le había dado la víspera. El de su marido le produjo asco y disgusto. Saccard se retiró estrechando amistosamente la mano á su mujer, y prometiéndola que aquella misma noche tendría los cincuenta mil francos.

Renata durmió junto á la chimenea todo el día. En los momentos de crisis sentía languideces de criolla; toda su turbulencia se hacía perezosa, fría y soñolienta. Temblaba, necesitaba fuegos ardientes, calor sofocante, que hiciese brotar el sudor de su frente y que la adormeciesen. En medio de aquel

aire abrasador, de aquel baño de fuego, se encontraba bien. Su dolor se convertía en ligero sueño, en vaga opresión, cuya misma indecisión acababa por ser voluptuosa. De aquel modo adormeció hasta la noche sus remordimientos de la víspera, entre la roja luz del hogar y frente á un terrible fuego que hacía crujir los muebles de la habitación, quitándola por momentos la conciencia de su sér. Pudo pensar en Máximo como un placer ardiente cuyos rayos le abrasaban y tuvo una pesadilla de extraños amores, en medio de hogueras y sobre lechos incandescentes. Celeste iba y venía por la habitación con aire tranquilo; tenía orden de no dejar pasar á nadie, y hasta despidió á las inseparables Adelina de Espanet y Susana Haffner, que llegaban de vuelta de un almuerzo que acababan de hacer juntas en un pabellón alquilado por ellas en Saint Germain. No obstante, á la caída de la tarde, Celeste anunció á su ama que la señora Sidonia, la hermana de Saccard quería hablarla, y recibió la orden de hacerla pasar.

Generalmente la señora Sidonia, no iba más que de noche. Su hermano había conseguido que se pusiese vestidos de seda, pero, sin saber en que consistía, la seda que llevaba, aun cuando fuese recién salida de la tienda, siempre parecía vieja; se arrugaba, perdía su brillo y parecía un guña-

po. También había consentido Sidonia en no llevar la cesta á casa de su hermano, pero su bolsillo estaba siempre lleno de papelotes. Renata de quien no podía hacer una cliente razonable, resignada á las necesidades de la vida la interesaba en extremo. La visitaba regularmente, sonriendo con la discreción del médico que no quiere espantar al enfermo diciéndole el nombre de su enfermedad, y se compadecía de sus pequeñas miserias y de sus males que ella tenía la seguridad de curar inmediatamente con sólo que la joven accediese á ello.

Renata que precisamente se hallaba en uno de esos momentos en que se siente la necesidad de ser compadecida, la hizo entrar únicamente para decirle que sentía terribles dolores de cabeza.

—¡Eh, hermosa mía!—murmuró la señora Sidonia desvaneciéndose en la penumbra del gabinete.—¡Pero si aquí te estás ahogando!... Siempre con tus neuralgias ¿no es eso? Es el fastidio. Tomas la vida muy en serio.

—Sí, tengo demasiadas preocupaciones,—contestó Renata con languidez.

A pesar de que ya era de noche, no había querido que Celeste encendiese la luz. Únicamente la lumbre de la chimenea lanzaba un gran resplandor rojizo que iluminaba de lleno á la joven que continuaba arrellanada en su sillón y envuelta en

su peinador blanco, cuyos encajes asemejaban rosados.

En la sombra no se distinguía más que el negro vestido de la señora Sidonia y sus dos manos, cubiertas con guantes de algodón gris, cruzadas. Su débil voz salía de las tinieblas.

—¡Angustia de dinero todavía!—dijo con un tono lleno de dulzura y de piedad, como hubiera podido decir penas del corazón.

Renata, entornando los párpados, hizo un gesto afirmativo.

—¡Ah! Si mis hermanos quisieran hacerme caso, todos seríamos ricos. Pero se encogen de hombros siempre que les hablo de esa deuda de tres mil millones, que ya conoces... No obstante, tengo grandes esperanzas. Diez años hace que quiero hacer un viaje á Inglaterra. ¡Pero tengo tan poco tiempo de que disponer!... Por último me he decidido á escribir á Londres y ahora espero la contestación.

Al ver que la joven sonreía, añadió:

—Ya sé que tú tampoco lo crees. Pero á pesar de eso ya te alegraría de que el día menos pensado te regalase un millón... Mira, la historia es bien sencilla: es un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra, y como el banquero murió sin heredero forzoso, el Estado puede hoy día exigir el reembolso de la deuda

con los intereses compuestos. He hecho el cálculo y asciende á dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos diez mil francos justos. No te apures, los tendremos.

—Mientras tanto,—dijo irónicamente la joven,—bien podías proporcionarme un préstamo de cien mil francos... Así podría pagar á mi modisto y me dejaría en paz.

—Cien mil francos se encuentran fácilmente,—contestó la señora Sidonia.—Únicamente se necesita para ello fijar la cantidad que se ha de devolver.

La lumbre relucía: Renata más lánguida, estiraba las piernas y enseñaba las puntas de las chinelas bajo el bordado del peinador. La corredora prosiguió, como siempre, en tono compasivo.

—¡Pobrecilla mía! En verdad que no quieres ser razonable. Conozco muchas mujeres, pero no he visto ninguna que abandone hasta tal punto su salud. Mira la pequeña Michelin; ¡esa si que lo entiende! Y cuando la veo feliz y con tan buen porte, no puedo menos que acordarme de ti... ¿Sabes que M. de Safré está locamente enamorado de ella y que ya le ha dado cerca de diez mil francos en regalos? Creo que su sueño dorado es tener una casa de campo.

La señora Sidonia se iba animando y parecía buscar algo en sus bolsillos.

—Todavía tengo aquí la carta de una pobre joven... Siuviésemos luz te la leería... figúrate que su marido no se ocupa de ella. Había firmado unos pagarés porque se vió obligada á pedir prestado á un señor á quien conozco. Yo he sido quien la ha sacado, no sin trabajo, de las garras de los alguaciles... Esos pobres jóvenes, ¿crees acaso que hacen mal? Yo les recibo en mi casa como si fuesen hijos míos.

—¿Conoces algún prestamista?—preguntó Renata con negligencia.

—Conozco más de diez... Tú eres demasiado buena y entre mujeres se pueden decir las cosas, ¿verdad?, y no porque tu marido sea mi hermano le he de disculpar yo el que ande siempre metido entre perdidas y no hacer caso, en cambio, de una mujer tan hermosa como tú... Esa Laura de Aurigny le cuesta un ojo de la cara, y no me extrañaría que á ti te hubiese negado dinero. Te lo ha negado ¿no es cierto? ¡Oh, mal hombre!

Renata escuchaba con placer aquella voz suave que salía de las sombras, como el eco todavía vago de sus propios pensamientos. Con los párpados semicerrados, casi tendida en el sillón, olvidábase de todo y creía soñar que sus malos pensamientos se realizaban, experimentando por ello una sensación de placer.

La corredora continuó su charla durante largo

rato, semejando su voz la monotonía caída del agua.

—La señora de Sawyerens ha sido quien ha atormentado tu vida. Tú no has querido creerme nunca. Si hubieras tenido confianza en mí, que te quiero como á las niñas de mis ojos, no estarías llorando en un rincón de tu chimenea. Tienes un pie encantador. Se que te burlarás de mí, pero voy á contarte mis tonterías; cuando estoy tres días sin verte, siento una necesidad absoluta de venir á admirarte, ¡sí!, me parece que me falta algo, y no tengo más remedio que contemplar tus hermosos cabellos, tu blanco y delicado rostro y tu delgado talle. Verdaderamente, tienes un talle como he visto pocos.

Renata terminó por sonreirse. Ni sus mismos amantes, al hablar de su belleza, lo hacían con tanto calor ni entusiasmo. La señora Sidonia observó su sonrisa, y dijo levantándose apresuradamente:

—Vaya, quedamos en ello. Hablo sin parar y me olvido de que te estoy calentando la cabeza. ¿Mañana vendrás á casa? Hablaremos de nuestro negocio y buscaremos un prestamista.

La joven, sin moverse y como aletargada por el calor, respondió después de una gran pausa y como si le hubiese costado mucho esfuerzo comprender todo lo que sucedía en torno suyo.

—Ya iré, pero no mañana. Le daré algo á cuenta á Worms, y ya se contentará. Cuando me molestes otra vez, ya veremos. No me hables más de esto. Tengo la cabeza ardiendo.

La señora Sidonia pareció contrariada. Iba nuevamente á sentarse y á continuar su acariciador monólogo, pero la actitud de Renata, la hizo aplazar para otra ocasión su negocio. Sacó del bolsillo muchos papelotes, entre los cuales había una caja de color de rosa.

—He venido para recomendarte un nuevo jabón,—dijo recorriendo su tono de corredora.—Tengo verdadero interés por el inventor, que es un joven muy simpático. Y no te creas, el jabón es muy suave y no perjudica la piel. Ya lo probarás ¿verdad? Recomiéndalo también á tus amigas. Aquí lo dejo, encima de la chimenea.

Ya estaba en la puerta, cuando entró de nuevo, y sin sentarse, empezó á elogiar una nueva faja destinada á reemplazar los corsés.

—Da al talle un corte perfectamente circular, convirtiéndolo en un talle de avispa. He podido salvar esto de una quiebra. Cuando vengas á casa ya te probarás los modelos... Toda la semana he andado consultando abogados. Tengo el expediente en el bolsillo y ahora voy á ver al procurador para extender una nueva demanda... Hasta

dentro de poco... Ya sabes lo mucho que te quiero, y sobre todo, no llores...

Sin hacer ruido desapareció. Renata quedó sola allí, sentada ante el fuego que se consumía lentamente, amodorrada por el calor con la cabeza hirviendo, oyendo como un eco las voces de su cuñada y su marido que la ofrecían sumas considerables en el tono que emplearía un tasador para subastar un mobiliario. Sobre su cuello sentía el beso brutal de su marido, y cuando se volvía, veía á la corredora á sus pies, con su pálido semblante, su vestido de seda negro, dirigiéndola frases apasionadas, ensalzando sus perfecciones é implorando humildemente una cita como un amante. A este pensamiento sonreía. Cada vez se hacía más sofocante el calor de la habitación, y el estupor de la joven, las extrañas ilusiones que embargaban su mente no eran más que un ligero sueño, un sueño artificial, en cuyo fondo volvía á ver siempre el gabinete del bulevar y el ancho diván en que cayó de rodillas.

Ya no sufría, y cuando abría los ojos le parecía ver cruzar por entre las brasas encendidas la figura de Máximo.

Al siguiente día, en el baile del ministerio, Renata estuvo admirable. Worms se había conformado con los cincuenta mil francos á cuenta, y

ella había salido del atolladero con risas de convaleciente.

Al atravesar los salones con ese traje de faya rosa y larga cola á lo Luis XIV, guarnecida de anchos encajes blancos, se levantó un murmullo de admiración y los hombres se precipitaron á verla, mientras los intimos se inclinaban con una discreta sonrisa, rindiendo homenaje á aquellos hermosos hombros, tan conocidos de todo el París oficial y que eran firmes columnas del Imperio. Llevaba un escote exagerado y á pesar de esto se paseaba tan tranquila y naturalmente su desnudez, que llegaba á parecer lo más natural del mundo. Eugenio Rougón, el político eminente, que encontraba aquella garganta desnuda más elocuente que sus hermosos discursos en la Cámara, acudió presurosamente á felicitar á su cuñada por su feliz y atrevida innovación. Casi todos los diputados y senadores estaban allí y al observar el ministro el modo con que admiraban á la joven, prometióse al día siguiente un gran éxito en la delicada cuestión de los empréstitos del municipio de París.

No era posible votar contra un poder que hacía germinar entre el mantillo de los millones una flor como Renata, de tan extraña voluptuosidad, con carnes de seda y desnudeces de estatua; goce viviente que dejaba tras de sí un ambiente de

placeres. Pero lo que hizo cuchichear á todos los concurrentes al baile fué el collar y la diadema: los hombres reconocían las joyas y las mujeres se las mostraban unas á otras furtivamente con la mirada. En toda la noche no se habló de otra cosa. Los salones, prolongando su extensión, iluminados por la blanca luz de las lámparas, atestados de resplandeciente mucnedumbre, parecían un hacinamiento de astros caídos en un rincón demasiado estrecho.

A la una se marchó Saccard, saboreando el triunfo obtenido por su mujer, como hombre conocedor de los efectos teatrales. Su crédito se había afirmado más. Tenía que arreglar un negocio con Laura de Aurigny y al marcharse rogó á Máximo que al terminar el baile acompañase á Renata hasta el hotel.

Máximo pasó prudentemente la noche al lado de Luisa de Mareuil, muy entretenidos los dos en hablar pestes y criticar á todas las mujeres. Y cuando se trataba de alguna cuya historia era más escandalosa que la de las otras, se tapaban la boca con el pañuelo para sofocar sus risas. Fué preciso que Renata pidiese el brazo al joven para que éste abandonase los salones. En el coche mostró Renata una alegría nerviosa; aún sentía las vibraciones de la embriaguez, de luz, de perfumes y de los rumores. Además, le parecía haber

olvidado su «tontería del bulevar» como decía Máximo. Solamente le dijo con un tono de voz singular:

—¿Es muy graciosa esa jorobadita de Luisa? ¿Verdad?

—¡Oh! sí, mucho,—contestó el joven riéndose aún.—¿Te has fijado en la duquesa de Sternich que lleva un pájaro amarillo entre el pelo? Pues bien; Luisa pretende que es un pájaro mecánico que agita las alas y grita á todas horas al pobre duque: ¡Cu, cu!

Renata encontró muy de su gusto aquel chiste de colegiala desenvuelta. Cuando llegaron al hotel, al ver que Máximo se despedía, le dijo:

—¿No subes? Celeste me habrá preparado algo para cenar.

Máximo subió con su habitual abandono. Una vez arriba se encontraron sin cena y que Celeste se había acostado. Renata tuvo necesidad de encender las velas de un pequeño candelabro de tres brazos. Su mano temblaba algo.

—Esa tonta—decía refiriéndose á la camarera—no ha entendido bien mis órdenes... Me parece que no voy á poder desnudarme sola.

Pasó á un tocador seguida de Máximo, quien la contaba una nueva ocurrencia de Luisa, tranquilamente y como si se encontrase en casa de algún amigo, buscando en su petaca un haba-

no para encenderlo. Pero cuando Renata hubo colocado ya el candelabro sobre una mesita, volvióse cayendo en brazos del joven, muda ó inquieta, pegando á la boca de Máximo sus labios ardorosos.

El tocador de Renata era un nido de seda y encaje, una verdadera maravilla de lujo y coquetería. El *budoir*, de reducidas dimensiones, precedía al dormitorio y ambas piezas formaban una sola, ó mejor dicho, el *budoir* no era más que el umbral del dormitorio, espaciosa habitación, amueblada con sillones, sin puerta y cerrada por un doble portier. Las paredes, en una y otra pieza, estaban tapizadas de seda gris mate, brochada con grandes rasur de rosas, lilas blancas y botones de oro, siendo las colgaduras y los portiers de guipure de Venecia, con transparentes de seda á listas grises y rosa. En el dormitorio, la chimenea de marmol blanco, una verdadera joya, ostentaba, á modo de canastilla de flores, incrustaciones de lápiz-lázuli y de preciosos mosaicos, reproduciendo las rosas, las lilas y los botones de oro de la tapicería. El grandioso lecho, gris y rosa, cuya madera estaba completamente cubierta de tela y flecos y cuya cabecera estaba apoyada contra la pared, llenaba la mitad de la alcoba con una oleada de guipures y seda brochada de ramos, que colgaba desde el techo hasta la alfombra.

Parecía un traje de mujer, contorneado, adornado con bullones, lazos y volantes; y aquel ancho cortinaje que se abuecaba como una falda, hacía pensar en alguna dama gigantesca, inclinada, desvanecida y próxima á caer sobre las almohadas. La ropa que había bajo los cortinajes parecía destinada á un maravilloso altar: rizadas batistas con menudos plieguecitos, variados copos de calado encaje, todo género de cosas transparentes y delicadas, que se confundían en la penumbra de una media luz misteriosa. Al lado de la cama, monumento cuya devota amplitud le daba aspecto de una capilla preparada para alguna fiesta, desaparecía todo lo demás; sillas bajas, un *psiqué*, tocador de espejos movibles de dos metros, muebles provistos de infinidad de cajoncitos. La alfombra de un color gris y azulado, estaba sembrada de rosas pálidas y deshojadas, y á ambos lados de la cama había dos grandes pieles de oso negro, guarnecidas de terciopelo rosa, con las señas de plata y las cabezas vueltas hacia la ventana, á través de la cual parecían mirar fijamente el vacío con sus ojos de cristal.

En aquella habitación se respiraba cierta dulce armonía, cierto silencio imponente, sin que ninguna nota aguda, de reflejo metálico y resplandeciente se mezclase al canto de la soñadora frase rosa y gris, que era la dominante. Hasta el ador-

no de la chimenea, el marco del espejo, el reloj y los candelabros eran de antiguo Sevres, que apenas dejaban ver el bronce del montaje. Aquel juego era una maravilla, sobresaliendo el reloj, con sus moletudos amarillos que descendían y se inclinaban alrededor de la péndola, como si fuesen una bandada de pilluelos, completamente desnudos, burlándose del rápido curso de las horas. Aquel lujo suavizado, aquellos colores y aquellos objetos, tiernos y risueños, que el gusto de Renata había escogido, producían un crepúsculo, una especie de luz velada y misteriosa, ante la cual parecía prolongarse el lecho llenando la habitación entera, con sus alfombras, sus pieles de oso, sus sillas guarnecidas de flecos, sus tapices acolchados que extendían, ascendiendo por las paredes hasta el techo, la molicie del suelo. Y como en un lecho, dejaba allí la joven, sobre todos aquellos objetos, la huella, la tibieza y el perfume de su cuerpo. Cuando se entreabría el doble cortinaje del *budoir*, parecía que se levantaba una colcha de seda, que se entraba en un inmenso lecho, todavía impregnado de una humedad caliente, y sobre cuyas finas sábanas se encontraban las adorables formas, los ensueños y las ilusiones de una parisina de treinta años.

La pieza inmediata, el guardarropa, espaciosa habitación tapizada de antiguo Persia, estaba sen-

cillamente rodeada de una serie de altos armarios de palo de rosa, en cuyo interior había colgados innumerables vestidos de todas clases. Celeste los colocaba por orden de antigüedad, los numeraba, los mezclaba con los caprichos amarillos ó azules de su ama, cuidando el guardarropa con la misma devoción que una sacristía y con la limpieza de un gran guadarnés. No había allí ni un mueble de más ni se veía un trapo que no estuviese en su sitio: los tableros de los armarios relucían fríos y limpios como la caja barnizada de un cupé.

Pero la maravilla del departamento, la pieza de que se hablaba en todo París, era el gabinete-tocador. Se decía el «gabinete-tocador de la hermosa señora Saccard», en el mismo tono que se hubiera dicho «la galería de espejos de Versalles». Aquel gabinete se encontraba en una de las torrecillas del hotel, precisamente encima del saloncito botón de oro. Al entrar en él, parecía que se penetraba en una espaciosa y redonda tienda, una tienda mágica levantada en sueños por alguna divinidad amante y belicosa. En el centro del techo, una corona de plata cincelada sostenía los lienzos de la tienda, que partían en redondo hasta unirse á las paredes, desde donde caían rectos hasta el suelo. Aquellos lienzos formaban rica tapicería, hecha de un tegido de seda, cubierta de muselina muy clara, rizada á grandes pliegues de trecho en

trecho; un entredós de guipure separaba los pliegues, y varitas de plata bruñida, descendiendo desde la corona, se extendían á lo largo del tapiz, á los dos bordes de cada entredós. El gris rosa del dormitorio era allí más claro, convirtiéndose su blanco rosa semejante á carne desnuda. Y bajo aquella bóveda de encaje, bajo aquellos cortinajes que no dejaban ver del techo, á través del estrecho aro de la corona, más que un pequeño agujero azulado, en el que Maplin había pintado un risueño amorcillo y preparando su flecha, uno se hubiera creído en el fondo de una caja de dulces ó de un precioso estuche agrandado y dispuesto, no para que en él brillase un diamante, sino la desnudez de una mujer hermosa.

La alfombra, de una inmaculada blancura, se extendía sin la más ligera semilla de flores. El mobiliario de la pieza se componía de un armario de luna, cuyos tableros estaban incrustados de plata, una *chaise-loug*, dos silloncitos de raso blanco y una gran mesa-tocador con tablero de mármol rosa, cuyos pies desaparecían bajo volantes de muselina y guipure.

La cristalería de la mesa-tocador, frascos, vasos, jofaina, eran de antigua Bohemia, jaspeada de rosa y blanco. Había también otra mesa incrustada de plata como el armario de luna, en la que se encontraban ordenados todos los útiles y ense-

res de tocador, magnífico estuche en el que se veía considerable número de instrumentos, cuyo uso no se explicaba á primera vista; rasca-espaldas, bruñidores, limas de todas formas y tamaños, tijeras rectas y curvas, y todas las variedades de tenacillas y alfileres. Aquellos objetos, de plata y marfil, tenían todos la inicial de Renata.

Pero lo que daba toda su celebridad al gabinete, era un rincón verdaderamente delicioso; frente á la ventana los lienzos de la tienda se abrían y dejaban ver, en el fondo de una especie de alcoba larga y poco profunda, un baño, una pila de mármol rosa, hundida en el suelo, y cuyos acanalados bordes semejantes á los de una gran concha, llegaban al nivel de la alfombra. Se bajaba al mármol, por escalones también de mármol y encima de los grifos de plata, figurando cuellos de cisne, una luna de Venecia, de forma regular, sin marco, con dibujos grabados en el cristal, ocupaba el techo. Todas las mañanas se metía allí Renata por espacio de algunos minutos y aquel baño impregnaba el gabinete, para todo el día, de cierta humedad y olor de carne fresca mojada. Algunas veces un frasco destapado ó un cajón fuera de su caja mezclaban su olor más penetrante en aquella languidez inanimada. Gustaba á la joven permanecer allí hasta mediodía, casi desnuda. Aquel baño rosado, aquellas mesas y jofainas rosadas,

aquella muselina del techo y las paredes, bajo las cuales parecía circular la sangre del mismo tenue color, adquirían carnales curvas de hombros y de senos, y según la hora del día hubiérase dicho que era, ya el níveo cutis de una niña ó ya el cutis ardoroso de una mujer. Cuando Renata salía del baño, en medio de aquella inmensa desnudez, sólo añadía una nota su blanco cuerpo al tono rosado de la estancia.

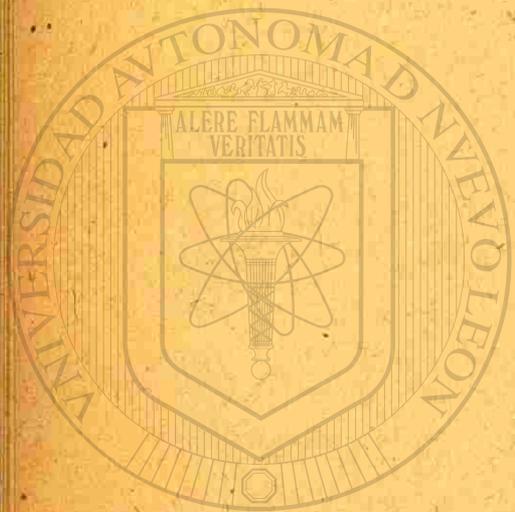
Máximo fué quien desnudó á Renata. Era maestro en aquellas cosas y sus ágiles dedos adivinaban los alfileres, y se deslizaban por la cintura con una exquisita delicadeza. La deshizo el peinado, quitóla los diamantes, la hizo el peinado de noche, riendo y acariciándola al mismo tiempo, mientras Renata también reía impúlica y sofocadamente, en tanto que la seda de su vestido crujía y las faldas caían una á una.

Cuando estuvo desnuda, apagó las luces del candelabro y llevó, ó mejor dicho arrastró á Máximo hasta el dormitorio. El baile la había aturdido por completo. A pesar de su fiebre tenía conciencia del día de la víspera, pasado al lado de la chimenea, de aquel día de ardiente estupor, de risueños y vagos sueños.

Seguía oyendo la voz de Saccard y de Sidonia, pronunciando cifras con el gangueo de un alguacil. Aquellas gentes eran las que le agobiaban y

la empujaban hacia el crimen, y aún en aquel momento, cuando buscaban sus labios los de Máximo en el obscuro fondo del gran lecho, seguía viéndole en medio de la lumbre de la víspera, mirándola con ojos que la abrasaban.

Fin del primer volumen



LEZCANO Y C.^A - Editores

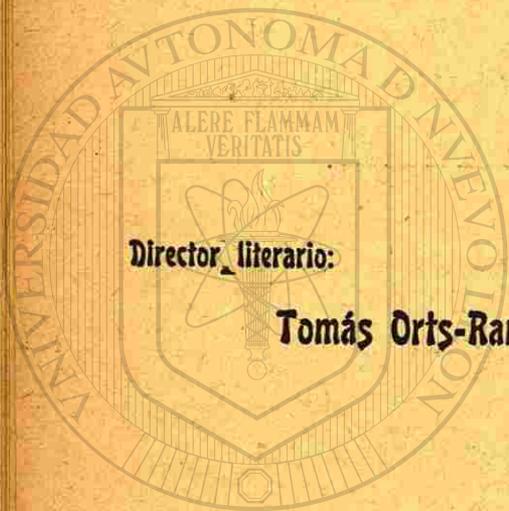
Extracto del Catálogo

Últimas publicaciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Director literario:

Tomás Orts-Ramos

Barcelona

Conde León Tolstoy

EL SUPREMO INSTANTE
EL CANTO DEL CISNE
DOS GENERACIONES
EL HOMBRE LIBRE
EN BUSCA DE LA DICHA
LA AURORA SOCIAL
IVAN EL IMBECIL
EL TRABAJO
MI INFANCIA Y MI JUVENTUD

Nueve hermosos libros que ofrecemos á los amantes de la buena literatura, y á los admiradores y prosélitos de las doctrinas del eminente escritor ruso.

Un tomo, UNA peseta

1. Menendez Agusty

LA HIJA DE DON QUIJOTE

NOVELA ORIGINAL

Es el relato de las aventuras de una mujer, digna en lo psicológico de ser hija del famoso hidalgo manchego. Su vehemente temperamento, altruista de un modo elevado y sutilísimo, la arrastran á las más piadosas y apasionadas empresas y por ellas sucumbe sin ser de nadie comprendida.

UN TOMO

UNA PESETA

Vida de las damas galantes

POR

BRANTOME

La obra del abate Brantome, como modelo de gracia y desenvoltura, es famosa en la historia de la literatura francesa, del siglo XVI. Todos sus relatos son rigurosamente exactos, y la naturalidad de lenguaje que emplea, propio de la época en que escribió, no puede ser un inconveniente, para que este libro circule en lengua española.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

BIBLIA DEL AMOR

AVENTURAS GALANTES

POR

J. CASANOVA

Extracto de las memorias del célebre aventurero italiano, cuyo nombre ha hecho famoso, quizás más que sus hechos, la forma de relatarlos, en que la ingenuidad corre parejas con la gracia del estilo.

Un tomo de cerca de 300 páginas con magníficas cubiertas en fototipia, **UNA peseta**.

J. Barbey d' Aurevilly

LAS DIABÓLICAS

TRADUCCION

— DE —

Tomás de M. Graells

Un escritor del mérito y fama del ilustre Barbey d' Aurevilly, había de figurar en este catálogo y para ello, hemos escogido su obra maestra: *Las Diabólicas*.

Dos tomos con artísticas cubiertas en fotocromía.

El tomo, UNA peseta

Esclavas del oro

(LA TRATA DE BLANCAS)

POR

RAMON SEMP AU

El título revela lo que la obra es: la descripción del repugnante mercado de mujeres, que es una de las llagas sociales más difíciles de extirpar.

Un tomo de 300 páginas, **UNA peseta.**

